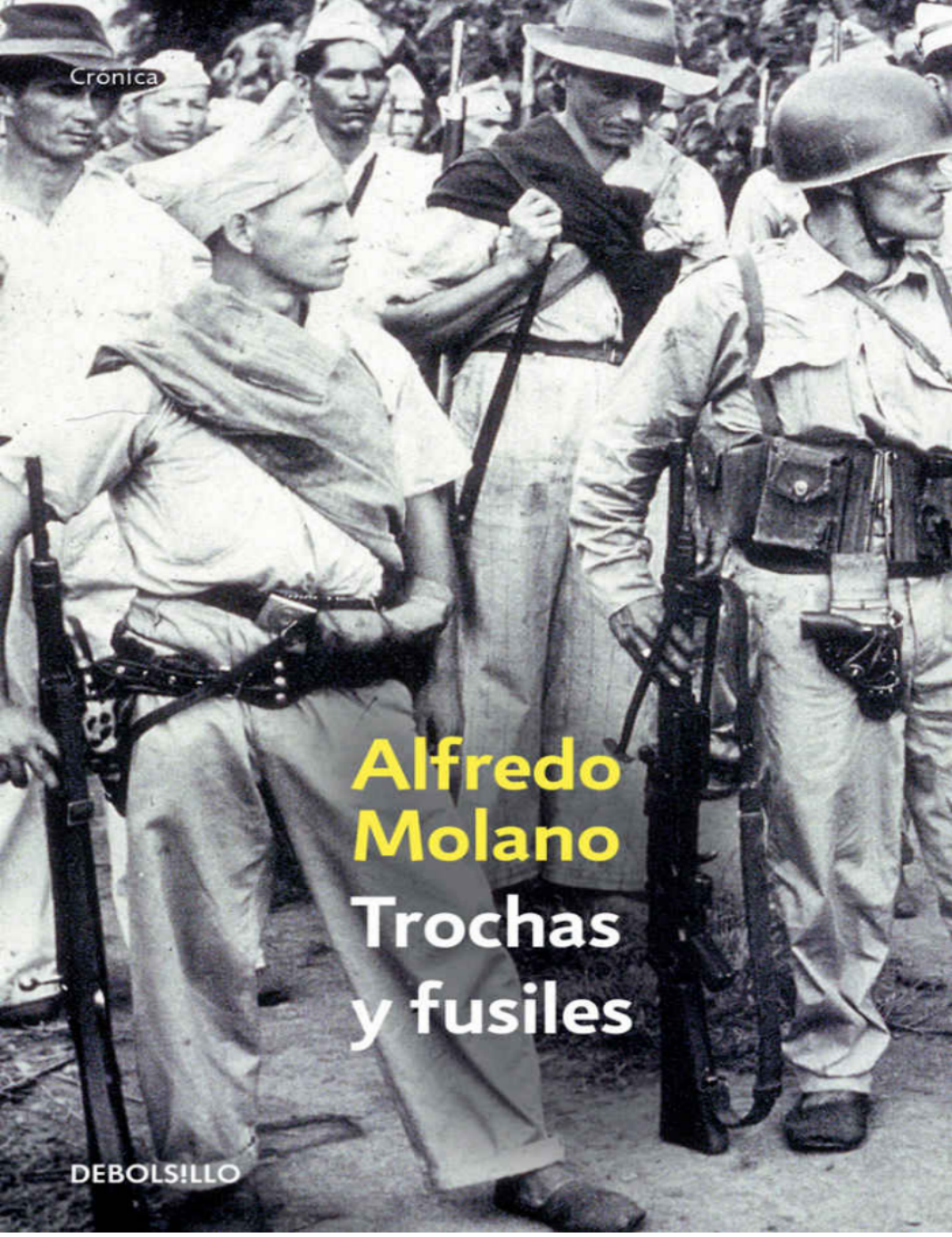

Crónica
Alfredo
Molano
Trochas
y fusiles
DEBOLSILLO

Alfredo Molano

Trochas y fusiles

Debolsillo

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

A Saga, Juan Andrés, Adriana, Marcelo y Catire, a quienes les salgo a deber el tiempo que les he quitado.

Agradecimientos

Comencé a escribir *Trochas y fusiles* en Fonseca, La Guajira, y lo terminé en San Luis de Palenque, Casanare. Tiene pues aires y silencios de muchos lados. Lo escribí entre madrugadas y horizontes —que es casi lo mismo—, oyendo los dolores y las esperanzas de quienes me contaron su historia, que es una historia donde todos los colombianos podríamos reconocernos. Escuchar es una manera olvidada de mirar.

Mucha gente me ayudó a escribir este libro. Debo mis agradecimientos a quienes con generosidad y paciencia me contaron su vida. A quienes hicieron posible el último capítulo: Carlos Ossa y Rafael Pardo de la Consejería de Paz, y a Manuel Marulanda Vélez y Alfonso Cano, del Secretariado de las FARC. A Adriana Molano, Juanita Escobar, Martha Arenas, Constanza Ramírez y Fernando Rozo, que me acompañaron en los viajes. A Mario Vélez, Mariana Escobar, Miriam Parra y Víctor Duarte. A Connie Chacón y Rocío Londoño. A Gerardo González. A Martina, que leyó palabra por palabra el texto antes de ser escrito.

Bogotá, junio de 1994

I
Isauro Yosa, el Mayor Lister

1. Nueve de Abril

Yo me acuerdo desde 1920 porque nací en 1910. Las primeras edades son una laguna de donde no se puede sacar nunca nada, ni siquiera un sabor. Mi padre era muy vicioso y yo le huía. De tanto huir, seguro se me ahogó todo en ese hueco. Pero después comienzan los recuerdos: los buenos, que son pocos, y los malos, que son el resto. En la escuela me amparó la maestra, una señorita que fue sana conmigo, aunque por su mano no aprendí nada. Me la pasaba bostezando en aquel calor que hacía en Chaparral, donde nací y donde murieron mis cuatro hermanas sin haber conocido ni siquiera Ibagué.

Nos criamos muy pobres. Primero por el vicio del viejo, que no dejó de beber desde que ganaron la guerra los conservadores, y segundo por ser arrendatarios de don Ricardo Trujillo, conservador también, que no dejaba de recordarle todos los días a mi papá que éramos arrimados, para poder sacar más partido a la obligación que había que pagarle.

Me fui de la casa a los dieciséis años por la carrilera que de Girardot iba llegando a Neiva. Siendo mocito ya, necesitaba vestirme como yo quería y llegué a El Guamo a trabajar en la misma línea del ferrocarril. No fue sino bajarme y coger la maceta para partir piedra. Peón de mano era mi grado. Ganaba lo que necesitaba para vestirme y para enamorar muchachas, que por aquella línea había muchas. Pero ese destino me cansó y me coloqué de ayudante en un Ford 28 recién salido que hacía viajes entre El Guamo y Villavieja. Yo a nadie miraba desde el estribo.

Era alcalde de Villavieja un conservador de esos malos que se

criaban por esas épocas, don Fermín Sánchez, propio de Natagaima. Me conocía. Era sectario el hombre. Nos encontrábamos donde doña Julia, que nos daba a juntos la alimentación y veía por la ropa. Nos fuimos enamorando de Teresita, una de las hijas de la patrona. Ella me prefería a mí por lo joven, porque no tenía mañas, pero las venias eran con don Fermín porque eso volvía importante a doña Julia. Los amores iban bien pero las cosas iban mal; un día la policía me zampó al hueco para investigarme dizque por el robo de yo no sé que cosa. Ni me acuerdo, porque no tenía fundamentos. Don Fermín quería despejar su matrimonio. De Villavieja, acusado de hurto calificado, o sea premeditado, me llevaron a Neiva, y de Neiva a Ibagué. Ahí ya nadie me acusaba de nada, pero entonces no tenía libreta militar y al cuartel fui a parar. Don Fermín sabía defender a Teresa. No lo culpo. Me moría de celos mientras aprendí a cuadrarme, a hacer guardia y a llevar lo que el Capitán Laverde dejaba tirado, porque tenía malísima memoria. Yo acataba la disciplina y por eso no me dieron ni un plantón, ni tuve que lamentar castigos. Tampoco aprendí de milicias, puesto que cargarle los cigarrillos al capitán no era nada estratégico. Pero por esa razón me cambiaron los dieciséis meses obligatorios por dieciocho y hasta me invitaron a hacer las jinetas de cabo en Ipiales, porque ya se sentía la guerra con el Perú. Cuando eso fueron las elecciones de Olaya Herrera y el contingente nuestro tuvo que votar cuatro veces, todas por Vásquez Cobo, que era general. La tropa tenía derecho al voto, pero con todo y la ayuda nuestra salió elegido el gallo tapado que teníamos los liberales.

Cuando subió Olaya salí del cuartel. Me sentía dos veces libre. La noche goda había pasado y la perdedera de tiempo también.

Volví a Chaparral. Por Villavieja ni quise pasar. Teresita tenía ya un hijo. Don Isaías Suárez, dueño de la hacienda La Pedregosa, me dio coloca. Cogían quinientas cargas de café, tenían máquinas secadoras y se movía mucho billete en esos días, aunque el país estaba llevado. No había empleo, las obras públicas se acabaron y el conflicto con el Perú era el desayuno de todos los días.

Me coloqué por cinco centavos diarios recogiendo café. La carga de quince medidas, o sea sesenta libras, la pagaban a cinco centavos.

Cuando la cosecha pasaba me trasladaban a la arriería: echábamos cuarenta mulas de Chaparral a Neiva. Nos ganábamos dos pesos en el viaje, que duraba una semana entre ir y venir. Pero uno se cansa del mismo patrón, sea bueno o malo. Salí para la hacienda La Providencia, de los Rocha. Ahí me casé, al fiado, como todo en esa hacienda. Me prestaron quinientos pesos para pagar en trabajo. Terminé de pagarlos cuando los niños hicieron la Primera Comunión. Sin embargo, mucho antes de eso me salí de La Providencia, ya que el garrote en el sistema era descarado. El dueño daba la tierra, o mejor el monte, porque había que abrirlo, tumbarlo, quemarlo, sembrarlo. El arrendatario —que era uno— tenía que trabajar la tierra en café, y el patrón le reconocía —después de dos años— un precio de un peso por palo y le compraba el café beneficiado a ocho centavos la arroba. El dueño tenía más encima derecho a la mitad de la yuca, el plátano, el maíz, la caña, el frijol y todo lo que uno cosechara. No se podía ser colono porque los cuatro dueños de Chaparral reclamaban toda la tierra; los Caicedo, los Rocha, los Cantillo y los Iriarte. La finca de don Camilo Iriarte tenía unas escrituras de 1840, en las que se reconocía la compra de una mejora de dos hectáreas en las juntas de las quebradas Amoyá y Ambeima. La compró con trapiche, casa y dos bestias, a un indio, pero cuando nosotros investigamos el caso con el doctor Preciado, juez de tierras nombrado por el propio López para callar a Gaitán, nos dimos cuenta —como nos lo puso de presente el secretario del juzgado, doctor Luis Enrique Lince— de que el globo de tierra de don Camilo tenía cien mil hectáreas y colindaba con Caldas y con el Valle: volteaba por encima de la cordillera a salir a Barragán.

Gaitán andaba ya con esa vocecita —que era mero timbre— pellizcándonos a todos desde la Cámara y recordándonos que nos estaba cogiendo el día. Nuestra pelea comenzó por las pesas. La hacienda no aceptaba pesar el café sino con sus propias romanas, que todos sabíamos adulteradas, cargadas para su lado. La arroba de café que uno trabajaba no era de quince medidas sino de doce, pero la arroba que uno compraba en el comisariato de la hacienda no era de quince medidas sino de dieciocho. Así nos daban por la cabeza dos veces; las romanas pesaban por menos lo que uno vendía y por más lo

que uno compraba.

Nos metimos a la lucha con el movimiento que formó Gaitán, invitamos a una asamblea de tabloneros en El Limón y planteamos la cosa de las romanas.

El alcalde, que era un buen liberal, nos respaldó y salimos de ahí a comprar una romana nueva y certificada por la alcaldía. Con ella comenzó una pelea que todavía no termina. Nos presentábamos a las haciendas con nuestra romana el día que estaban pesando y mostrábamos la diferencia de pesos. La gente, contenta, nos apoyaba. Comenzó a ver su derecho y a hacerlo valer. La alcaldía se mantuvo firme.

Al principio era una sola comisión, pero al poco tiempo formamos cinco, después diez. Cada una con su romana. Los mayordomos se oponían defendiendo al patrón, o mejor, el negocio que tenían con el patrón, pero como éramos tantos, les costaba trabajo no dejarnos actuar. Eso se volvió hasta peligroso. Las diez comisiones formaron al poco tiempo lo que se llamó una liga campesina, y ya con nombre, más nos oía la gente y más nos odiaban los patrones.

De las pesas del café pasamos al comisariato y luego a la tierra misma: la liga comenzó a pensar en los que no tenían tierra donde trabajar. Con esa bandera fuimos a las elecciones del 36 y ganamos para Gaitán dos bancas en el Concejo. Esa vez los liberales sumamos ocho y los godos sólo tres.

El problema comenzó a presentarse porque los terrajeros quedaban sin trabajo cuando la cosecha se acababa. Entonces la hacienda les hacía un crédito de comida: sal, carne, jabón, panela, arroz, manteca. Las limpias de café no alcanzaban a cubrir los gastos, y entonces la nueva cosecha se quedaba corta para pagar la deuda y seguir en paz con el patrón a ver si volvía a dar trabajo. Las ligas dieron una nueva orientación: rozar para sembrar, sin respetar las tierras en montaña que las haciendas reclamaban. Hacíamos comisiones de cincuenta o de cien hombres para ir a trozar monte, hacer rocerías y sembrar. Al comienzo la policía nos sacaba, hasta que se le perdió respeto a la autoridad. «No mandar cosas imposibles —decía mi madre— para no verse desobedecido».

Por esas fechas salió la Ley de Tierras, la famosa Ley 200 de 1936. Yo era concejal y reclamábamos el triunfo como si nosotros la hubiéramos escrito. Las ligas se crecieron y los patrones se volvieron acérrimos, muy acérrimos, hasta el punto de importar mayordomos para amaestrar comunistas. Con esa ley se echó a oír hablar del comunismo y a señalarlo a uno como tal. La Ley era jodida: daba veinticuatro horas al propietario para denunciar la invasión de un predio. Se trataba de madrugar. De madrugar a sembrar para que, cuando aclarara, la tierra fuera de uno. Se desmontaba como un berriondo. Llegaba la policía y preguntaba: «¿De quién es esto?» Le contestábamos: «De todos, de todos, aquí no hay dueño». Y ahí fue que comenzó la vaina. Los patrones tronaban en Bogotá mientras nosotros sembrábamos matas de plátano ya prendidas. Eso era imparable; había más de mil colonos luchando por una tierra que no les iba a costar ni un centavo. La policía llegaba a sacarnos y nosotros se la montábamos en el Concejo. Denunciábamos los atropellos y así la parábamos. Huchábamos la gente a luchar, la invitábamos al Concejo a denunciar a la tropa, logramos hacer sesiones el domingo por la tarde, para que los campesinos asistieran. El personero, Álvaro Echandía, sobrino de Darío Echandía, nos apoyaba. Él nos puso sobreaviso de una parada que los Rocha estaban cocinando: se trataba de permitir que el banco le echara mano a la tierra, se pagara la deuda y la parcelara, vendiéndola, entre los colonos que la reclamaban. El ejército vigilaría toda la operación. Eso era burlarse de la ley.

Sucedió que unos campesinos de la liga le dieron unos golpes a uno de los ingenieros que estaban loteando. Nosotros los concejales de Gaitán respaldábamos a los compañeros. La gobernación del Tolima nos levantó la inmunidad y nos metieron presos. La gente entonces se arrebató y mandaron una comisión a conversar con nosotros. También los metieron presos. Pero todo el pueblo se levantó hasta que les tocó largarnos para la calle. El gobierno nombró entonces juez de tierras al mentado doctor Guillermo Preciado, un hombre templado, si no se ha muerto, que comenzó a parcelar, por orden del mismo López y de Echandía, las haciendas del sur del Tolima.

El hombre andaba a caballo con su secretario y con una máquina de

escribir para redactar en limpio títulos de propiedad. Llegaban a donde los llamaba la liga y, por lo tanto, donde ya estaba medido y asignado. Hacían el título y lo entregaban ahí mismo: «Con esto le prestan plata para trabajar», decía el doctor Preciado. Los dueños de las haciendas lo odiaban, lo tildaban de comunista. «No importa, yo no vengo por cuenta de ellos», decía, y seguía escribiendo títulos. Pero al fin consiguieron hacerlo destituir y ese día las cosas comenzaron a ponerse feas.

Vino la elección de Santos y perdimos las bancas en el Concejo. El unirismo, el partido de Gaitán, se dejó convencer por los liberales santistas y yo me volví comunista de verdad, de partido. Pedí ingreso y recibí carné. Me eché la soga al cuello. Pero no había manera de echar para atrás. Los dueños de las haciendas se armaron y comenzaron las amenazas y el pajareo.

Yo me puse a trabajar la tierra que me había tocado. Sembré café y caña, metí un par de reses y hacía el deber de vivir. Hasta un día que resulté demandado por ocupación de hecho, teniendo el título que me había dado el doctor Preciado. Los Iriarte no descansaban y habían intrigado hasta jodernos. Para el 44 estaba López otra vez. Pero ya no era el mismo López; lo había domado Laureano a punta de gritos. Iniciamos el pleito. Éramos varios. Todos los que habíamos cogido tierra de los Iriarte y de los Rocha y de los Caicedo y de los demás. Mejor, a la cola de los primeros se montó el resto. Los colonos me nombraron en una comisión para ir a conversar con el presidente López, pero él no nos quiso recibir. En cambio, Lleras Camargo fue muy atento con nosotros. Nos prometió su «intervención personal». Recuerdo todavía los términos. Nos devolvimos muy contentos por haberle dado la mano a un doctor tan alto y encopetado.

Al poco tiempo nos citaron al Concejo. Yo pensé que se trataba del reconocimiento de nuestros títulos o de algo así. Pero no. Era para hacernos un debate por los ocho pesos que nos había dado la alcaldía para viajar a vernos con Lleras. Tras de palo, rejo. La sangre se me fue trepando por las manos y cogí del fundillo y del pescuezo al fulano que nos estaba haciendo el debate, lo levanté por el aire y me arrimé a la ventana del salón. Yo en esa época tenía toda mi fuerza. De la plaza

comenzaron a gritar: «Tírelo, tírelo, échelo para acá». Yo estaba por hacerles caso cuando brincó el teniente de la policía y me lo quitó. Fue la única vez que la policía me ayudó, porque después llegó el 9 de abril.

A mí me tocó un 9 de abril muy triste. Estaba operado; hacía dos días me habían traído a Chaparral en manta, atacado de peritonitis. Me operó el doctor Rocha, el boquinche, uno de los dueños de La Primeriza. La finca que habíamos ganado. Yo hasta llegué a pensar mal de la ciencia, pero tampoco había solución porque los otros dos médicos eran conservadores. La operación fue de urgencia, dado que tenía el menudo floriado y estaba pudriéndome por dentro. El doctor Rocha me dijo: «Lo opero de buena voluntad, pero bajo su responsabilidad». ¿Qué podía hacer? Cuando desperté, la enfermera me dijo: «Si no le da hipo, puede seguir viviendo». Yo eché a esperar el hipo pero no llegó. Llegó a saludarme fue Teresita, la novia de Villavieja, viuda y todavía bonita. Me traía unos merengues y yo me puse tan feliz que me los comí debajo de las cobijas. Amanecí botando merengues por unas cánulas que tenía. Cuando vi eso todo blanco llamé a la enfermera: «¿Qué es eso señorita, qué me dejaron adentro?» Llamó a gritos al doctor Rocha. Se quedó seco: me dijo todo lo que quería decirme desde antes y me puso a punta de suero siete días.

El 9 de abril no se oían sino voladores, vivas y jodas. Yo no entendía qué pasaba porque el médico me mantuvo en la oscuridad, como vengándose hasta que llegaron los liberales a llevárselo a la cárcel. ¿Pero cómo dejarlo trastear? ¿Quién nos atendía? Tocó oponernos a nuestros copartidarios hasta lograr que lo dejaran en el hospital custodiado por un policía y por mí. Yo era el que le daba los permisos al policía y autorizaba las solicitudes del médico. Sin embargo, el gusto duró poco, porque a los días echó a llegar a Chaparral la pajaramenta del Valle; los godos armados y los policías civiles.

2. El Davis

Cuando salí del hospital, a los cuarenta días de haber entrado, la cosa ya se había prendido. Los muertos abundaban y eran conocidos. Los asesinos no. La policía no daba cuenta ni razón de nada, como si lo que pasaba fuera en el país de al lado. Por eso fue que tocó ponernos sobre las armas; porque nadie respondía. El alcalde se alzaba de hombros como diciendo: miren a ver. Por eso tocó hacerle caso y mirar por uno.

Una tarde llegó a Coronillas, la finca que yo estaba haciendo, don Alejandro Londoño, un antioqueño grandote y saludable, a contarme afanado que había sabido que en el directorio conservador se hablaba de mí como el comunista que armaba la chusma. ¿En realidad para qué voy a decir, ahora que tengo tantos años, que no era cierto? Era cierto: en la vereda que llamábamos Apicalá teníamos organizadas unas comisiones con cuatro escopetas que no alcanzaban más de dos metros, hechas para el pajareo y no para la guerra. Teníamos también lanzas encabadas en palos. Era todo nuestro arsenal. Habíamos organizado las comisiones porque en una vereda cercana, llamada El Totumo, la chulavita había masacrado a una familia liberal entera y había hecho chicharrón con ella. Cuando vinieron a avisarme les dije que bueno, que consiguieran los fistos y procuráramos la defensa. Se organizó bastante gente porque ya para esos días había mucho deudo. Comenzamos a comisionar nosotros también.

Le hice caso a don Alejandro, dejé la finca y me fui para Algeciras a manejar la cosa directamente. Yo era el jefe de los comunistas y el único que había prestado servicio militar. No podía primero chuzar para después saltar. Tocaba afrontar. Mandé la familia para Chaparral y me fui a frentear, pero era poco lo que podíamos hacer porque los atropellos resultaban muchos. A la vereda de Chicalá, en el Combeima, comenzó a llegar gente perseguida a que nosotros la amparáramos, aunque nosotros no teníamos más que lanzas y cuatro chopos de fisto. ¿Cómo podíamos parar con eso la matazón que venía andando de lado a lado, de casa en casa? No llegaban ni siquiera hombres formados, sino mujeres y niños. Más que defendernos, lo que

podíamos era mantenernos despiertos unos con otros para estar atentos a la entrada de la chulavita. Al final eso no tenía importancia porque de todos modos entraban. Delante de todos mataron a la familia Guarnizo.

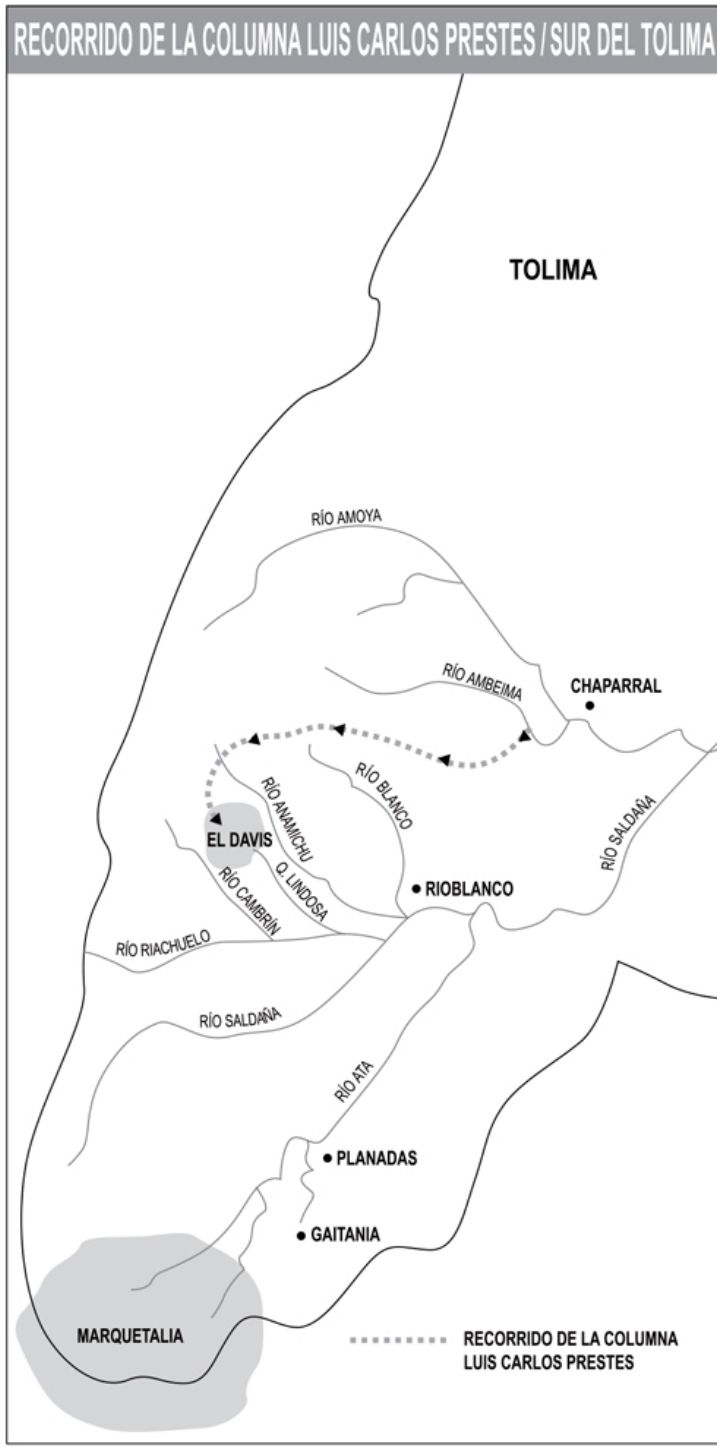
Yo había oído hablar de que por los lados de Río Blanco se habían levantado los Loaiza y los García. Eran afamados y ricos, sobre todo el viejo Gerardo Loaiza, hombre cabal, liberal de cepa, muy nombrado. Tomé la decisión de acercarme a hablar con ellos, a plantearles el negocio de armarnos. El sitio de ellos se prestaba para la pelea por ser alto y montañoso, y en cambio el nuestro era una rastrojera metida en un cañón. Estuve hablando con don Gerardo. Le conté la situación nuestra, la situación de tanta familia, de tanta viuda, de tanto huérfano. Tanto lo asusté, que me dijo: «¿Cómo los alimentamos?» «Ellos saben trabajar —le contesté—, siempre han trabajado. La gente no va a llegar aquí de bonita a que usted vea por ella, don Gerardo. Son todos buenos trabajadores. El todo es que usted les permita dónde y los proteja de la chulavita. Ella por aquí no sube y más sabiendo que andamos bastantes». Esa era en realidad nuestra ilusión. Quedamos en que iría a consultar con los García y con sus hijos y que nos avisaba. No había más que hacer. Al viejo no lo convencimos del todo porque tenía sus sospechas de nuestro comunismo, y cuando regresé a Chicalá estábamos rodeados por los chulos del ejército. Más de cien hombres armados buscándome a mí, el jefe de los comunistas. Habían acampado en la hacienda de los Iriarte y todavía no sabían hacer cercos. Yo mandé regar la gente para obligar a los chulos a desconcentrarse con la idea de golpear por ahí a algunos que anduvieran desprevenidos. Teníamos ya unos cincuenta fistos y doscientos catalicones, bombas de tubo y metralla, muy efectivas.

Una tarde se metió una comisión de cinco. Tal como la mirábamos desde una loma, venían más que en son de pelea con ganas de robarse unas bestias. Nos agazapamos en un paso y les soltamos dos catalicones y un par de descargas de escopeta que sonaron secas. Respondieron sin orden, a la loca, asustados. Ese día cogimos la primera carabina, con cartucheras y buen parque; era un arma belga, muy bella. Nos parecía mentira ese olor a nuevo que tenía. Con ella

nos metimos en otra comisión y en otra. Miramos que en cada ataque sumábamos una o dos carabinas sin que a nosotros nos pasara nada. Había que pagar con susto, pero nada más. El ejército se retiró porque pensaba que teníamos un armamento pesadísimo, traído de Rusia, como más tarde echaron a decir. Esa vez conseguimos seis carabinas y se lo hice saber inmediatamente a don Gerardo, a quien, claro, ya le habían contado de nuestras acciones. Eso lo convenció. Si nosotros éramos buenos trabajadores y además buenos peleadores, el defendido iba a ser él. Hasta yo lo pensé así, pero la oferta ya estaba hecha y no había cómo correrse.

Entre el Ambeima y Río Blanco había dos días de camino cuando uno iba escotero. Pero andar con familias y con trasteo era un cuento distinto. Lo primero que hicimos fue construir en tierras del Davis, arriba de Río Blanco, un cuartel general y guindaderos para las familias. Mandé veinte hombres a trabajar en el punto de llegada mientras nosotros avanzábamos con ese reguero de gente. Más de doscientas familias. Iban desde los abuelos hasta las gallinas. Miles de personas. Nos dividimos en varias comisiones defendidas por fusileros, que llamábamos, para darles importancia. Los fusileros iban adelante y a los lados; las familias en el centro. Así nació la columna que bautizamos con el nombre de Luis Carlos Prestes, un comunista brasileño que iba allí pero que nadie conocía. Conocidos iban don Ricardo Aurelio Restrepo, antioqueño, una plata de hombre; don Pedro Ramos, don Eliseo Manjarrés, don Juan Robledo, don Genaro Useche, todos muy respetables y ya mayores. El más mozo era yo, que tenía cerca de cuarenta años.

A las familias las colocábamos bien arriba, y a las comisiones armadas a dos días de camino, de tal manera que pudiéramos combatir bastante antes de que el enemigo nos pudiera llegar al centro, donde estaba lo que defendíamos. Desde el principio tocó organizar todo muy bien: manejar tanta gente no es fácil. Nos ayudaba estar amenazados por la tropa y señalados de comunistas por los liberales. Eso nos hacía sentir más cerca entre nosotros y acatar la autoridad y la disciplina. Sin eso no habríamos sobrevivido a tanta necesidad y a tanto asedio.



Una vez construidos los alojamientos y los cuarteles, ubicadas las

ranchas, instalada el agua, y destacadas las comisiones armadas o guerrillas, que así ya comenzaban a llamarse, había que organizar la comida. Al principio nos alimentábamos con lo que traíamos; luego se nombraron comisiones para ir a trabajar, para tumbar monte y hacer cosechas de maíz, de frijol, sembrar la caña, la yuca, el plátano. Más de doscientos hombres trabajaban en esa meta. La tierra, gracias a Dios, era agradecida y la comida nunca escaseó.

Lo mismo pasaba con las intrigas. Los Loaiza, hijos del viejo Gerardo, eran tres. Celosos y, por envidiosos, anticomunistas; eran llamados por mal nombre Calvario, Tarzán y Veneno. En junta con Peligro, que era Leopoldo García, hacían una trinca respetable, que no se podía descuidar. Tampoco uno se les podía arrimar. Yo les daba libros para que leyeran y cuando les preguntaba cómo les habían parecido, me respondían: «Nosotros no leemos porque va y salimos también comunistas».

En el Davis pusimos dos comandos, el de Quebradón y el de Ambeima. Pronto nos dimos cuenta de que no estábamos solos. Además de los Loaiza se echó a oír hablar de Arboleda y de Santander, de Jalisco y de Mariachi. Todos llegaron a ser generales. También se comenzó a mentar a Tirofijo, a Ciro Trujillo Castaño, a Charro Negro. Estaban todos mocitos. Tirofijo y Ciro eran aserradores; uno venía de Caldas y el otro del Cauca; Charro era quintinlamista nacido en Ortega, y había conocido al indio.

Ciro era el más tratable. Hicimos amistad con él cuando nos dijo que había planeado caernos una noche y nosotros le respondimos que había sido una lástima que no lo hubiera hecho. Era buen entendedor. Manuel Marulanda, que en esos días se llamaba todavía Pedro Antonio Marín, era cerrado de cara, poco amigo de chanzas, primo de los Loaiza. Tenían un cierto rasgo familiar. Charro era el más cercano a nosotros por las luchas que la mamá, que era india, había sufrido. Nos entendimos al otro día.

Mariachi era liberal y se volvió evangélico. Vivía en Campohermoso. En la propia capilla donde los protestantes hacían sus ceremonias mataron un poco de ejército. Salió a buscarnos y nosotros lo escondimos. Era jodido, fogoso, avispado, ágil para pelear, inquieto.

Duró dos años con nosotros.

Arboleda era sobrino del teniente Canario que mataron en un ataque al Cambrín, porque el hombre, buen luchador, cantaba cuando iba a entrar en combate y se denunciaba. Arboleda nos ayudó a fundar el comando de Amoyá cuando empezaban a seguirnos. Llegamos a tener diecisiete comandos.

Con Arboleda y Mariachi —que llegaron a tener bajo mi mando el grado de teniente— las cosas se dañaron porque se les abrió la agalla. Nosotros éramos muy tacaños con las jinetas y en cambio a ellos les gustaban. De tenientes pasaban a capitanes y luego a generales. Nosotros teníamos subtenientes, tenientes, capitanes, mayores. Yo no llegué a conocer un general nuestro porque no fundamos el título.

Ellos eran tenientes del comando de Ambeima, donde yo los había destacado. De allí me mandaron un soldadito que había desertado del ejército. Puro pollo, pidió ingreso a la guerrilla. La conferencia guerrillera lo aceptó y lo mandé al comando de Amoyá. Se llamaba Tulas y era barbicerrado, bien plantado. Él llegó tímido pero con los días fue explayándose. Era alegre y a las mujeres les gustaba. El Camarada Raúl, comisario político destacado por el Comité Central, había dejado su mujer por otra que vivía con Manuel Marulanda y que era la hermana de Charro Negro. Tulas se enamoró de la mujer que el camarada Raúl dejó sin dejar, porque la quería tener allí como en «por si acaso salgo que te vea». Tulas vino a decirme que esto, que lo otro. Yo le respondí: «No, si está sola, llévesela». El camarada Raúl tenía mando político y por lo tanto los muchachos lo respetaban. Tulas volvió al rato y me dijo que el camarada Raúl no convenía en que ella se fuera con él. Le dije: «¿Por qué no se la puede llevar? ¿Acaso él no tiene otra?»

Para evitar más enredos de los que ya había, mandé a Tulas con su mujer para el comando de Calarma, que estaba en cabeza de Richard, o sea Alfonso Castañeda. Arboleda los interceptó y sin tener derecho ni dar explicación desarmó a Tulas, lo amarró a un palo y me mandó llamar. A mí se me hizo raro y hasta llegué a pensar que a Mariachi —que andaba con Arboleda y era enamorado— le había gustado la mujer. Pero la cosa no era por ahí. La cuestión era que ya les

comenzaba a dar vueltas la idea de limpios y comunes. Los liberales limpios eran los del directorio, y los liberales comunes éramos los comunistas.

Llegué pues a Ambeima con siete de los muchachos más guapos que tenía. La gente salió a saludarme porque yo era mando de ellos y además porque les daba conferencias sobre la situación nacional. No les devolví el saludo sino que pregunté directamente por Mariachi y por Arboleda. Me respondieron que estaban en el cuartel. «¿Cuál cuartel?», pregunté yo, «si nadie ha dado la orden de hacer cuarteles». Yo me las temía. Yo que digo eso y el grupo de guardia que nos emboquilla: «¡Quietos ahí! Es una orden, Mayor Lister. Usted nos excusa». Mi escolta se fue a las armas y se veían venir las del diablo, pero les pedí que las entregaran, que las cosas se arreglaban de otra manera.

Al rato llegó un estafeta con un mensaje que nos mandaba subir al cuartel. Allí estaba solo Mariachi, el más tratable de los dos. Le dije: «Bueno, José María, ¿de qué se trata esta güevonada? ¿Qué pasó con Tulas? ¿Por qué lo tienen amarrado? Esto es muy jodido. Ustedes son miembros del Estado Mayor. Si quieren plantear algo, pues háganlo». Mariachi comenzó diciendo que Tulas era un chulo. Más tarde planteó la verdad. La verdad era que dizque Tulas llevaba una carta dándole instrucciones a Richard para que matara a Arboleda. Yo me emberraqué y le pedí que se sostuviera en una sola joda, que escogiera una para responder.

Mariachi era muy ágil. Me dijo: «Mire, Isauro, la cuestión es ésta: ¿por qué no se viene usted y hacemos aquí un Estado Mayor Liberal sin camaradas, sin el Raúl, sin el Rueda, sin el Clavijo? Más claro: mientras eso sea un secretariado, una dirección política comunista, nosotros no volvemos a combatir juntos. Nosotros lo reconocemos a usted como liberal, natagaimuno y buen soldado, pero no le aceptamos mando como comunista». Le dije que no, que era cierto que ellos vivían bien, que tenían buen ganado y buena plata, pero que esa no era la razón de la lucha. Que yo no era solo, que yo andaba orientado por una causa desde hacía muchos años y que por ella ya había sufrido. Que gracias. Que me devolvieran mis armas y que

quedábamos de amigos así no hubiéramos podido hacer sociedad. Mariachi se disculpó y me advirtió que las armas no podía devolvérmelas porque ellos habían aportado mucho al Davis. Nos despedimos y hasta ahí fueron los mimos con ellos. De ese día en adelante la diferencia fue una pelea y la pelea fue a muerte. De liberal, Mariachi se volvió evangélico; de evangélico, colaborador del ejército, y ya con ese grado asesinó a Charro. Tenía por dentro del alma un bandido que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Lástima, porque era buen montador de potros.

Todo el negocio del rompimiento entre limpios y comunes estaba manejado por los Loaiza. Más por Veneno, Tarzán y Peligro, que por el viejo Gerardo. Él era un liberal que luchaba por defender su vida; en cambio los hijos querían era hacer plata. Claro que eso nunca se planteó así, aunque así era. En unas operaciones que hicimos en Río Blanco, es decir, con los comandos de los Loaiza, resultó emboscada una patrulla del ejército. Las comisiones que iban a combatir acostumbraban a llevar muchachos jóvenes, entre diez y catorce años, para que se fueran fogueando en las marchas, en la rancha, en las comunicaciones. Ellos no combatían pero colaboraban en todo. La ilusión de esos muchachos era pelar un godo. Era lo máximo a que podían aspirar. Un día un par de pelados mataron a machete a un chulo que cogieron pasando muy cerca y le quitaron el fusil. El arma quedó de ambos, porque era la maldita ley en esos días. El que cogía el arma la volvía de su propiedad. Los muchachos acordaron que una semana la usaba uno y la siguiente el otro. A mí me informaron del caso y dije: «Bueno, el todo es que se cumpla». El camarada Raúl, en cambio, disgustó con la decisión: que qué carajo, que esto, que lo otro. Yo traté de explicarle que los muchachos eran por ahí del sur del Tolima, muy delicados, que el trato era justo para evitar problemas y que la costumbre de que los fusiles pertenecieran a quien los cogiera no era fácil de romper. Le puse de presente las consecuencias de que entráramos a desconocer el arreglo.

El camarada Raúl no me hizo caso y un día que salí a visitar comandos, uno de los socios del fusil pasó con el arma terciada. El pelado le mostró a Raúl el fusil y el camarada dio la orden de

quitárselo. Ahí mismo se lo arrancaron a las malas. Cuando me contaron, dije: «Esta es la guerra con los Loaiza. Eso es romper una ley. Ellos no comen de ésta». Me dio mucha ira con el camarada Raúl, porque fue una traición y un acto a mansalva. El hecho de que ellos fueran liberales no autorizaba la traición. Ese sectarismo alimentó el otro sectarismo y, poco a poco, se hizo un mar entre ellos, los liberales limpios, y nosotros, los comunes.

Los Loaiza respondieron muy pronto: nos toteaban comisiones, nos mandaban estafetas, nos secuestraban compañeros. Era el anuncio. Pero un día, el hecho que anunciaban cayó; a las tres de la mañana se lanzaron contra el cuartel y casi nos acaban: siete tumbas nos tocó abrir cuando se retiraron. Reaccionamos y nos metimos al Cambrín, donde les cobramos los siete y les dejamos un saldo de siete más. Después organizamos otro asalto al Quebradón, donde nos mataron cinco, pero nosotros les dejamos muerto al personal de las trincheras. Más de quince. La pelea con los limpios, aunque la ganamos, nos derrotó.

3. El Plan del Tolima

A comienzos del año 53 llegó al Comando Central un muchacho de apellido Rincón, estudiante. Venía de parte del Secretariado del Partido. Tímido y recatado al principio, pronto le vi la punta de las uñas. Se emboquinó con una maestra de escuela, bonita ella, de ojos saltones, y se quedó a vivir con nosotros. Propiamente venía a moverle el piso a Raúl, que estaba mal parado por el problema con los limpios, que crecía y crecía. Desde que me di cuenta de cuáles eran sus pasos, entendí que mi destino se jugaba con el cambio. Así fue. Un día que venía de hacerle unos tiros a Peligro y que estuve a punto de ahogarme pasando el río Amamichú, me esperaban en reunión del Estado Mayor. Sin explicación, como quien dispara, me dijeron que había sido destacado para sacar a Neiva unos camaradas del Comité Central, entre otros Martín Camargo y a su mujer.

A mí me dio cierta joda. Tanto luchar para terminar de baquiano llevando señoras a Neiva. Protesté. Se me hacía raro. Pedí explicaciones. El camarada Rincón me dijo: «Mire, camarada Sanín —mi nombre en la civil—, usted sabe que el cambio es la esencia del movimiento dialéctico, que todo cambia en el mundo, que la evolución es la regla de oro de la historia, que la mano ha sido la clave de la transformación del mono al hombre. Usted ha cumplido su función. El Estado Mayor ha votado su reemplazo y acordado su nueva misión». El hombre tenía una verborrea churrienta que largaba sin compasión. Al camarada Raúl lo hizo llorar, y después lo destituyó del todo. Yo pedí explicaciones claras y no me las dieron. Eso estaba acordado. Yo siempre di explicaciones y la gente estaba acostumbrada a que yo le diera razón y cuenta de toda novedad. Por eso me querían bastante y por eso me seguían. Todo el mundo sabía qué hacía y por qué. El modito de Rincón era desconocido. Mi reemplazo era un muchacho de San Martín que llamaban El Llanero, un negro noble que habíamos formado desde niño. Me pidió autorización para reemplazarme y se la di. Cuando se lo contó a la gente, las mujeres lloraban y me decían: «Mayor Lister, usted no nos puede dejar con todos estos niños, con todas estas familias». Les mentí. Les dije que yo

quedaba en el comando. Al Llanero lo habían escogido joven para poderlo mandar a sus anchas.

Al día siguiente, sin más despedidas, tomé el mando de la comisión, aunque pedí que no se me obligara a entregar un fusil-ametralladora que les habíamos ganado a los chulos en las cuevas de Tuluni. En el camino hacia Neiva, en Santa Cruz, me crucé con el camarada Raúl, que salía acompañado de una comisión que lo iba a dejar en Chaparral, rumbo a Bogotá. Me dijo que los limpios habían amenazado con meterse al Comando Central y que yo no podía abandonarlo estando Tirofijo y Charro Negro lejos de la zona, en Gaitania. Que debía pedir una reconsideración. Le dije que no, que yo había brincado todo lo que había podido y que no me iba a humillar más. Pero que había quedado con El Llanero de estar comunicándonos a diario por si había emergencia.

La emergencia no vino por el lado de Peligro, sino del mismo Rincón: a todo mando le dio grado, les hizo ofertas, se los ganó y los soltó a comisionar. A la salida me encontré con Tirofijo, que venía llegando y le conté la nueva. Dijo: «No, eso no puede ser así. Primero que todo hay que sacar a los viejos, a Melco, a Llanos y a Pinocho». Eran guerreros antiguos que sabían mucho aunque no pelearan ya. Yo se los recomendé al Llanero. Le dije que no fueran a hacer nada sin consejo de ellos. Eran muy valiosos, y Tirofijo y Charro los querían mucho. «En cuanto a lo segundo —continuó Marulanda—, hay que mandar un propio a Bogotá a ver qué orientaciones hay». Los viejos llegaron a la semana; el propio que mandamos a Bogotá nunca regresó. Yo envié a Neiva la gente que me habían encomendado, bien acompañada. Me sentía más seguro con Marulanda y Charro que como guía.

En medio de ese sin saber que hacer avientan a Rojas Pinilla al poder el 13 de junio del 53. Las noticias nos sepultaban: que el golpe era contra los godos, que la persecución se terminaba, que Rojas era contrario a los comunistas, que daba garantías para poder acabarnos. Corrían novedades. Al principio todos desconfiábamos; después también, pero algunos comenzaron a salir y, al final, todos terminaron aplaudiendo al general. El partido no nos daba ninguna orientación.

La gente quería y necesitaba trabajar. Rincón desapareció.

Nosotros nos fuimos con Marulanda, Ciro y Charro a Ucrania, una región indígena cerca a Marquetalia. Allá nos avisaron que los limpios se habían entregado. No se nos hizo raro porque ya estaban entregados: se habían vuelto ricos de tanto comisionar. Pero lo que sí nos jodió en paro fue cuando nos notificaron de la entrega de la gente de los Llanos Orientales. Era nuestra retaguardia en un sentido y, en otro sentido, nuestra vanguardia. Nos reunimos y resolvimos no entregarnos sino esperar a ver qué decía el Partido. Dos semanas cincuenta hombres esperando, sin mucha comida, porque por ser zona indígena poco se cultivaba. Además, los indios son traicioneros y jodidos. Nos alimentábamos de victoria, que era como llamaban a la calabaza. Parecía un chiste. Silencio del Partido. Hasta que un día que amanecimos con hambre dijimos: «Pues si hay que esperar, que sea donde haya comida», y nos enrutamos hacia el Cauca. No acabábamos de salir cuando comenzaron a gritarnos: que vengan, que vengan. Había llegado el correo de Bogotá: nos convocaban a una conferencia cerca a Natagaima.

Le mandamos un correo a Richard para encontrarnos y andar todos juntos. Él tenía unos treinta hombres en Calarma, pero no supimos que los chulos lo tenían encerrado sino hasta cuando regresaron con la novedad. Rompió el cerco y treinta días después llegó al punto de encuentro con todos sus guerreros. Manuel y Charro no quisieron ir a Natagaima y echaron para el Cauca. Ciro y yo también gastamos el mes porque no podíamos avanzar de día.

En Natagaima nos arrinconaron a punta de críticas. Yo expliqué hasta donde pude la pelea con los limpios y todo lo que habíamos hecho y logrado.

No fui muy acatado. Ya había perdido mando. De todas maneras, de esa conferencia salió una orden: trasladar todo el personal armado a Villarrica. Es decir, cruzar el Plan del Tolima a pie, de cordillera a cordillera.

Salimos de Natagaima el 6 de agosto de 1954. Richard, que era el hombre duro, llevaba sus treinta unidades y su comando. Eran guerreros de experiencia que tenían toda la confianza del movimiento.

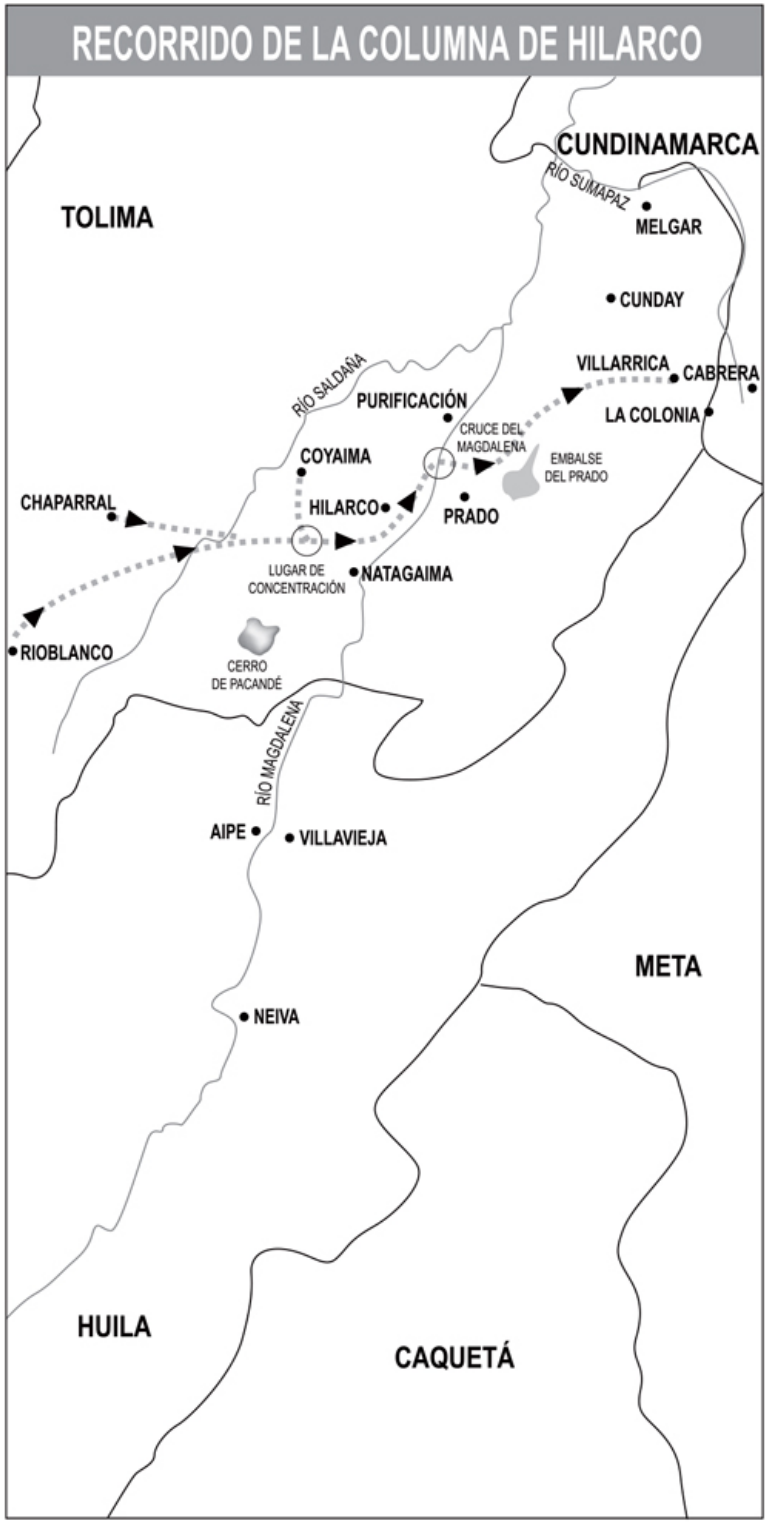
Porque no se trataba de reforzar con gente el oriente del Tolima sino de transportar las armas, las mejores armas que nos habíamos ganado peleando durante casi cinco años. La consigna era no combatir y eludir al enemigo para que no supiera por dónde habíamos cogido.

Dos días antes de salir matamos cinco reses y algunos marranos. Comimos como para no tener que lamentarnos después. A las cuatro de la tarde cogimos camino. Adelante salió Richard con sus hombres. Detrás iba yo con diez más. Caminamos toda la noche, esquivando casas y sitios poblados; parecía un desplazamiento de fantasmas. Llanos amargos aquellos. Al segundo día de camino nos acercamos a Hilarco, que era el sitio convenido, y con ese nombre bautizamos la columna. Los indígenas fueron gente firme, nos guiaron por ese desierto que hervía aun en la madrugada. El viaje se hizo más doloroso porque estábamos en verano y el agua no era que escaseara, era que no había. Tocaba mandar comisiones escoteras hasta el Magdalena a traer algo de agua, porque la boca se nos volvía como un hollejo. La sed es la entrada del infierno. No la mata ni el hambre. Los caminos de aquel plan se confundían y no sabíamos si era porque los prácticos se perdían, o porque todos estábamos perdidos, o porque estábamos perdiendo todo.

Al tercer día Richard amaneció a orillas del Magdalena, donde casi todos habíamos nacido. Se mantuvo escondido debajo de unas plataneras, esperando la noche para cruzar. Sabíamos que Peligro estaba comisionado por cuenta del ejército en contra nuestra. Quería cobrar la recompensa que ofrecían por varios de nosotros y ganarse así la amistad de los coroneles y de los ricos de Chaparral. Más que traidor a los liberales, era un sapo.

Richard esperó la noche y mandó comisiones río arriba a localizar canoas para pasar. Duraron toda la noche en esa operación. Pero ya al otro lado tuvieron que echar a andar de día porque el robo y la ubicación de las canoas los delataba. Se salieron del problema pero nos lo dejaron a los que veníamos atrás. Esa misma mañana llegamos al río, nos guarecimos debajo de unas rocas que había en un alto. Desde allí nos pateamos el coge-coge que armaron los dueños de las canoas. Unos corrían para arriba y otros para abajo buscándolas. Se

echaban la culpa unos a otros, se gritaban y se arriaban la madre. Por la noche nos tocó a nosotros. Fuimos por las canoas tarde ya, cuando estuvimos seguros de que los había cogido el sueño. Pasamos el río en dos de ellas y las dejamos sueltas para que no pudieran saber dónde habíamos desembarcado. Nos daba pena hacerles eso, pero no había como evitarlo.


RECORRIDO DE LA COLUMNA DE HILARCO
CUNDINAMARCA
TOLIMA
RÍO SUMAPAZ
MELGAR
CUNDAY
VILLARRICA
CABRERA
LA COLONIA
RÍO SALDAÑA
PURIFICACIÓN
CRUCE DEL MAGDALENA
EMBALSE DEL PRADO
COYAIMA
CHAPARRAL
HILARCO
PRADO
LUGAR DE CONCENTRACIÓN
NATAGAIMA
RIOBLANCO
CERRO DE PACANDÉ
RÍO MAGDALENA
AIPE
VILLAVIEJA
META
NEIVA
HUILA
CAQUETÁ

El sol nos vino a coger llegando a Prado. La comisión de Richard había pasado poco antes por el mismo sitio. Era un llano grande y despejado. Nos vimos obligados a quedarnos tendidos sin movernos mucho. Como a las nueve, una vieja que andaba recogiendo chamizos nos ventió. Astuta, la mujer no dijo nada, se echó la bendición y se devolvió por donde había venido. Yo me quedé en guardia; tuve la seguridad de que nos delataba, y así fue. Al poco rato divisamos la comisión de policía que venía derecho a donde estábamos. Tocó quemarles y correr a campo traviesa. Nos vimos cazados como conejos. Richard alcanzó a oír la totazón y mandó una avanzada a investigar, con tan mala suerte que se toparon de manos a boca con la policía. Los guerreros corrieron pero quedaron ensartados en una cerca de siete hilos. Tratando de soltarse los fusilaron y los dejaron ahí para escarnio de todos. Con ese caso los chulos del ejército y los Peligros se enteraron dónde estábamos y quienes éramos. Nos compactamos con Richard y así mantuvimos la marcha hasta cerca de Villarrica, nuestro destino. Allí nos volvimos a dividir. Richard volteó para una región que se llama Manzanitas y nosotros para un sitio que llamaba La Barandilla. Región bonita, cafetera, comunista. Ellos se quedaron con todo el armamento porque mi tarea era política, de organización y de agitación. Villarrica era una región donde uno podía moverse tranquilo porque todos sabían quiénes éramos y a qué habíamos venido. Los camaradas eran muy respetados. Yo me mantenía dando charlas, dando orientación, organizando, porque sabíamos que la calma era corta. Si la paz anochecía, no amanecía. Pudimos traer a las familias de Natagaima. Las hijas ya estaban buenas mozas. Fue un respiro.

Pero una noche nos cayeron los perros de Peligro, que no habían apagado el ojo. Yo venía de un festival en Tres Esquinas, nada tomado porque nunca me gustó beber, así los tiempos fueran de paz. Me acosté y no había acabado de estirarme cuando golpearon la puerta. Sentí los culatazos sobre mí. Salí como si tuviera una cita: era el 14 de noviembre de 1954. Estuve casi dos años preso en Villarrica y en La Picota.

II
Limpios y comunes

1. Los Marín

A Manuel Marulanda yo lo conocí de familia y después de acompañante en la vida. Siempre ha sido un hombre serio, reservado, que mira como desde un silencio que tiene atravesado. Más que lengua tiene oídos y, claro está, ese ojo que no tiene compromisos y que es, según dicen los viejos que lo distinguieron de muchacho, la causa de sus andanzas.

Cuando lo conocí era todavía Pedro, hijo de un viejo que desmontó selva y sembró café con otros hermanos por el lado de Génova, donde nació el 13 de mayo —día de la Virgen de Fátima— de 1930. Los Marín viejos eran varios: Ángel, el mayor; le seguía Manuel; después venía Antonio, el papá de Pedro, y José, que mataron en La Primavera. Marulanda se levantó cogiendo café, como todos nosotros, madrugando a poner el tinto, cortándoles caña a las bestias. Hablaba poco de su niñez y de su mamá, que son la misma cosa a la hora de la verdad.

Vivía en un punto llamado El Puerto, vereda de El Rosario, donde tenía finca también el tío Manuel. Los Marín eran dueños de cafetales que les daban buen billete y habían comenzado a ensayar con el almidón de yuca. No aguantaban hambre. El tío Manuel, viendo que Pedro era aplomado, lo encargó del ordeño y del queso, y cada ocho días el muchacho llevaba las tres, las cinco arrobas de queso a vender a Ceilán. Allí dormía en la casa del tío Ángel, jefe liberal muy acatado, nacido —como todos sus hermanos— en Santa Rosa de Cabal.

En eso fue que lo cogió el 9 de abril. Ya había descargado y colocado el queso en las tiendas cuando se conoció la especie del

asesinato de Gaitán. Se regó como una noticia mala, y se embolató el almuerzo porque todo mundo se echó a la plaza a oír el único radio que había y que era del otro jefe liberal de Ceilán, un tal Gallego, muy señor el hombre y muy buen liberal. Tanto así que sacó el radio para que todo el mundo oyera la algarabía que les emisoras formaron. En la plaza las cosas comenzaron a calentarse cuando a don Gallego le dio por correrse un Hennessy y todo el pueblo —porque allá no había más que diez conservadores, todos comerciantes— siguió su ejemplo. Entonces así, los vivas al partido y los mueras a Laureano salían de más adentro, traían las tripas prendidas. Los vivas y los mueras fueron creciendo y andando solos: nombrando alcalde y destituyendo policías, pidiendo armas y asaltando almacenes para tomar aguardiente. Tres días, los reglamentarios de todo duelo, se estuvo bebiendo y gobernando. Hasta el lunes que llegó el ejército en dos *jeeps*, se instaló en la inspección de policía y comenzó a citar gente. Recogieron ciento ochenta liberales y los remesaron a Tuluá para investigarlos por el asalto al comercio, que en realidad fue sólo al estanco. En Ceilán no hubo robos. Todos eran conocidos y más que bien acomodados. Lo que estaba creándose era la retaliación, el atropello contra los liberales que se habían encarado contra el gobierno. De los ciento ochenta que se llevaron, condenaron a seis meses de presidio a treinta liberales. Pero más que eso, lo que el ejército hizo fue levantar la información que necesitaba para la fiesta.

En esa vez a Pedro no lo reseñaron. A él ni le gustaba el trago ni le gustaba la pelea. Él soñaba con negociar. La agricultura nunca lo atrajo porque no tenía consistencia; él quería algo seguro: plata es lo que plata vale. Nunca le dolió la pobreza porque sabía que no le iba a costar trabajo salir de ella. El tío Manuel, conociendo la inclinación del muchacho, lo orientó para La Primavera, inspección de El Dovio, donde José, otro de los Marín, tenía comercio. Allí podría independizarse y alejarse de la Cordillera Central que, según todo el mundo, estaba por prenderse después del 9 de abril.

Pedro llegó con dos mil pesos a La Primavera. Estudió la plaza en los billares, en la pesa, en la estación de las flotas y en las peluquerías, y se mandó por el lado del tenderete de cacharros. Compró dos catres

de lona y se instaló a vender inutilidades. Dejó mil pesos para comprar café. El tenderete era una base para medir la plaza, conocer la gente y dirigir bien el envión. No le gustaba fallar. Recorrió toda la región. De La Primavera salió para El Dovio, de allí para La Tulia, para El Naranjal, para Betania. No le gustó Betania y volvió a El Dovio a mirar el movimiento en los hoteles, en las famas, en los bares. Iba dispuesto a salirle a cualquier cosa con tal que no fuera la agricultura. El hombre para catear, compraba frijol en Betania y lo vendía en El Naranjal¸ ahí compraba panela y la vendía en El Dovio. Así fue cateando, cateando hasta que asentó reales en La Primavera, que era una plaza flaca pero con futuro.

Pero la violencia no le dio tregua ni a él ni a ninguno de nosotros. Se echó a oír de muertos en la zona. Que en la vereda tal amanecieron unos apuñalados, que mataron a fulano en tal sitio, a mengano en tal otro, que incendiaron no sé qué casa. Hasta que los muertos llegaron a El Dovio. Un domingo como a eso de las once de la mañana, cuando la plaza de mercado hervía, se oyeron vivas al partido liberal y en seguida, como si se hubieran puesto de acuerdo, vivas al partido conservador. Vivas a Gaitán y vivas a Laureano, vivas a López y vivas a Mariano, un contrapunteo peligroso, más peligroso aún por el calor que estaba haciendo aquel día. Sin saber cómo, comenzaron a volear panela los que tenían panela, botellas los que vendían cerveza, yuca y plátano los que negociaban con bastimento. Una batalla campal. Al final de la fiesta quedaron cuatro muertos y doce heridos, todos a cuchillo. Al día siguiente comenzaron los rumores de que Lamparilla y Pájaro Azul iban a tomarse el pueblo. Pedro se fue saliendo porque su idea era hacer moneda y porque además habían matado a su tío José.

Salió con muchos liberales que también huían de la policía y de los pájaros. El Águila, municipio del Valle, se convirtió en el terror porque de allí salían los pájaros más acérrimos, más sectarios y más asesinos. Se sabía que los pájaros eran conservadores, pero no sabíamos que eran pagados por el gobierno, aunque todo el mundo lo sospechaba. De El Dovio salió para Betania, trabajando todavía con la idea de montar un negocio. Allí llegó mucha gente, porque todos tenían la misma ilusión y, claro está, llegaban a la misma parte.

En Betania corrían muchas especies: que los godos, que la policía, que los muertos de tal parte, que los de tal otra, que por aquí, que por allí. En fin, el mismo disco con la misma sangre. Pedro, seguro, decidió quedarse en Betania. Tal vez porque vio que todo andaba igual o por eso que siempre le pasa a uno: que piensa que porque uno está trabajando honradamente —como le han enseñado—, a uno no le pueden hacer nada, ni nadie lo puede atropellar, ni nadie lo puede asesinar. Nosotros recibimos esa educación sana, en el trabajo, y pues uno no desconfiaba de nadie y menos de las autoridades, del señor alcalde, del señor agente. No, eso era imposible.

Al poco tiempo el anuncio se hizo verdad. Llegó Lamparilla con Pájaro Azul a Betania, acompañado de varios tipos mal encarados y bien armados. Venían borrachos, con las bandoleras llenas de parque, montados en buenas bestias. Echaban tiros y vivas al partido conservador y a Laureano. Serían veinte o treinta. La gente comenzó a preguntarse por la policía y llamaron al gobernador para ponerle de presente lo que pasaba. El gobernador mandó arrestar a Lamparilla y a Pájaro Azul, pero dos horas después el alcalde de El Dovio los hizo soltar y los tipos siguieron la juerga. A la salida se trastiaron a los seis policías que había en la cárcel y con ellos se tomaron El Dovio.

Después llegaron a Betania y luego a El Dovio trescientos jinetes armados que asesinaron más de cien personas. Nunca se sabía cuántos liberales caían. Quemaron y saquearon todo el comercio. Policía no había en ninguno de los dos pueblos porque estaban de a caballo obedeciendo órdenes de Lamparilla. A los pocos días cayeron también sobre La Tulia y El Naranjal. Los muertos se iban sumando y los nombres de los bandidos también. Lamparilla, que había sido liberal y se volvió el peor enemigo nuestro, fue el primero que se oyó mentar; después fueron Pájaro Azul y El Vampiro, luego Pájaro Verde y el Veinticinco, el Sesenta y Nueve, el Treinta y Dos. Cada cual tenía su placa, como los carros, y en ella escritos su especialidad y el número de finados que cargaba en los dedos.

De Betania salió Pedro huyendo también, con una procesión larguísima. Los caminos entre La Primavera y Roldanillo, entre El Dovio y Roldanillo, entre El Naranjal y La Primavera, se llenaron de

perseguidos. Gente con sus cuatro chinos y sus dos gallinas; otros escoteros, porque no habían tenido tiempo de sacar ni a la mujer. A Roldanillo llegó todo ese mundo de familias empujadas por el miedo. Lo que a la gente le dolía era que las autoridades tenían las manos untadas con esa sangre que se comenzaba a regar.

En Roldanillo los esperaba la gran sorpresa. Miles de familias durmiendo en la plaza, en los corredores, en el atrio de la iglesia. Cocinando en cualquier fogón, guareciéndose con cualquier hule. Todos pidiendo al gobierno una solución, una intervención en contra de los bandidos. La gente necesitaba volver a sus fincas porque muchos habían dejado sus hijos y su mujer, sus maridos, y las cosechas y los animales, y finalmente la tierra. Todo abandonado a la buena de Dios, o de los conservadores, que a veces parecía lo mismo de tanto poder que tenían. Todo mundo quería volver. El alcalde de Roldanillo citó a una reunión y dijo que el que quisiera volver podía volver siempre y cuando firmara un certificado en el que renunciaba —como Lamparilla— a su cuna liberal y se comprometía a votar por el partido conservador. Era una verdadera cédula, un salvoconducto: quien no lo tuviera era liberal, y a los liberales se les quebraba sin preguntarles quiénes eran. El papelito resultaba requisito para volver por la familia y sin tenerlo en el bolsillo no se podía trabajar la tierra. Era todo: título de propiedad, recomendación, seguro de vida. Muchos, pero muchos, tuvieron que firmar, o mejor, poner su huella.

Marulanda comentó después que desde ese día dejó de creer en la policía y en las autoridades. Lamparilla dejó de ser un bandido para convertirse en un funcionario público. Así comenzaba uno a enterarse de que algo grave estaba pasando, algo que nunca había pasado antes. La cosa era oficial, no eran especies que corrieran. El rompecabezas comenzó a armarse, y la gente también. La profesión de comerciante se le escabullía a Pedro.

Sin embargo, le hizo un último guiño al destino y se fue para Alaska, de Tuluá para arriba, donde había unos cortes de madera fina sumamente ricos. Sacó unos palos y se dedicó a la arriería, que parecía dejar más. Tampoco se amañó y entonces instaló un toldo en la plaza para hacer tamales. Alaska estaba bien alejado del tumulto y por allá

duró un tiempo, hasta que mataron un par de liberales en un punto llamado El Billar. Pedro sabía que eso era el anuncio de una matazón de diez o veinte, y así fue: a la semana asesinaron a todos los liberales de la vereda. Resolvió entonces volver a Ceilán. Regresó con poca plata y mucha rabia.

El clima de Ceilán era pesado, la tensión, berraca. Las elecciones de Laureano se acercaban y los liberales habíamos decidido no salir a votar porque nos estaban matando. Ahí sí fue peor, porque el que no tenía el sello de haber votado era liberal, y en algunas partes, como en el norte del Valle, el Quindío y el Tolima, eso era un cerificado de defunción. El partido liberal empujó a su gente a volverse conservadora o a volverse finada. Escogimos defendernos.

Pedro llegó a pedirle consejo a su tío Ángel, que era muy respetado. El viejo le dijo que la elección de Laureano había sido ilegal y que iba a ser demandada ante la Corte Suprema: que todo dependía de eso. Porque si había nuevas elecciones, la consigna era llevar al partido liberal al poder y si no, pues que cada cual se defendiera por su lado. El lado del tío Ángel fue irse para el Ecuador. Pedro volteó para donde Manuel, el tío que más quería, y le preguntó: «Bueno tío, ¿y qué vamos a hacer con esta situación? Aquí no se puede prosperar, pero tampoco se puede vivir. Esta medio entre-vida que llevamos no puede ser. ¿Qué orientación me da usted?» Manuel dizque le respondió que él no veía salida y que no había sino dos caminos: o echar para Venezuela o ampararse en los pocos conservadores amigos que conocían. «Yo me voy a quedar aquí, que mi compadre Ananías Valbuena es conservador y me prometió hablar por mí donde los jefes. Tenemos que hacernos los chiquitos hasta que pase este chaparrón; el todo es tener vida». Pedro le dijo: «Pero no, tío, es que no puede ser que ninguno nos encaremos, que ninguno nos levantemos. Yo creo que yo sí me voy a meter en esas cosas, vamos a ver con quién hablo y qué acuerdo hacemos para salirles a los godos. Hay mucho muchacho como yo que se mamó de andar escondiéndose y pidiendo perdón por lo que no ha hecho. Así, tío, que a mí me da mucha pena con ustedes, pero yo le voy a desobedecer en esta materia. El gobierno conservador tiene un plan para poner fuera de servicio al partido liberal y cuenta

con jefes liberales para llevar al degolladero».

Ahí mismo se bajó para Ceilán y se puso a órdenes del señor Gallego, que estaba organizando los guardias cívicos, porque la policía se había ido y eso era grave. Él tenía conocimiento militar porque había sido guerreante en los Mil Días. Formó un grupo de unos cincuenta hombres armados con las armas que se pudieron conseguir; cada cual aportaba lo que podía: un revólver, una pistola, parque o plata. Había campesinos armados con las lanzas que sobraron de las guerras grandes. Las armas tenían dueño pero estaban puestas a disposición de los guardias cívicos. Se puestearon patrullas en cada una de las entradas del pueblo, en la de Sevilla, en la de Tuluá y en las de las veredas, y se nombró una comisión especial de patrullaje. Todas muy entusiastas. Pedro quedó en la que cuidaba la puerta de Sevilla. Se organizó también una comisión de economato que preparaba comida y hacía tinto toda la noche, y otra, muy selecta, decidida a conseguir información sobre el movimiento de los pájaros y de los chulos. La gente de las veredas ayudaba día y noche. En realidad, para ser justos, todos colaborábamos porque el miedo era mucho y el peligro demasiado. La vida de cada uno dependía del resto y eso nos unió mucho. Todos sabíamos en qué nos estábamos metiendo.

Un domingo, como a las nueve de la mañana, después de una noche en que llovió hasta el mundo de enfrente, se presentaron unos campesinos sin resuello. Temblaban de arriba abajo, venían engarzados y no podían hablar sino por señas. Señalaban para el lado de Tuluá. Cuando se calmaron nos contaron que había habido una masacre en el puente de San Rafael, sobre el río Tuluá, en la bodega de los Arias; que los muertos eran más de veinte y que seguían matando al que llegara, porque lo que habían instalado los señores conservadores era un matadero de liberales.

Los Arias eran unos comerciantes liberales muy poderosos que tenían unas bodegas al lado del puente y que compraban todas las cosechas de ese sector: café, plátano, yuca, maíz, frijol, panela. Ellos eran los grandes compradores y vendían al fiado todo lo que los campesinos necesitaban. Eran tan fuertes, que competían con los comerciantes de Ceilán. El punto era llegadero de personal de toda esa

región. Los domingos se reunían ahí los quinientos, los mil campesinos.

Los pájaros —y ya a esas alturas se contaba entre ellos a la policía, a los guardias de rentas, a los soldados del batallón, a los detectives, al personal de la alcaldía, al alcalde y a todos los conservadores, buenos y malos— habían llegado hacia las tres de la madrugada. Se puestearon en el puente, en las bodegas y en los caminos que ahí se encontraban. A las cinco, cuando comenzaron a llegar los campesinos, los fueron reuniendo frente a la bodega. A las siete ya había más de veinte. Los asesinaron a bala y machete. Comenzaron por los señores Arias. Primero los mataban y luego les cortaban la lengua, o las güevas, un dedo o una oreja. Los asesinos hicieron un cerro con marcas personales para poder cobrar, porque todos esos trabajos eran pagos.

De Ceilán se mandó una comisión a investigar. Ahí iba Marulanda. No pudieron llegar porque hacia arriba subían los godos «mermando la diferencia», como ellos mismos decían. En realidad, en esos sectores no necesitan preguntar quién era liberal; podían disparar a lo que se moviera. En el puente, hacia las once, hicieron otra matazón de todo el personal que llegaba a remesar. Eran tandas como en los mataderos de los pueblos grandes, que no matan al mismo tiempo para que la carne salga siempre fresca. El río Tuluá duró varios días corriendo rojo y desde Ceilán vimos los chulos revolotear una semana entera. Los perros, todos, cogieron camino para el puente de San Rafael. Por eso los godos se pudieron meter a Ceilán. No había quién les ladrara.

Las noticias que la comisión trajo nos pusieron a temblar y a llorar por adelantado. El terror subía en masa por esos caminos. Redoblamos la organización y las comisiones de vigilancia. En vez de cincuenta, nos contamos quinientos. Todos decididos a pelear. Las noches pasaban en vela y en el día no había ni ruidos. Todos esperando, mirando por entre las rendijas de la plaza o del potrero a ver por dónde llegaba la pajaramenta. Pasaba el tiempo y esos malparidos no se hacían presentes.

Una mañana apareció una avioneta botando hojas volantes. El gobierno anunciaba que iba a arreglar el problema, que había

ordenado una investigación sobre lo ocurrido en el puente de San Rafael, que las fuerzas armadas y la policía mantenían el control del orden público y que se confiaba en nuestra comprensión y apoyo. La gente, desconfiada al principio, terminó por creerle al gobierno. Tenía miedo. Era muy débil y siempre había respetado la autoridad. Salió de las trincheras, se acomodó de nuevo en sus casas, bajó la guardia y se acostó a dormir sobre la palabra del gobierno. Muchos bajaron al puente de San Rafael: los perros seguían peleando con los gallinazos.

Cuando todo había vuelto a calmarse, una tarde se desató semejante aguacero de bala. De las esquinas del pueblo, del atrio y de la torre, del techo de la alcaldía, de todos lados salía plomo, y siguió saliendo toda la noche. Los vecinos corrían de un lado para el otro, la guardia cívica hizo ochenta disparos, contados, porque era el parque que había. La gente salió corriendo para afuera, a esconderse en el monte. Salían mujeres, unas con zapatos, otras sin zapatos, unas con niños y otras con marido. Mejor dicho, hasta los tullidos corrían. A las dos de la mañana el pueblo era una sola llama, desde la plaza hasta el cementerio. A las cinco llegaron seis camiones y cargaron con todo lo que servía.

Marulanda salió también para el monte y se estuvo por allá guarecido un tiempo. Decía que si a él lo cogían los godos, calculadamente lo salían matando. Pero nunca a nadie le quiso decir qué era lo que había hecho esa noche. Él en eso era muy delicado.

Pasó un buen tiempo en que nadie volvió a saber de Pedro. Sabíamos que no lo habían matado porque el tío Manuel se veía contento y confiado. Después supimos que él lo alimentaba y le llevaba orientación. Ya en esas Marulanda había hecho promesa de levantarse en armas porque, según el tío, la dirección liberal preparaba, con ayuda de varios generales, un golpe de Estado para no dejar posesionar a Laureano Gómez. Él confió en ese cuento. El golpe, tal como estaba planeado, sí lo dieron, pero al final del gobierno y no al comienzo. Nos hubieran ahorrado mucha sangre.

El tío Manuel le ayudó a cruzar para los lados de Génova, y además le ayudó a llevar a donde él estaba a los primos y a los amigos liberales que se habían levantado en armas contra el gobierno.

Marulanda los reunió y les comunicó que el ambiente para vivir se había acabado, y que la única solución era hacer política. Que dejáramos de pensar en los negocios o en las fincas, porque lo que tocaba era enfrentar a los señores conservadores. El personal le tenía mucha fe al hombre, porque él tenía buen ojo para todo. Cuando decía que había que metérsele a un negocio por tal lado, ese era el preciso; cuando había que vadear un río por tal otro, él acertaba. Hay gente que nace sabiendo mirar. Él era menor que muchos de sus primos y del personal con que se alzó, y sin embargo, lo seguíamos y lo acatábamos. Yo desde ese entonces estuve con él. Tomé el nombre de «Munición».

De esa reunión salió la primera guerrilla. Él distribuyó al personal para conseguir las tres cosas que se necesitaban para poder pelear: gente, plata e información. Unos salieron para el Valle, otros para Caldas y otros para el Tolima. Llevaban la misión de traer armas, parque y plata. Otros salieron para Génova, Cumbarco y Ceilán, con la misión de contarles a los liberales la razón del alzamiento. Una tercera comisión, encabezada por él, se dedicó a reclutar y organizar la primera cuadrilla.

El coronel Gallego había organizado a los guardias cívicos de Ceilán, tal como le habían enseñado a hacerlo en la Guerra de los Mil Días, cuando se peleaba a machete. Él hablaba de los ataques nocturnos cuerpo a cuerpo, de la importancia de las trincheras y de los cañones. Marulanda, después de Ceilán, donde los guardias cívicos ni se dieron cuenta por dónde habían entrado los pájaros, le tenía poca voluntad a la sola defensa. Por eso organizó una cuadrilla de tal manera que no durmiera dos noches en la misma parte. A él le gustaba andar. Así comenzó. Andando con veinticinco hombres, casi todos familia.

Nuestra cuadrilla no tenía nombre, pero tenía un jefe que elegimos con votos iguales. En eso Marulanda era muy claro: el jefe debía ser escogido por la gente que estaba dispuesta a hacerse matar con él. El enemigo eran los conservadores, y en nuestras primeras acciones respetábamos todavía al ejército. No tanto por miedo: miedo siempre tuvimos. Era porque algo de fe, o mejor, de esperanza, nos quedaba en

la autoridad. En ese momento decir conservadores era decir también policías. Por eso comenzamos por ahí.

El primer ataque fue el que le hicimos a un puesto de policía situado en Puente Rojo, entre Cumbarco y Roncesvalles. Fue a los quince días de habernos comprometido a encuadrillarnos. Allá golpeamos cinco carabineros, que no quisieron pelear. Cacareaban sí, pero entonces les fue mal. Unos salían heridos y los otros resultaron muertos. Nos hicimos a las primeras cinco armas ganadas. De salida nos tastaciamos con el juez de Génova, un godo de pésima calidad, y también nos lo llevamos. Había que ponerlos a escarmentar.

Para esa fecha llegaron las comisiones que recogían armas y plata. Traían alguito: unas carabinas 25, unos Grass, muchas armas cortas, buen parque, pólvora y dinamita, y las armas que le gustaban al coronel: lanzas. Plata también se consiguió, un poco a las buenas y otro poco a las malas. Los que tenían que pagar la guerra eran los que la habían comenzado. No nosotros. Con el producto de esas comisiones se alistaron otros veinte guerreros. Éramos, pues, ya casi cincuenta hombres. La mayoría de las armas tenía un alcance superior a la cuadra. Algunas eran prestadas y otras, sus propios dueños las cargaban. Pero Marulanda fue muy claro desde un principio en advertir que nadie podía retirar ni una pistola ni un fusil ni una carabina una vez que la pusiera a disposición del movimiento. Tampoco aceptaba que las armas ganadas en combate fueran de quien les echaba mano. En eso era muy quisquilloso y más de un problema tuvo por esas órdenes. Es más: las armas tampoco eran del jefe de los alzados, porque así como había sido elegido, podía ser destituido cuando la tropa quisiera; la garantía era, de lógica, que las armas fueran de todos.

La segunda acción grande fue la de Río Gris contra unos godos. Tres días después de la de Puente Rojo. Marulanda estaba interesado en que la lucha comenzara, porque ya no había más que hacer. En Río Gris disparamos duro, sin preguntarles si querían o no guerrear. Ellos tenían un buen arsenal y eran duchos en disparar. Reviraron fuerte, pero al final perdieron lo que tenían.

Días antes de la posesión de Laureano Gómez, el 7 de agosto del 50,

Marulanda ya había comenzado a ver que lo que decían los doctores de la dirección liberal era una mierda. No había tal golpe de Estado, y ni siquiera se lo propusieron seriamente. Era una tramoya para que nosotros les camináramos, nos animáramos y evitáramos que se descontara la diferencia con que veníamos ganándole al conservatismo. Para nosotros, la meta era defender la vida; para ellos, conservar la mayoría. Esa fue la primera gran diferencia. Con todo, Marulanda preparó un ataque a Génova. Golpe de Estado no iba a haber, eso se veía, pero con esa acción saludábamos a Laureano y de paso les comunicábamos a los liberales en qué estábamos. Ya nos descaramos a pelear.

El encuentro fue a la entrada de Génova. Participamos veinticinco unidades con armas largas. Abrimos fuego a las cuatro de la mañana, anunciando, desde el puente, que llegábamos. Los pájaros salieron a recibirnos y rápidamente nos abrieron un flanco. Nosotros, que no sabíamos de artes, en vez de salirles a pelear en el flanco, retrocedimos tratando de mantenernos juntos. Retrocediendo duramos hasta las nueve de la mañana, cuando les llegaron refuerzos de Manizales. Nosotros les logramos cuatro blancos, todos de Manuel. El apoyo de los civiles, o mejor, de los godos, nos acabó de joder porque nos hostigaban demasiado.

En Génova nos dimos cuenta de que no sabíamos nada de guerra y que teníamos que aprender. El problema era conseguir profesores en ese arte. Los muchachos que habían prestado servicio militar poco sabían de lo que nosotros necesitábamos, de estrategia y táctica. A ellos les enseñan en el cuartel a cumplir órdenes, a esconderse detrás de un barranco, a llenar un saco de arena, a no sacar la cabeza. Pero no les enseñaban cosas que sirvieran porque para eso estaban los oficiales. Los otros que nos podían enseñar algo eran los viejos de las guerras, pero, como decía Manuel, ellos no tenían mucho que decir en peleas con armas de fuego.

En ese tiempo vivíamos en el monte. Era una idea de Manuel. Él les temía a las emboscadas, a los sitios cerrados, como una casa o una plaza, y sabía que la mejor defensa era no estarse quieto. La gente salía para el monte a defenderse y en el monte no la mataban, porque

lo que era en llegaderos como la bodega de los Arias, pueblos como Betania o La Primavera, los godos sabían acabarnos. Por otra parte, movernos sin descanso tenía ventajas. Nos obligaba a mantener buenas relaciones con la gente, de la que dependíamos para comer y para andar. Los civiles nos remesaban, nos daban la yuca y el plátano, pero también eran nuestros ojos y nuestros oídos. Nosotros les ayudábamos a cuidar la vida. Si los chulos tuvieran que ganarse la vida como la guerrilla, tenían por fuerza que portarse correctamente con los civiles.

2. Los Loaiza

Viendo que éramos nosotros los que teníamos que defendernos y hacer la guerra, buscamos ligarnos con otros movimientos que pelearan contra los conservadores y contra el gobierno. Manuel propuso un día que nos uniéramos con los Loaiza, una familia liberal muy respetada que vivía en el sur del Tolima y que también se había alzado. Don Gerardo, el padre de todos, era casado con una hermana de Antonio Marín, el padre de Marulanda. Por eso él estaba al tanto de todos los antecedentes. Nosotros estuvimos de acuerdo en juntarnos con ellos durante un tiempo, sobre todo porque necesitábamos cartilla y ellos podían ayudarnos. Era que sufríamos por falta de conocimientos.

Los Loaiza eran de Génova, más propiamente de una vereda llamada El Dorado, y el viejo don Gerardo se había ido a fundar por los lados de Río Blanco. Él colonizó esa zona con otros caldenses salidos de la misma Génova. Como en el grupo de Manuel había varios primos de él y todos conocíamos a los Loaiza, no hubo disidencias. Una madrugada salimos solos, sin familias, hacia Cumbarco: comenzamos por el páramo a salir a Roncesvalles y luego por las faldas de Las Hermosas hasta salir al propio Río Blanco. Fue un cruce largo, veintiocho noches con sus días.

Viajábamos a pie y de noche, evitando los destapados, porque los caminos en esa época estaban prohibidos para los liberales. Nos buscaban no sólo por la cuestión del armamento, sino porque todos teníamos la famosa cédula del 27 de noviembre, que era más perseguida que las armas. Como el partido liberal no había ido a las elecciones de Laureano, los que obedecimos quedamos marcados sin el sello electoral. No podíamos presentar la cédula porque se confirmaba que no se había votado. Los chulos no necesitaban preguntar quién era uno. Entonces los liberales no podíamos andar, ni identificarnos, ni hacer préstamos, ni cobrar un cheque. Más claro: con esa jugada nos quitaron la cédula de ciudadanía: no éramos ciudadanos; teníamos una identificación para que nos mataran. Por eso es que a nadie le gustaba —ni le gusta hoy— que le pidan papeles. Hubo mucho muerto por ese negocio. Para nosotros los retenes de la policía se volvieron

patíbulos; la gente vivía en zozobra porque los policías podían llegar en cualquier momento a cumplir con el deber de identificación. El plan de volvernos minoría matándonos para ganar las elecciones era verdad, y el terror a la muerte, el sentir que a uno lo podían matar por haber nacido liberal, daba mucha terronera, mucho miedo, y el miedo es la madre de la violencia. Los godos produjeron el miedo y a nosotros nos tocó dar la pelea. No fue más. La violencia era la única salida.

Íbamos llegando a Río Blanco cuando se presentó una balacera la berraca. La avanzada se topó con la policía de rentas, que iba de negocios, y tocó darle lo que le cupo. Así que llegamos con cinco carabinas más de las pensadas, aunque don Gerardo se nos emberracó porque la acción había sido en su territorio y la policía le podía sumar los chulos en su cuenta.

El acuerdo con los Loaiza y con los García, otra familia luchadora, fue político. Se trataba de hacer un movimiento en armas contra el gobierno conservador, mientras se daba el golpe de Estado. Nuestra misión era ayudar a los militares a tumbar a los godos para que la sangre no corriera más. Era tanta, que el golpe no se podía demorar mucho. Contando con eso fue que nos alzamos.

Los Loaiza estaban en un territorio que dominaba medio país. Desde Río Blanco teníamos a nuestro alcance el Cauca y el Tolima, Caldas y el Huila, el Valle del Alto Magdalena y el Valle del Cauca. Podíamos cruzar hacia los Llanos Orientales y hacia el Caquetá. Nuestra idea era llamar a todos los liberales perseguidos a que nos ayudaran en esa parte para hacerle frente al gobierno. Era concentrar allí la mayor cantidad posible de personal con armas, o sin armas, para salirle al paso al crimen que estaban cometiendo contra el partido liberal. Nuestra primera acción fue un llamamiento a los liberales para encarar la violencia, para salir a defendernos. Don Gerardo escribía cartas a máquina y nosotros las repartíamos; se daban instrucciones para conseguir armas y plata, para mandarlas a Río Blanco, para hacer cuadrillas. Formamos tres compañías: la del Tolima, que actuaba para los lados de Chaparral, Planadas y La Herrera; la del Valle, que peleaba en Miranda, Pradera y Florida, y la de Caldas, que andaba por

Génova, Sevilla y Buga. Las Compañías dieron resultado. En menos de un año ya había seiscientos hombres en armas. Estábamos creando el primer bloque grande de resistencia en el sur.

No sólo comenzamos a crecer en influencia, sino en acciones. Desde el sur del Tolima podíamos movilizarnos para todo lado; el territorio de guerra era grandísimo, y comenzamos a golpear duro por los lados del río Amoyá, del río Amamichú, del Cambrín, de la Sierra de Atá, del río Páez, del río Frazadas. Hubo muchísimas acciones contra los conservadores. Teníamos que consolidarnos en una región amplia para poder pelear cómodos. Hubo pueblos, como Herrera, donde los godos desaparecieron porque se iban vivos o se iban muertos. No nos peleaban, no aguantaban un envión. Nosotros nos habíamos vuelto ley porque el gobierno tuvo que retirar la policía. La cosa iba bien. El problema era que no sabíamos qué hacer con tanta fuerza. Los grandes del partido no decían nada. No supimos de los Echandía, ni de los Lleras, ni de los Lozano y Lozano. Se esfumaron. El golpe militar no se veía por ninguna parte y nosotros no sabíamos para dónde echar.

Hasta ese momento los que andábamos con Marulanda no teníamos quedadero y vivíamos de parte en parte. En cambio los Loaiza y los García vivían en las veredas y hasta en sus propias fincas, y sólo nos veíamos para hacer acciones conjuntas. Eso creó una diferencia grande, porque ellos querían sacar partido de cada operación, hacer botín para llevar a sus propias casas. Nosotros no teníamos para dónde cargar. Si le echábamos mano a una res era para comérnosla, no para echarla en el corral. Esa diferencia se fue agravando porque eran maneras distintas de mirar la guerra y sobre todo, de hacerla.

Marulanda planteó que la vaina no podía quedarse en el solo golpe a la policía o en la venganza contra los conservadores, sino que había que traer gente a ocupar lo que se iba limpiando. Ahí había una diferencia más con el capitán Peligro, que era uno de los García. Peligro creía más en ampliar las fincas de los liberales con las de los conservadores, que en poblarlas con liberales perseguidos, que era lo que pensaba Manuel. Los dos tenían sus defensores y sus enemigos, sus más y sus menos. Pero por lo menos en un comienzo, ganó la orientación nuestra. Fuimos situando gente recién llegada en La

Herrera, El Cambrín, El Davis, La Acción, La Gallera, Alto Saldaña. De ahí salió todo el conservatismo, como había tenido que salir todo el liberalismo de la Cordillera Occidental, de El Dovio, La Primavera, Betania. La gente llegaba huyendo y nosotros les decíamos. «Métase allí si le gusta la finca, hágase ahí donde está el trapiche, agárrese ese cafetal». Como corrió la especie de que dábamos tierra, pues todos los que tenían que abandonarla en otro lado agarraban para el lado nuestro. Así el territorio fue creciendo, creciendo. Íbamos despoblando de godos y poblando de liberales. Nos ampliamos para Planadas, Bilbao, Monteloro, La Estrella. La gente nos apoyaba porque veía que no estábamos hablando mierda. Los viejos trabajaban y los hijos se mantenían en fila liberal. Trabajábamos y peleábamos. Consolidamos un sector militar que iba de Río Blanco hasta Ataco y pusimos ahí el Comando Central y el Estado Mayor, que eran don Gerardo, Manuel, Vencedor y Peligro. Teníamos ya los seiscientos guerreros y más de tres mil familias. Por nuestro territorio no cruzaba ni el ejército.

REGIONES RECORRIDAS POR MARULANDA Y
ZONAS DE INFLUENCIA DE MARQUETALIA 1950 - 1960
QUINDÍO
RÍO CAUCA
ARMENIA
EL DOVIO
IBAGUÉ
ROLDANILLO
RÍO GRIS
NARANJAL
GÉNOVA
PRIMAVERA
SEVILLA
TOLIMA
CEILÁN
CUMBARCO
LA TULIA
TULUÁ
RONCESVALLES
BARRAGÁN
VALLE
DEL
CAUCA
BUGA
SAN JOSÉ
LAS HERMOSAS
RÍO SALDAÑA
CHAPARRAL
RÍO AMOYA
EL LIMÓN
ATACO
RÍO ANAMICHU
LA HERRERA
CALI
RIOBLANCO
EL RETIRO
RÍO CAMBRÍN
SANTIAGO PÉREZ
PRADERA
FLORIDA
AIPE
MIRANDA
PLANADAS
VILLAVIEJA
CORINTO
MARQUETALIA
GAITANA
SAN LUIS
TORIBÍO
SANTA MARÍA
NEIVA
RÍO PAEZ
PALERMO
SAN JOAQUÍN
CAUCA
RÍO CHIQUITO
RÍO MAGDALENA
RÍO CAUCA
LA PLATA
HUILA

Por esos mismos días llegaron Isauro Yosa, el Mayor Lister, y su gente a El Davis. Eran unos doscientos hombres con familias que venían de El Limón, cerca a Chaparral. Los llamaron también la Columna Roja de Irco, llamada también Luis Carlos Prestes, y pidieron permiso para entrar en territorio nuestro, que era liberal. Los dejamos asentar en El Davis. Venían peleando muy duro con el ejército y la policía, con los pájaros, con los chulavitas, lo mismo que nosotros. Eran también móviles, aunque andaban con familias. Los jefes, Lister y Ramón López, eran comunistas, pero sus masas eran liberales. El acuerdo fue, como todos los que hicimos, luchar contra los godos: cien liberales y cien comunistas en cada comisión. Así se golpeó en Ataco, en Planadas, en Aipe, en Palermo y en Santa María. Se consiguieron muchas armas.

Si había acuerdos era porque había diferencias. Ellos estaban mejor organizados que nosotros y formaban un bloque único alrededor de un comando central. De allí salían y allí volvían. En el comando se vivía como militar los días y las noches. Construían fortificaciones, tenían santo y seña para entrar y salir, horario para el baño y para la comida, hora de armería y hora de instrucción militar. Los viernes, sábados y domingos daban conferencias públicas para explicar los motivos de la lucha, las razones de la violencia, la causa de los ricos y de los pobres. Ellos trabajaban todos juntos en la economía, tenían cosechas colectivas y lo que cogían era para alimentarse todos.

Eran muy delicados en cuestiones de trabajo. Si un hombre no era muy apto para la lucha armada, debía ayudar en una organización de trabajo. Más aún, todo el mundo debía participar en algún grupo. Cuando no se estaba en acción militar, se debía estar en una acción económica. Entonces ellos producían para las necesidades de todos. Si se conseguían diez reses —me parece que los sábados se sacrificaba ganado—, debían alcanzar para todos; si se conseguían veinte cargas de panela, eran para todos. Hacían planes y trabajaban con esa orientación. Esa era una diferencia supremamente grande con los liberales.

Tenían muchas organizaciones y asociaciones. Los hombres en las autodefensas y las mujeres en la organización femenina; los jóvenes en

la juventud y los niños en los pioneros. Se reunían seguido, cada organización por su lado, tenían jefes y tareas, se mantenían ocupados como hormigas y estaban siempre en disposición de combate.

Donde la cosa se puso más diferente fue en la cuestión de las armas. Pensaban —como Marulanda— que las armas no eran de los guerreros, que no pertenecían al personal, sino al movimiento. Los Loaizas, Los Arboledas, los Peligros, los Venenos, los Santanderes y los Mariachis iban echándoles mano a las armas a nombre propio. Sólo les faltaban papeles de propiedad. Cada capitán tenía sus propias armas y con ellas combatía, y las que fuera cogiendo eran de él, así un comando vecino estuviera desarmado. Los grados militares se daban en realidad por el número de fusiles que se hubieran apañado. Los tenientes tenían, digamos, veinte fusiles, propios de ellos; los capitanes, digamos, cien armas; los generales, pongamos por caso, quinientos. Si yo como combatiente agarraba un fusil, iba a medias con mi jefe, pero cuando yo agarraba el segundo fusil, yo ya tenía uno y el jefe otro. Así que el cuarto fusil era mi segundo. Ahí yo ya podía tener un soldado mío a medias con un fusil que yo le daba, y cuando él agarraba uno, me pagaba el préstamo y yo ya tenía tres fusiles. De esa manera se hacían los grados y las cuadrillas.

Manuel decía que las armas no debían ser repartidas sino que debían formar un bloque para poder realizar acciones de peso. Las armas debían estar donde las necesitara el combate, no guiadas por los caprichos o los intereses del jefe de una región. Toda la joda era porque los liberales resultaban demasiadamente celosos.

Los comunistas y el ejército aparecieron al mismo tiempo. Nunca se supo por qué, pero desde cuando llegó el Mayor Lister con su gente, la guerra se puso al rojo. Un día las avanzadas sobre el Valle del Cauca nos informaron que subía una tropa de chulos por el camino de Florida hacia La Herrera. En todo ese territorio no había un godo ni para hacer un milagro. Venían más de cien chulos. Era la primera vez que nos metían un número tan grande. Fue que la concentración de fuerza que logró Manuel con los Loaiza y con los comunistas hizo cambiar la guerra. Porque antes diez policías derrotaban una región. Entraban, asesinaban en una casa a una familia y se largaban. Pero ya

con una milicia regular, organizada y concentrada, tuvieron que cambiar de táctica. Ellos subieron y no encontraron cristiano alguno en esas veredas. Todos teníamos la orden de salir a escondernos tan pronto ventiáramos a la chulavita, y de abrir los corrales a las gallinas, a los cerdos y al ganado. Las cosechas se debían tener escondidas y no en las trojas de la casa, de tal manera que cuando la tropa llegara, no encontrara ni a quién matar ni qué comer. Del resto nos encargábamos nosotros.

Aquella vez, cuando se localizó la chulada, ya habían pasado por Florida. Manuel se fue con diez escopeteros a dificultarles la entrada, a ponerlos nerviosos, a desmoralizarlos. Comenzaron matándoles las mulas en que subían los morteros; seis mulitas cayeron en la acción. Eran tiros aislados en que caía una mula ahora y otra al rato y la siguiente un kilómetro arriba. La tropa se asustaba, disparaba para un lado y otro, corría por los mismos lados en redondo, hasta que se calmaba y seguía caminando. Estaba otra vez organizada y le había vuelto el resuello cuando otra vez la misma medicina: caía otra mula y vuelva y juegue el mismo juego. Los morteros los tenían que echar en las mulas en que debían subir la comida y, por tanto, iban sin economía. A veces descargaban dos o tres morterazos a la loca, a cualquier parte. Nosotros les revirábamos con el Grass, matándoles otra mula y poniéndolos a cargar a hombro. Llegando a La Herrera les habíamos cortado sobre el camino un lote de árboles. Era un camino de paso obligado, donde a un lado había loma parada y al otro, un abismo rodado. No tenían más que hacer: o cortaban los palos o dejaban las mulas. Nosotros gozábamos viéndolos bregar. Cortaron los árboles y siguieron entrando, entrando. Pasaron La Herrera y siguieron camino a Río Blanco. Ya para esas no tenían mulas y lo poco que podían lo cargaban a la espalda. Queríamos ponerlos a llorar. A uno no lo vencen cuando lo matan o lo dejan herido, sino cuando uno llega a sentir que está en manos del otro. Ellos entraban y entraban y nosotros les dábamos campo. De La Herrera para adentro los comenzamos a pelar: les disparábamos puesteados unos tiros, les bajábamos un soldadito y los dejábamos seguir cruzando. Ellos seguían y seguían. Nosotros los desorientábamos, los jalábamos,

disparándoles, por un camino equivocado; los obligábamos a montar dispositivos de seguridad innecesarios, les echábamos más tiros por allá, les quebrábamos unos por acá hasta hacerlos sentir —decía Manuel— como una gallina ciega. Así entraron hasta que los rodeamos; les hicimos un anillo. Ni para adelante ni para atrás. El sitio quedó llamándose Las Cruces. Unos pocos alcanzaron a salir por donde habían entrado, sin comida, y sobre todo, sin ganas de volver a pelear. Les mostramos que así no podían sostenerse.

Marulanda nunca aceptó la manera de distribuir las armas que tenían los liberales y fue por eso que comenzó a ser amigo de los comunistas, Todos, además, estuvimos de acuerdo en lo que él decía. Ahí fue que hubo el problema. Entre liberales y comunistas había unas diferencias supremamente grandes, comenzando por todas las cosas.

Hubo dos hechos que no le gustaron a Marulanda. Uno fue la repartición de una plata que se le quitó a la Caja Agraria de Aipe y otro fue la cuestión de unos fusiles en San Luis. De la Caja Agraria se sacó medio millón de pesos y los liberales de Peligro se los fueron distribuyendo como plata de bolsillo. Cada participante cogió su moneda, la contó y se fue a comprar reses. Eso no era raro. Ellos lo sabían hacer así: cogían el ganado, las gallinas, la cosecha de café de los conservadores y se los llevaban para la finca. Marulanda se emputó y los vació, les dijo bandoleros. Les hizo ver que si la lucha la degenerábamos y nos volvíamos una cuadrilla de ladrones, nos ganaban la guerra. Que ese era el castigo y que por lo tanto teníamos que escoger. Él se había vuelto muy sabido y hasta le jalaba a la máquina de escribir.

En otra ocasión nombró una comisión de veinticinco liberales y cincuenta comunistas para ir a dar un golpe a la policía de San Luis, Huila. Se sitió el puesto y la policía entregó los veinte fusiles que tenía: los liberales cogieron diez y a los comunistas, siendo el doble, les dieron otros diez. Manuel no convino en el trato. Se fue donde José Aljure, que era el jefe liberal, le quitó a las malas cinco fusiles y se los dio a los comunistas. Los liberales no lo perdonaron nunca. Eso se vio clarito en una reunión que se llamó la Conferencia de Horizontes.

Don Gerardo Loaiza, sus hijos, los García y todos ellos citaron a una

reunión del Estado Mayor y a una conferencia liberal. La cosa venía atizada. Días antes, el Estado Mayor había recibido cartas y orientaciones para que el liberalismo del sur del Tolima sacara a los comunistas de la región. La carreta era larga y las acusaciones las de siempre: que los comunistas eran agentes rusos, que en Rusia no era permitida la familia, ni la propiedad, ni la libertad. Venían con la cantaleta desde bien atrás. Pero ya para esa reunión llegaron cosas concretas del directorio liberal, que nunca nos habían dado: armas pequeñas, parque y drogas. Pero no para usarlas a discreción, sino para que golpeáramos a los comunistas, que ya comenzaban a llamarse «comunes». Los jefes liberales postulaban a Gerardo para la alcaldía de Río Blanco, y a nosotros, que éramos entre ochocientos y mil, nos ofrecían ser gobierno en la región. Como andábamos por Planadas, no nos habíamos desayunado cuando llegamos a la conferencia.

Al primero que encontramos a la entrada fue a Charro Negro amarrado al botalón. En cuanto Manuel lo vio así, se fue a preguntarle: «¿Qué hacés ahí amarrado?» «No —contestó el Charro—, esperando que amanezca porque me van a matar cuando aclare». «¿Cómo así? —preguntó Manuel—. ¿En qué te metiste, qué hiciste o qué?» Charro dijo: «Usted conoce a mi hermano. Pues resulta que lo mataron para robarle, y como yo me di cuenta y protesté, me tienen aquí listo para pelarme por la mañana». Manuel mandó desatarlo y entró de largo donde estaban los jefes y les fue diciendo que él no aceptaba nada con Charro, que dejaran el cuentico de estar amarrando y matando combatientes, que el enemigo era otro. Bueno, los jefes aceptaron porque vieron a Marulanda algo acérrimo. Charro se salvó esa vez, pero el movimiento liberal del sur del Tolima quedó roto.

Al día siguiente, Manuel —que ya estaba empecinado en la tolda aparte— les hizo ver que lo que el gobierno quería era dividirnos para derrotarnos por separado, pero que él no aceptaba atacar a los comunistas, como tampoco les aceptaría a los comunistas atacar a los liberales. El enemigo era el régimen conservador, y los muertos se habían puesto para derrotar a los godos y no para comerciar con la sangre del pueblo. Veneno y Tarzán, dos de los hijos de don Gerardo,

estaban de acuerdo con Manuel, pero al fin de cuentas pesó más el papá y se mamaron. Manuel no se dejó meter en la mochilita del directorio liberal y se abrió con cuatrocientos hombres. Los liberales le advirtieron: usted que sale y nosotros que le declaramos la pelea. La idea de llevar al liberalismo al poder se acabó ese día.

Marulanda formó un nuevo Estado Mayor donde estábamos Charro, Matallana, Suspiro, Mundo Viejo y yo. Quedamos con tres enemigos: los chulos, los pájaros y más encima los liberales. A pesar de que la pelea con los Loaiza había sido por los camaradas, Manuel no convenía con el comunismo. Todavía se llamaba Pedro Antonio, pero ya era Tirofijo para sus enemigos. Nos tomamos toda esa zona de La Estrella, Planadas, Gaitania, Peña Rica, Natagaima, Praga y Santa Rita; los Loaiza se quedaron con Río Blanco, La Herrera, Bilbao, La Ocasión y El Cambrín, y los comunistas se arrinconaron en El Davis. Esa era la distribución del territorio.

Con los camaradas nos fuimos acercando, a pesar de las diferencias, porque teníamos las mismas ideas en cuanto a las armas y en cuanto al gobierno. Manuel había visto desde el primer día que las vainas no podían ser como las planteaban los liberales. Después vinimos a ver que los comunistas decían lo mismo. Por eso nos fuimos acercando hasta hacernos cada vez más amigos. Los liberales, por el camino que escogieron, o se entregaban o se volvían bandidos. Manuel lo vio clarito. Para ese entonces la pelea ya era contra el régimen del gobierno. A la lucha contra los godos y contra los chulos sumamos la exigencia de libertad de la gente que caía presa, la oposición al estado de sitio y el reclamo de una reforma agraria; los comunistas pedían además la legalización de su partido.

Un buen día oímos hablar por fin del golpe militar. El general Rojas Pinilla se había tomado el poder, sacando a Laureano y dándoles amnistía a las guerrillas. El Llano se entregó, los liberales de Chaparral también. Los comunistas se esparcieron y echaron para Villarrica. Nosotros, con Manuel, Charro Negro y Ciro Trujillo, nos quedamos en tierras del Tolima; Gaitania se convirtió en sede del comando, pero accionábamos en Planadas, Santiago Pérez, El Cambrín. Los Loaiza desaparecieron cuando los mismos guerrilleros asesinaron a Tarzán y

a Vencedor. Quedaban Peligro, cada día más bandido, y Mariachi, que un día estaba con nosotros y al otro día contra nosotros. Arboleda, Santander y los demás generales se quedaron quietecitos. Sin los comunistas en el sur del Tolima la cosa se puso más cómoda, aunque el ejército no nos quitaba los ojos de encima.

Más antes que después, Rojas entró en desacuerdos con el liberalismo. Marulanda metió el dedo en las diferencias y comenzó a escribir a los Loaiza, a Peligro, a Santander, poniéndoles de presente lo que nos corría pierna arriba. Unos creyeron, otros no. Mirando para adelante Manuel aprovechó el tiempo para comenzar el trabajo en Marquetalia. Eso fue serio, porque tocó derribar la montaña para meternos a fundar tierra. Colonizamos la zona entre los treinta que quedábamos. Hicimos trochas para sacar madera y hacer fincas; comisionábamos para el Cauca y para el Huila, para Caldas y para el Valle. En todas partes creábamos cadenas y enlaces. Se consiguieron préstamos de la Caja para cultivar café, se sembró comida y hasta ganado llegamos a tener. El Frente Nacional se fundó y, como no era tiempo de confrontación militar, los partidos se habían unido y la lucha guerrillera se había acabado. Hubo unos días de paz.

Lo que no se había acabado sino que, por el contrario, comenzaba a tomar cada día más fuerza era el bandolerismo. El que tenía un arma la usaba, y el que conseguía algo se lo llevaba para la casa. La bala cruzada entre cuadrillas se puso de moda y se mataban unos contra otros. El ejército miraba desde lejos.

Mariachi operaba en todo ese territorio de Ataco, Betania, Casa de Zinc, una región muy bravera. Tenía cuartel en Planadas. Los viernes llegaba en avioneta don Flavio Osuna con dos o tres millones a comprar café de cuenta de la Federación. Mariachi cobraba impuestos a todo el café que saliera. Ese negocio le podía dar unas mil quinientas cargas de café, porque el pago era en grano. Pero, no contento con eso, porque era un bandido, decidió echarle mano a la plata de la Federación. Una bandola de sus fieles agarró a don Flavio cuando se bajó de la avioneta y lo fusiló, pero el tipo sólo traía medio millón de pesos. La Federación reaccionó y dijo que no volvía a comprar un grano de café mientras existieran hombres armados en la zona. Todo

el mundo se le fue encima a Mariachi.

El ejército armó a Peligro y se lo mandó. Hubo enfrentamientos, muertos de parte y parte, tiros y tiros. Los dos grandes del sur del Tolima terminaron dándose candela entre ellos, a favor del ejército y a favor nuestro, porque Marulanda mandó hacerles el quite. De todas maneras, la paz no sabe durar mucho tiempo. El ejército arregló el perdón con Mariachi y, a cambio del arreglo de papeles y de la quema de expedientes, le pidió la cabeza de Charro Negro. Así fue. Al poco tiempo cayó asesinado Charro en Santiago Pérez y Manuel se levantó nuevamente en armas.

No nos atacaron hasta que el gobierno resolvió meterse en Marquetalia y armó una operación la berraca. Corría el año 64. Nosotros ajustábamos cuarenta. Liberales y comunistas habíamos hecho causa común y además de Ciro Trujillo y Manuel, estaban Isauro Yosa, el Mayor Lister, y Jacobo Arenas. El ejército concentró más de diez y seis mil hombres apoyados por doce aviones de combate. Después de varias semanas de pelea lograron entrar, izar la bandera en los campamentos abandonados y tomarse fotos unos con otros. Dos años después firmábamos la declaración política de la Segunda Conferencia Guerrillera del Bloque Sur, que fue el punto de partida de las FARC.

III
El camino de los huyentes

Cuando calé el pie en la huella, sentí que había hecho ya el camino, que yo era otro, y que todo esto ya me había pasado una vez. Se lo pregunté a Guaracas, con quien venía haciendo una travesía larga, desde La Esperanza, una vereda escondida en el Sumapaz, donde nací, hasta el Coreguaje, donde quedaba el comando del Segundo Frente. Nada me contestó. Me miró sí, pero no chistó palabra. Eso me acabó de confundir porque no sabía si le había preguntado en voz alta o si había hablado para mis adentros. Resolví que no me importaba la respuesta y seguí metiendo mis botas en las huellas que dejaba Guaracas. Era una manera de caminar que me había enseñado, como todo lo que sé, el Mono Mejías. Meter la pata donde la saca el compañero de adelante no lo deja a uno rezagar y lo va empujando en un ritmo, en un traque-traque, traque-traque, donde uno se puede dejar dormir si quiere.

El Mono Mejías había hecho la misma travesía diez años antes. En el 58 llegó al campamento que teníamos en La Esperanza, en las cabeceras del río Duda, un correo del compañero Richard pidiendo refuerzos porque Dumar Aljure, un guerrillero del Llano muy liberal y muy anticomunista, lo tenía sitiado en el Alto Guayabero. El Mono Mejías, que era político, había organizado un festival con Diamante y Vencedor —dos mandos militares— para salir de la tristeza que da cuando se anda huyendo, porque a La Esperanza llegaba la gente con la noticia de los muertos que habían dejado. A mi papá mismo lo mataron en una comisión que habían echado desde Galilea para cubrir las zonas altas del Sumapaz, cuando ya no les quedaba otro camino, cuando ya le habían aguantado al gobierno nueve meses de pelea en La Cortina, que no era sino una forma de defendernos. La Cortina esta

hecha con hombres guapos para no dejar pasar para adentro al ejército.

A Galilea habían llegado trescientas familias huyendo de la guerra que tronaba en Mercadillas, en el Cerro Pelón, y donde en quince días mataron treinta y tres compañeros e hirieron a setenta. Fue un combate tan enganchado, que la gente entró pisando monte y salió pisando barro amasado con sangre. Es que para ese tiempo no era como cuando se comenzó en el sur del Tolima. No. En Villarrica los chulos peleaban como perros, avanzaban y se metían encima. Cayeron hombres guapos con El Español, hermano de Richard, un excombatiente del ejército que había estado en Corea y conocía todas las mañas del Batallón Colombia.

El centro de gravedad de toda esa región era Villarrica. La guerra comenzó allí cuando los compañeros de la dirección política embadurnaron el pueblo con consignas contra la dictadura de Rojas Pinilla, contra los muertos de la Plaza de Toros de Santamaría, contra la ilegalización del Partido Comunista. Yo no me hallé en esos hechos ni en otros muchos que conozco como mi propia vida, pero nací y me crié oyéndolos contar a los mayores.

La cosa pudo comenzar con los veintisiete mil volantes que se repartieron en Villarrica después de que cogieron preso al Mayor Lister, el 5 de marzo del 54, y de que los compañeros de la dirección habían prohibido tomarse el pueblo en represalia. «Eran demasiados volantes, la cosa era exagerada», le oí decir mil veces al Mono Mejías. Además de semejante boleta, los compañeros pintaron todas las paredes del pueblo y hasta los animales, los burros y las vacas. Dicen que al alcalde le colocaron en las costillas uno de los volantes. Entonces, ¿qué querían? ¿Que el ejército soltara a Lister y condenara a Richard? ¡No! Había que pelear sin quejarse porque habíamos hurgado el avispero. El cura, los hacendados y las autoridades concluyeron después de esa noche que el comunismo se había tomado la región. Y era cierto. Allá éramos mayoría. Ese fue el error: prender la mecha en una región donde éramos la mayoría. Pero los compañeros creyeron que todavía se combatía con el ejército de antes, en el que la caballería era el arma secreta. Resulta que la guerra nos

cambia a todos y el que no se pone al día pierde. En una pelea como la nuestra, de años y años, la clave está en salir adelante todos los días con cosas nuevas.

El arma secreta del ejército era Marcos Jiménez, un liberal que combatió en la primera violencia al lado de los compañeros y del viejo Juan de la Cruz, con el nombre de «Tominejo». Era valiente y traicionero, doblemente peligroso. Los hacendados cafeteros de Villarrica lo compraron para combatirnos, y el ejército lo armó, lo apoyó y lo defendió. Mientras los chulos atacaban La Cortina con tropa, artillería y aviación, Tominejo se encargaba de los civiles. Él le dio dedo a Lister, que conocía muy bien, y como Lister, también conoció toda la primera cochada de guerreros, que eran los mejores, los más experimentados. Los guerreros viejos son como los gallos de pelea jechos, que llegan a serlo porque no han perdido nunca.

La lucha se abrió muy sangrienta. En menos de seis meses Richard, Diamante y Tarzán, los tres combatientes más nombrados, le hicieron al ejército veinticinco combates. Se inventó La Cortina, una fila de hombres que iba desde Pasca hasta Dolores, pasando por Prado, Villarrica, Cunday, Icononzo, Pandi, Cabrera y San Bernardo. Todo el oriente del Tolima. La Cortina se defendía a cacho, es decir, a cañazo: cuando la tropa entraba se hacía sonar el cacho de sitio en sitio, de vereda en vereda, recorriendo todo el territorio como una onda. El ejército le huía al toque y los combatientes le daban gracias a Dios. La Cortina fue una táctica de guerra regular hecha por autodefensas. En las mismas regiones se peleó nueve meses. Los hombres reemplazaban a los hombres, las mujeres a los hombres, los niños a las mujeres. Todo el mundo tenía un puesto y una hora. La Cortina fue una vaina muy berraca, después no la ha habido. Ni la volverá a haber porque sería un suicidio.

Llegó un momento en que tocaba sacar a los chulos de Mercadillas y de Ramón Santo, porque nos tenían arrinconados. Venía la gente del comando pidiendo parque, pidiendo drogas, pidiendo hombres. No podían sostener la pelea. El Mono Mejías y Richard hicieron un plan para jalar al ejército para un lado, hacia Villarrica, y poder descongestionar la zona que tenían castigada. Hicieron tres catalicones

grandes, que eran tubos de seis pulgadas de diámetro y de seis a ocho metros de largo, donde echábamos grapas, vidrio, puntillas, pólvora, pedazos de todo. Eran morteros. Se ubicaron en la loma de Los Cámbulos, un sitio alto que dominaba la plaza de Villarrica, y se emplazó también un grupo de fusileros de élite.

En la plaza del pueblo el ejército hacía gimnasia todas las mañanas y recibía instrucción militar. A las seis y media de la mañana comenzó el operativo. Los compañeros colocaron el primer tiro en la casa de un señor Cortés, donde los chulos habían instalado el cuartel; el segundo pasó sobre la alcaldía. Se descolocaron los techos y el terror fue general. A cada tiro de catalicón, los fusileros, que eran los mejores tiradores que había, como Gavilán, Tarzán, Diamante, descargaban sus armas. El estruendo era de terremoto. A los catalicones había que ponerles el culo contra un árbol y amarrarlos con rejos, bien fuerte. El tercer catalicón se disparó cuando todos corrían. El cura tocaba las campanas y los chulos disparaban hacia el cielo. El fuerzón del disparo fue tan tremendo, que rompió los rejos y alzó vuelo con tubo y todo. Parecía un cohete. Cayó en el atrio de la iglesia. El alboroto fue mayor; no quedó cristiano en varias cuadras a la redonda; a los soldados no los podía atajar capitán alguno; los sapos de Marcos se guarecían debajo de la cama. Fue el día del juicio final. Cuando el cohete se apagó, todo el mundo quedó en silencio. A la hora se fue acercando, con mucho cuidado, el ejército. Nunca habían visto, ni los oficiales superiores, un aparato tan extraño. Le dieron tiros desde lejos y así fueron cogiendo confianza hasta catearlo de cerca. No se explicaban qué podía ser un tubo negro, todo quemado, que había llegado volando y haciendo ruido. Resolvieron que tenía que ser un arma rusa. A los días, un grupo de oficiales gringos se lo llevó para analizarlo.

Sea por una cosa u otra, el ejército soltó el bocado de Mercadillas y se concentró en Villarrica, donde no tenía enemigos. Eso les dio un respiro a los combatientes y sobre todo a nosotros, que éramos las familias. Tenían por fuerza que defender su centro de gravedad, donde tenía armamento pesado y arsenal. Despejaron Cerro Pelón y Mercadillas.

Pero el ejército no se durmió, sino que volvió a contragolpear y se metió a la colonia agrícola del Sumapaz, ya bastante retirada. Allí le tocaba los talones a Juan de la Cruz Varela. Se metieron a la colonia entre el 5 y el 15 de julio del 55. Cayeron sobre esa pobre gente miles de tiros de fusil y de mortero y miles de bombas napalm de la aviación. El gobierno gastó mucha más plata en destruirla que la que gastó en fundarla.

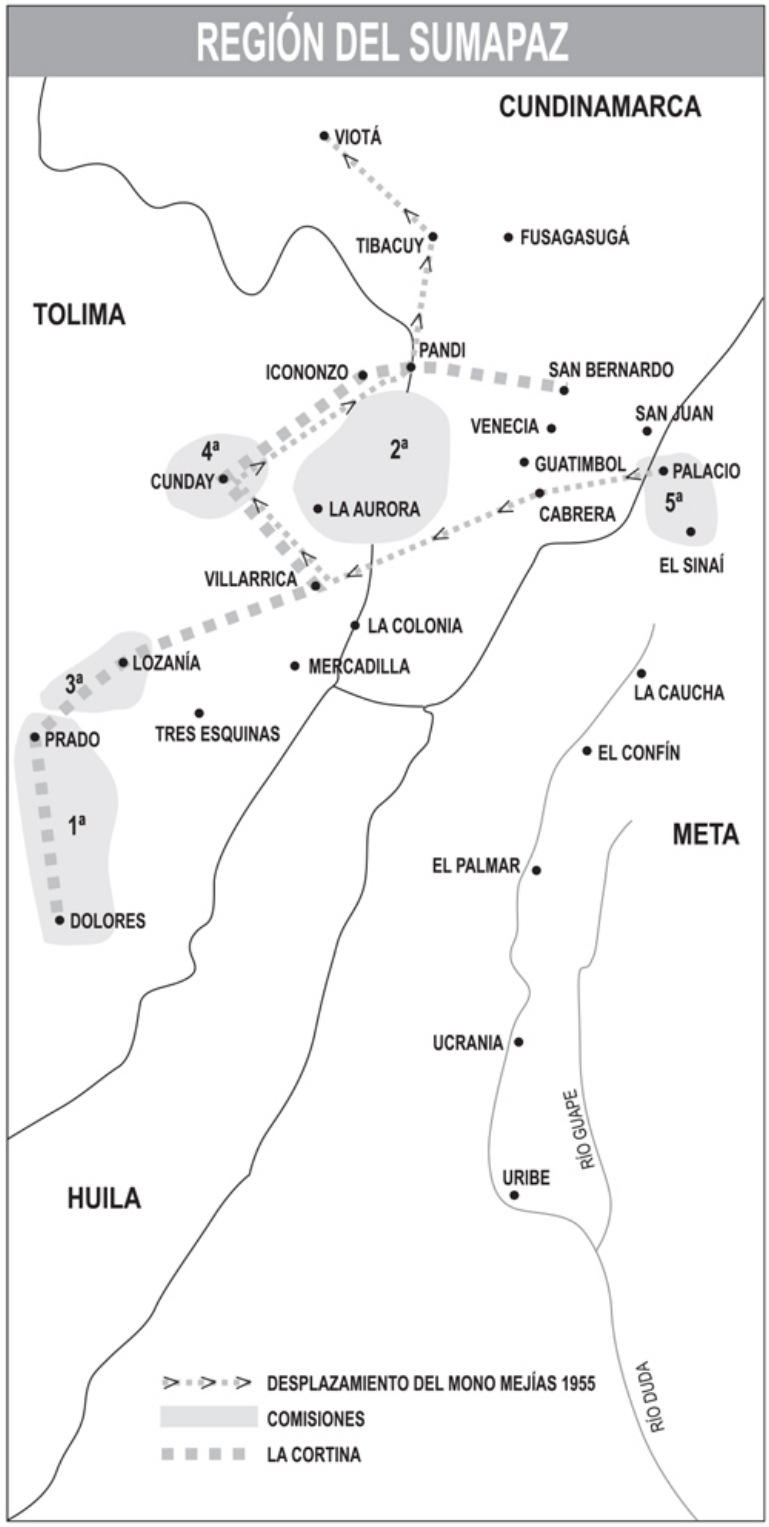
Ya no quedaba nada ni nadie en La Cortina. Todos se fondearon a establecer guardaderos en el monte. Con esta derrota tan despiadada, el personal sufrió mucho. A los comandos llegaban a pedir comida, droga, ropa, sopa y sobre todo, orientación. Nada, nada se les podía dar. No había abastecimiento, las bodegas del movimiento y del personal estaban vacías. Drogas nunca hubo, y orientación tampoco, porque se habían perdido los contactos con la dirección regional y con la dirección nacional del partido. El compañero Juan de la Cruz estaba muy lejos. El camarada Jacobo, que era de la regional del Tolima, le dejó a la gente unos manifiestos largos, llenos de palabras, porque él era político. Richard era, según dicen, un gran comandante, pero tenía la desventaja de empecinarse en combatir hasta el final y entonces se volvía un guerrero de gatillo.

Se tomó la decisión de enviar al Mono Mejías a localizar a Juan de la Cruz para que definiera qué se iba a hacer. Él era la cabeza y tenía que responder por ella. La otra orientación que dio la dirección del Oriente del Tolima fue la de acabar La Cortina y dividir a los combatientes en cinco comisiones de combate para pelear como guerrilla rodada y para defender a la gente que se había organizado para huir. Esa fue la orientación que se siguió. Las cinco comisiones quedaron así: la número uno, comandada por Richard, tenía ciento y pico de hombres y se fue a operar en Prado y Dolores. Era la del sur. La número dos era la del norte: ocupaba El Roble, La Aurora, Icononzo y Cabrera. La comandaba Tarzán. La tercera, comandada por Diamante, actuaba en Prado, Lozanía, San Pablo. La cuarta operaba en Cunday y estaba dirigida por Aventuras. La quinta tenía como destino Santa Ana, El Sinaí, Pradera, Palacio, Hoya de Pelcar, Barandilla, San Miguel, Los Quecos, y la comandaba Abuelito, que fue en vida mi

señor padre. En total serían unos seiscientos hombres en armas.

La dirección resistió un tiempo en Galilea con la comandancia y las familias, amontonadas, sin comida. Pero de Galilea tocaba salir. ¡Con ese mundo de gente! ¡Un pueblo entero! Quedarnos concentrados era morirnos, porque el ejército no iba a tener piedad aunque estuviéramos desarmados. Teníamos por obligación que defendernos huyendo. La decisión la tomaron los viejos y la gente aceptó salir de ahí costara lo que costara. Las trochas de salida eran al comienzo picas donde apenas se podía poner el pie, pero después de pasar un contingente de familias, quedaba hecho un camino. Abajo todo era puro barro, y encima, copas de árboles que nunca dejaron secar la trocha. Los sabañones casi acaban con la revolución. En la evacuación quedaron muchos cadáveres, no sólo de animales sino de cristianos. Se andaba por ventiaderos de mortecino. Los niños llegaron casi los mismos porque por el camino nacieron unos y se murieron otros. Las comisiones caminaban por el lado de afuera, peleando, comidiando, y los niños, las mujeres y la dirección íbamos en el centro, aguantando. Todo mundo acorralado, disgustando unos con otros, llorando, consolándose.

El Mono Mejías salió de Galilea con la misión de pedirle orientación a Juan de la Cruz Varela, que a los primeros tiros se había ido yendo de El Palmar para Icononzo, de Icononzo para Guatimbol y de Guatimbol para el Nevado. Iba subiendo a medida que los tiros aumentaban abajo. No porque fuera cobarde el hombre, sino porque tenía que organizar el páramo, que era su retaguardia más importante. Sin él nos hubieran liquidado. Don Juan había peleado sin tregua desde cuando era joven y peleó siempre. El decía: «Yo soy el mismo de toda la vida; por eso no me cambio de camisa».


REGIÓN DEL SUMAPAZ
CUNDINAMARCA
VIOTÁ
TIBACUY
FUSAGASUGÁ
TOLIMA
PANDI
ICONONZO
SAN BERNARDO
VENECIA
SAN JUAN
4ª
2ª
CUNDAY
GUATIMBOL
PALACIO
LA AURORA
CABRERA
5ª
EL SINAÍ
VILLARRICA
LA COLONIA
LOZANÍA
MERCADILLA
3ª
LA CAUCHA
PRADO
TRES ESQUINAS
EL CONFÍN
1ª
META
EL PALMAR
DOLORES
UCRANIA
RÍO GUAPE
URIBE
HUILA
RÍO DUDA
DESPLAZAMIENTO DEL MONO MEJÍAS 1955
COMISIONES
LA CORTINA

El desplazamiento que tocaba hacer era un crucero extensísimo. Se cogió camino en unas agrupaciones llamadas La Estrella, cerca a San Pedro, para llegar por la tarde, caminando seguido, al Riachón, que era posada. La jornada siguiente se cogió con la fresca de la mañana para alcanzar el cerro de La Mistela y a medio día bajar a Barandillas para pernoctar en la Hoya de Palacios. Al otro día subimos hasta Los Quesos para descolgarnos a Francia, coger el Duda y reventar a Ucrania. Después venían las Lomas de los Tempranos, La Esperanza, La Alegría, y por último, El Peine. Ahí salió don Juan, porque él no dejaba llegar hasta el cerro. En el camino cambiamos de clima varias veces, entre subidas y bajadas. Había caminos altos, donde El Duda se veía abajo pequeñito; una piedra que se rodara salía pum, pum, pum y duraba tiempo hasta el tazzz allá en el río. Había partes ventiscosas, que bregaban a devolverlo a uno. Yo trillé ese camino muchas veces, porque nacido en La Esperanza fui muchas veces a ver a la familia de mi padre, que vivía en Villarrica.

El Mono Mejías se topó con un grupo de la quinta comisión que andaba de la Hoya de Palacios para arriba, acompañando a un contingente de civiles que buscaba salir de la guerra y quedarse en Francia. Esa comisión colaboraba con los civiles, defendiéndolos y enrutándolos hacia diferentes partes. Los caminos se iban haciendo cada vez más profundos al paso del personal. Esos caminos han sido muy transitados. En el cincuenta, cuando la primera violencia, por allí llegaron de una y de otra parte a fundar La Esperanza, Ucrania, La Hoya. Con la violencia del 56 también llegó gente del Tolima, de todo el Tolima, del norte, del sur, y del oriente. En el 64 llegó personal de Marquetalia, en el 67, del Guayabero; en el 72, de El Pato. Esos caminos se han ido profundizando con la pasadera de gente huyendo. El Mono Mejías bajó con unos finqueros del Tolima en el año 35, cuando tenía quince años, y no había vivientes. Después lo mandó don Juan de la Cruz hasta San Juan de Arama a buscar a la guerrilla liberal. Salieron treinta y llegaron cinco; los demás se devolvieron porque eran selvas espesísimas, cerradas. Fundaron Los Tambos, Palmarcito, La Esperanza, La Francia, con la ambición de regresar a hacer finca cuando la guerra amainara. Nunca pudieron quedarse a

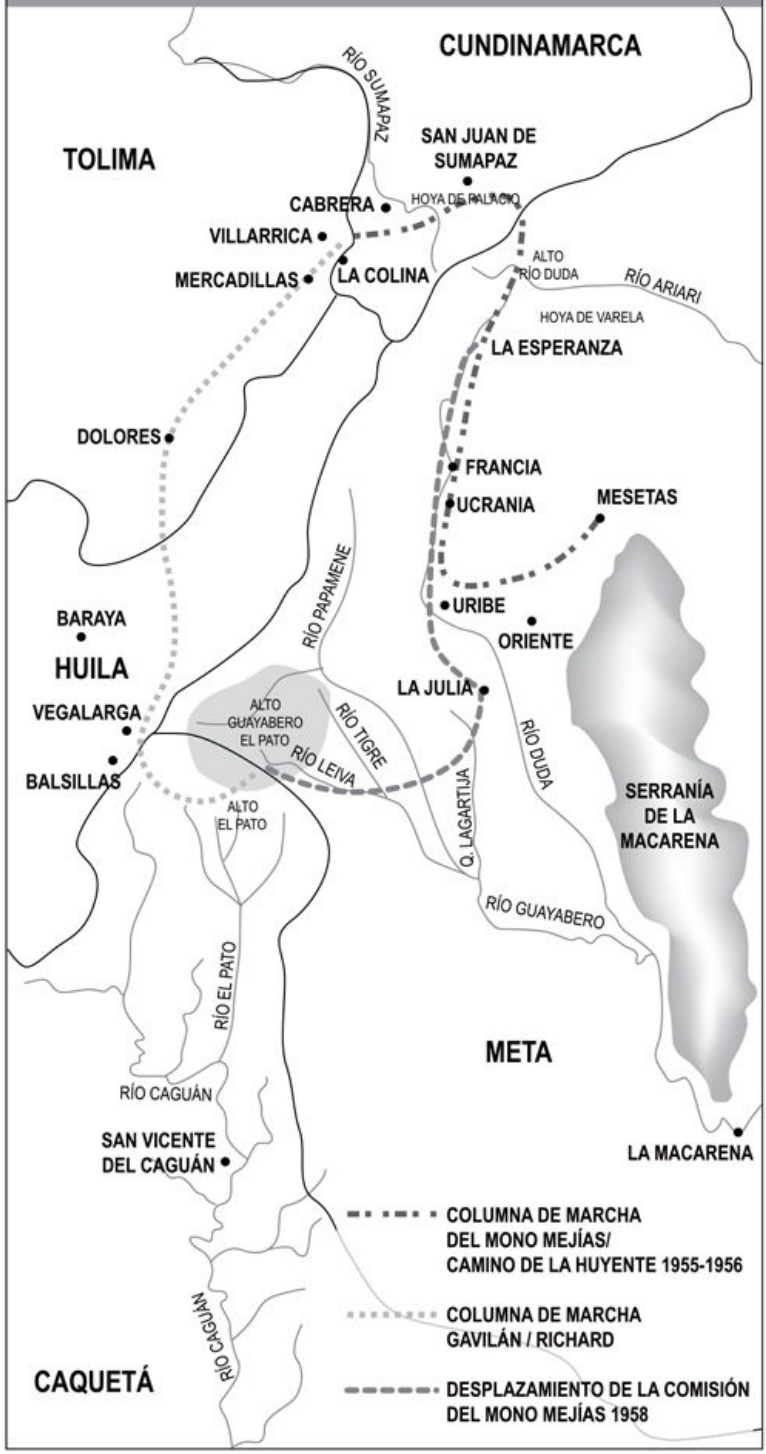
vivir porque la guerra los sacaba de ahí o los llamaba de otro lado.

Con Juan de la Cruz bajó esa vez Arboloco, una belleza de hombre. Yo lo conocí ya viejón. Fue el mejor tirador del Alto Sumapaz y no se podía comparar con ningún otro porque no tenía resabios. Don Juan sabía a qué llegaba el Mono Mejías y, sin explicaciones, le fue diciendo que ya había citado una reunión en la Hoya de Palacios para analizar el caso y decidir si el Sumapaz entraba en guerra. A la reunión asistieron Vencedor, Barbajecha, Leobrín, Curro, Arboloco, don Juan y el Mono Mejías. La situación era muy grave, desesperada. Don Juan propuso hacer un comando unido ahí en la Hoya y sumar los dos movimientos: las cinco comisiones de los compañeros de oriente del Tolima, y la organización de don Juan en el Alto Sumapaz. La cosa era justa y no había otra. En la Hoya de Palacios también se crearon las Columnas de Marcha: la que salió con Richard y Gavilán hacia el Pato-Guayabero y la que salió con Diamante y el Mono Mejías hacia el Duda-La Uribe.

El Mono Mejías con su gente, unos diez hombres bien armados, dejó la conferencia antes de que se terminara porque le ordenaron llevar la noticia a los chulos que se acababan de tomar a Villarrica. Lo acompañaban Monte Oscuro, Velázquez, que llegó a ser el teniente Chispitas, Ojizarco y Rapidol. El Mono, de orgulloso, no quiso llevar comida o «gato», que llamamos, porque tenía pensado caer a la hora de almuerzo a El Barcino, que era una región tranquila. Así que salió a medio día y dijo: «Conmigo llegamos». Pero quien ensilla no es el burro, y cuando fue arrimando vio, desde unos potreros extensísimos que hay ahí, un tropel allá, casi en la boca del monte. El hombre pensó: «Los compañeros pusieron ya un puesto; qué bueno, hombre», y siguió. Cuando de golpe se dio cuenta de que era el chulerío que estaba asoleándose. El ejército se había tomado la región. Bueno, ¿qué hacer? Correr por esos potreros, pero los chulos los pillaron y comenzaron a quemarles con ambición de matarlos por fin. El Mono dio la orden de mandarse al monte para que la sombra de las matas les hiciera trinchera. Los otros dispárenles y dispárenles y los compañeros ábranse para el oscuro. Rapidol, que fue reemplazante de Joselo en El Pato, le dijo al Mono Mejías que la única salida era

meterse por la hoya del río hacia arriba. El Mono le mostró que era peligrosísimo, porque la Hoya se orientaba hacia donde estaban los chulos y porque el paso al lado de ellos era la muerte. Rapidol le contestó que con cuidado se podía. Que el todo era que nadie quebrara una rama seca porque el trinnn sería la quemazón más hijueputa. El Mono, a quien no le costaba trabajo darle la razón a otro, aceptó y se montaron en semejante aventura. Cada paso era la vida. Los chulos todo se imaginaron menos que los compañeros fueran a pasar por encima de su nuca. La respiración se hacía un vaho que tenía que soltarse despacio, acompañándolo, para que no hiciera bulla. Así pasaron, uno a uno, todos los compañeros. Fueron subiendo, subiendo, haciéndose los delgaditos, hasta salir. No los ventiaron. Los chulos eran perros sin olfato. Arriba estaban las montañas.

DESPLAZAMIENTO DE VILLARRICA AL DUDA Y GUAYABERO



Pero no pudieron hacer economía. Les tocó seguir derecho sin frijol, sin panela, sin plátano. Allá las montañas son filos y cuchillas que se desprenden desde lo alto y caen al río sin un pliegue donde pueda sembrase comida. Llevaban de guía a un muchacho llamado Cardenal, que quería abandonarlos al menor descuido. Llevaba ganas de irse. El Mono lo notó y le puso el revólver en la cabeza: «Si no nos sacas de aquí, te mueres». Tocaba imponerse. Les contó que más arriba quedaba la hacienda San Miguel, donde se podía conseguir avío. A estas alturas llevaban dos días de hambre y las cosas comenzaban a brillar y a esconderse. Al tercer día llegaron a la hacienda San Miguel. Nada de nada. Había sido saqueada hacía poco. Estaban mirando el fracaso cuando de golpe saltó una ternera, corrió y se escondió en unos matorrales. Los guerreros salieron detrás a maniarla para sacrificarla. Pero no era ternera y ni siquiera animal. No se dejaba ni ver, ni saber qué era. Hasta que alguien le acertó un tiro: tampoco era demonio, era una puerca tan flaca, que daba al otro lado. La despresaron casi viva y casi viva se la comieron. El hambre no hace ascos.

Una tardecita, ya entrada la noche, les olió a tabaco. Pensaron que era el ejército y montaron un dispositivo a los lados del camino. Pronto apareció la columna y la dejaron entrar, entrar hasta que ya estaba en el seno de la emboscada. Entonces el Mono descubrió que eran compañeros y que el comandante era el sargento Mirador, uno de los Naranjo. El Mono le pegó con la peinilla a la culata del fusil para hacerlo caer en cuenta de que estaban emboscados, y cuando Mirador vio que era el Mono Mejías comenzó a pedir perdón, a gritar con la cabeza agarrada a dos manos: «¡Alma bendita de Mejías, alma bendita de Mejías, perdóname!» A poco cayeron en la cuenta de que el medio resplandor de la hora y el cansancio hacían ver fantasmas. Razón no les faltaba, porque con el cuento de los tiros en el río Cabrera, don Juan de la Cruz había mandado a Mirador a recoger los restos del Mono y de la comisión, que ya daban por muertos en la pelea.

Yo nací en uno de los repliegues del movimiento al alto Sumapaz, cuando todavía se luchaba contra la dictadura civil de los godos. A mi padre lo mataron durante la guerra con Rojas Pinilla y crecí oyendo

hablar de los Vargas, una familia vieja de la Esperanza a la que don Juan expropió la tierra. Don Antonio Vargas, el padre de todos, era conservador, y las haciendas le venían de herencia de su señor abuelo. No convino con los agraristas de don Juan y menos con nosotros. Mandó matar mucha gente, y a mí me contaron que por cuenta de él mataron a mi padre y a mi hermano mayor. Pistoleaba a cuanto compañero se le atravesaba, y llegó hasta atravesarse él mismo en Cabrera. No se podía pasar porque ahí mismo lo quebraba a uno. Después de la guerra de Villarrica, él era el motivo para mantener vivas las autodefensas.

Estuve en la escuela hasta que me expulsaron por decir que la hostia era simple, que no sabía a nada y que sería rica si se le echaba membrillo de guayaba. La maestra me acusó de hereje y el partido respaldó la sanción. En cosas de educación, la dirección siempre respalda a las autoridades.

Acepté la expulsión porque tenía oficio con las autodefensas, que era lo que me interesaba y porque siempre me han gustado las armas de combate. Cuando niño me sentía culpable de sólo mirarlas. Las autodefensas nos entrenaban matando pájaros con caucheras. El que más pájaros, más negros y más grandes trajera, ganaba: y ganar era igual a que a uno lo miraran bien y no le tacañearan el dulce, la panela. Matamos mucho pájaro: éramos unos expertos en volarles la cabeza con munición hecha con barro colorado secado al sol. Hacíamos una especial que llamábamos Dum-Dum y que tenía una bolita de hierro en el centro. Era muy efectiva. Las guerras entre nosotros eran castigadas porque más de una vez hubo alguno a punto de sacar la mano a causa de un dumdunazo.

Cuando comencé a crecer y ya tenía unos doce años, servíamos de guía a las guerrillas para ayudarles a hacer las travesías. Nosotros conocíamos todas esas hoyas, filos y páramos como nuestra propia casa y por eso los guerreros confiaban más en nosotros que en nadie. En una de esas me ordenaron acompañar a unos compañeros desde la Hoya de Palacios hasta el Sinaí. A uno no le decían sino lo que tenía que hacer: «vaya y llévelos de tal parte a tal otra». Nada más. Pero en el camino, entre silencio y silencio, uno va haciendo conversa. A mí

me dio la corazonada de que los compañeros eran camaradas, gente de mando, y comencé a indagar con mucho cuidado. Los noté cansados, como si llegaran de pelear, pero no había oído de encuentros en esos días por la zona. Venían ocho hombres muy bien armados y se trataban unos a otros con mucho respeto y como combatientes. Había un camarada, amplio de cuerpo y de cara, con unos ojos muy finos y rápidos, que hablaba poco y que lo llamaba a uno «joven». Me gustó porque daba órdenes secas. Traté varias veces de hacerle conversación, pero el hombre tenía la cabeza en otro lado. Yo sentía que él pasaba y pasaba la misma película, aunque nada decía ni lado daba. Me le puse al corte y ni por esas. No fui capaz de saber a qué rosario le daba vueltas. Los dejé en El Sinaí y me devolví a La Esperanza. Mucho después me vine a dar cuenta de que el hombre era Marulanda y que la conferencia era la segunda, de la que salió la fundación de las FARC.

También fui correo y en esas andaba desde Viotá hasta La Uribe, desde Dolores hasta San Juan del Sumapaz. Me sancionaron una vez por demorarme en las tiendas y me pusieron a cargar sal a la espalda entre El Salitre y La Caucha, y otra vez, por indisciplina, me mandaron a cultivar frijol en El Palmar. Esos castigos se cumplían sin dolor porque eran como puestos por el papá de uno. En general uno conoce un mando desde siempre. Yo anduve mucho toda esa región pero nunca hice la travesía entre La Uribe y el Guayabero; por eso, cuando después pensé que yo había estado en ese camino, sentí como si estuviera metido en una piel que no era la mía.

A los quince años me aceptaron en las autodefensas, mi ambición desde niño. Primero vino el entrenamiento militar, aunque uno ya sabía de esas artes mucho: lo de armar y desarmar, lo de hacer catalicones y trincheras, vivir en el monte, pagar guardia, aguantar hambre, todo eso lo viene uno aprendiendo desde antes de nacer. Lo que a mí me hacía falta era el título: miliciano. En las autodefensas no aprendí nada diferente a montar emboscadas y abrir caminos para los guerreros.

Tuve un problema serio. Resulta que había un compañero que llamaban Arsenio Serrato, un dirigente del partido que tenía mando

sobre las autodefensas. Era uno de esos camaradas ventajosos que querían vivir de los demás explotando su puesto. El hombre le tomó en arriendo a un hermano mío un lote que colindaba con el nuestro, una hijuela que nosotros, los hermanos, nos habíamos repartido. El compañero Serrato, haciéndose el que no era con él pero montado en el mando, dio en soltar su ganado en ese lote. Seguro, como estaba acostumbrado a que los compañeros no le brincaran, se hacía el güevón. Yo le dije una y otra vez y le puse de presente que el mando que tenía no le servía para atropellarnos. No acataba. Un día que amanecí en reversa y vi el ganado pastando en lo que no era de él, alcé la carabina y le quemé unos novillos que después me tocó comprarle al precio que quiso. Pero peor, tenía que hacerme una autocrítica. Hice lo que me ordenaron, entregué el arma y fui a templar como simple civil en el sur del Tolima. Allá estuve trabajando: conocí Ibagué, Neiva y Cali. Pero un día me dio como soledad y volví al comando.

En esas me enviaron a un curso al Guayabero para poder presentarme a prestar servicio de filas en la guerrilla; para allá iba yo cuando me sentí otro. Seguro, de oírle tantos cuentos al Mono Mejías me dio por sentirme el héroe de sus historias.

El cruce entre La Uribe y el Guayabero fue para él inolvidable porque en un mismo día los atacó una manada de guacamayas azules y amarillas y mataron una danta y un venado. Al teniente BBC, que iba mandando el cruce, le dio por hacer un tiro a la bandada, que estaba sobre una pared alta que hacía cañón con el río Papaneme. Las guacamayas, miles, pero miles, se arrebataron y gritando furiosas alzaron el vuelo, dieron una vuelta en redondo y cayeron sobre el teniente BBC. La comisión se botó al río, defendiéndose los ojos con el brazo porque era a eso a lo que los bichos tiraban. Se salvaron pero salieron más rasguñados que tigre en espinero. La cosa pasó y al medio día mataron una danta hembra que pesaba más de cinco arrobas, y ya entrando la tarde, un venado con cacho de siete ramas.

Pero volviendo al comienzo, la carta en que Richard pedía apoyo porque Aljure lo tenía acorralado estaba firmada también por Diamante y por Gavilán, es decir, era una orden pesada. Sin embargo,

como todo mundo en La Esperanza estaba de festival, nadie quería apuntarse a la travesía. Silencio, silencio. Hasta que el teniente BBC, que en la primera violencia se había nombrado sargento Espejo, dijo: «Yo voy si va de político-militar el Mono Mejías». El Mono respondió: «Bueno, yo lo acompaño si me dejan escoger armas y personal». No hubo votos en contra y el Mono Mejías escogió cuarenta hombres con cuarenta armas, más las de cacería para no mermar el parque, y seis mulas cargadas con economía.

Del río Papaneme para abajo se oía en los vientos que Aljure venía a encontrarlos. Él no era hombre de hacerse buscar: salía si lo llamaban. La comisión del Mono Mejías cruzó el caño de Lagartija, el de La Indiana y El Platanillo para salir al Guayabero. Eran regiones solitarias. No había vivientes porque Aljure había matado a unos y había hecho huir a otros. El Mono iba desconfiado a pesar de que llevaba una carta de don Juan para Aljure. Ellos se conocían de lejos.

En el Alto Guayabero se toparon. Muela Hueca, un subalterno de Aljure, se presentó una noche diciéndoles que el jefe quería hablar con los mandos de la comisión y que los esperaba al día siguiente para definir las vainas. Malencarado el tipo. Pero a BBC no le temblaba tampoco. Así que se toparon. Era un hombre dizque moreno, de bozo áspero, sombrero y M1. Se le plantó y le dijo: «Yo no tengo nada que discutir con usted porque estos territorios me los asignaron a mí desde el Congreso de La Perdida en 1953, así que los intrusos son ustedes y yo vine a sacarlos». El Mono Mejías, que era un zorro viejo, le contestó: «Hombre, capitán, nosotros no sabíamos, pero si eso es así, si está la voluntad de un Congreso de por medio, no hay problema. Se lo voy a comunicar a Varela para que él entonces tenga en cuenta esa orden». Había que hacerse el delgadito para salir porque Aljure andaba con cien hombres bien armados. «Usted perdonará, capitán —continuó el Mono—, y si no le importa desocupamos y no hay problema». Entonces se replegaron y le mandaron correo a Richard, que andaba por el caño de Los Perros, para combinar una acción. Se planeó el operativo y cayeron a los tres días a enseñarle a Aljure cómo era que se peleaba. Pero el hombre también, para que va uno a decir, peleaba duro. Estuvieron dándose fruta un buen rato hasta que Aljure

se les fugó por un flanco y casi hace ahogar una comisión que salió a perseguirlo, porque esos llaneros sabían de aguas y los camaradas no. En el Sumapaz no hay cómo aprender a nadar.

De todas maneras, Richard quedó muy satisfecho porque habían hecho correr al capitán. Él, que sale embalsado por el Guayabero abajo, y los compañeros que meten las autodefensas y las familias. Eran tierras bonitas, amplias, parejas, con buena marisca y buenas aguas. BBC y el Mono se devolvieron. Richard les había regalado una mula. Un animal recio, rápido y seguro que llamaron Araguata.

La comisión salió con lo que llevaba. A los tres días comenzó el racionamiento y al cuarto día naufragó una balsa con la poca economía que quedaba al vadear el río Tigre. Comenzó el hambre. Día tras día detrás de un zaino, una guagua, cualquier cosa de pelo, de pluma o de escama. Nada. Como si hubieran requisado esas selvas. El Mono Mejías comenzó dizque a ponerse nervioso y a hacer valer su mando con cualquier disculpa. El hambre era mucha. La gente comenzó a mirar muy de seguido a la mula, y el Mono a marearse por cualquier guiño de ojo. Pero gracias a Dios a los pocos días se toparon con una finca y se salvó la Araguata.

Casi lo mismo nos pasó a nosotros en la primera comisión de orden público a la que salí: iba estrenando las jinetas que me había ganado en la escuela militar cuando quedaba en el río Coreguaje. Como terminé con buenas calificaciones, Jacobo Arenas me mandó a un curso de filosofía dictado por Alfonso Cano, que subía esporádicamente al monte. Alfonso tenía una voz muy gruesa que lo hacía oír muy serio hasta cuando se le soltaba la risa por cualquier pendejada. Pero él tomaba todo a pecho y a conciencia. Éramos seis alumnos, además de Joselo, comandante del II Frente, y yo. Alfonso trataba de explicarnos que al mico se le había caído la cola en su evolución. Joselo lo interrumpió diciéndole que no se le había caído sino corrido para adelante. La cosa fue para risas y Alfonso terminó riéndose. Pero de todas maneras echaron a Joselo del curso, lo que no impidió que comandara la comisión que tenía como objetivo tomarse a Colombia, Huila, en 1975.

Íbamos apenas treinta y seis hombres porque la inteligencia había

reportado nueve policías. Íbamos sobrados. El ataque fue con doce hombres. El grupo de asalto en el cual íbamos Carlos Pizarro y yo soltó los primeros truenos a las cuatro de la mañana; otro grupo de seis hombres se fue a buscar a un viejo que necesitábamos, y el tercer grupo asaltó la Caja Agraria. La policía se rindió a las nueve, cuando se le colocaron dos bombas por la parte de atrás. Se portaron bien, valientes, arrechos. Carlos Pizarro fue el encargado de hablarle a la gente reunida en la plaza. Reconoció el valor de la policía. Él era un tipo muy echado para adelante, buen peleador, disciplinado, nada de bla, bla, bla. Al viejito no lo encontraron por ninguna parte. La caja fuerte de la Caja Agraria no la lograron volar, así que sólo pudimos cargar con algo de ropa, droga y calzado. La comisión de economía estaba a cargo de un muchacho llamado Otoniel, pelado que se ganó ese día el apellido de Galguerías porque en vez de remesa de arroz, manteca, frijol, sardinas, lo que el hombre empacó fue puro confeti, chitos, chocolatinas, sin que nadie se diera cuenta.

El repliegue fue de hambre porque nadie quería comer más dulce. La gente empalagada dio en no comer. Joselo aceptó que nos alimentáramos de pepas de palma milpé, pero advirtió que comiéramos poquito. Nos soltamos por el Guayabero abajo, cuando a los tres días estábamos que no podíamos dar paso, todos trancados. El milpé forma un cemento en la tripa. El mismo Joselo cayó enfermo.

Tocó desatrancar la gente con una manguera porque la cuestión pintaba mal. De ahí en adelante nadie volvió a probar comida. Llegamos extenuados al Coreguaje, pero como los guerrilleros son tan golosos, el campamento se puso alegre cuando descargamos el dulce que traíamos y que casi nos había costado la vida. Joselo fue el único que no perdió el humor. Estaba en su ambiente.

La vida del movimiento está en los pies. El Mono Mejías me enseñó a respetar mis pies, a cuidármelos, a no tenerles asco. Los pies no son la última parte del cuerpo sino la primera, la base. Sobre ellos anda todo. El Mono lo sabía a conciencia porque fue mucha la pata que echó. No había acabado de llegar, cuando tenía que volver a salir. El se preocupaba más por las botas que por los fusiles.

No se había acabado de hacer el primer acuerdo de la conferencia

en la Hoya de Palacios con don Juan, que ordenó la concentración de las comisiones en el Duda, cuando llegando a El Placer, en los altos de Prado, se recibió un correo en el que se anunciaba la convocatoria a un pleno nacional del Partido Comunista en Viotá. Se pedía que de la región fueran Martín Camargo y Luis Morantes, es decir, Jacobo Arenas, que andaban enfrentados. Era una reunión supremamente clandestina porque el partido acababa de ser declarado ilegal. En cuanto Martín supo del paseo dijo que él estaba muy viejo, muy cansado para meterse esa caminada. Jacobo, por su lado, estaba enredado en sus vainas por allá por el Saldaña. Había candela por todo lado. La invasión al oriente del Tolima estaba en pleno desarrollo. Miles de operarios se cruzaban. La operación contra Galilea y Villarrica no había terminado. Desde el Alto Sumapaz se miraba la polvareda.

Martín, que era bien manzanillo, postuló al Mono para hacer la travesía. La misión era delicada no sólo en lo militar, en el viaje mismo, sino en lo político, porque la decisión tomada en la Hoya de Palacios era simplemente el repliegue. Había que llamar la cosa por su nombre. Los chulos nos estaban matando y huir era la única salida. En el partido hay gente que nunca ha entendido el movimiento armado y lo quiere ver o triunfante o destruido. El Mono le salió al negocio.

Como el pleno era en Viotá, había que atravesar varias regiones donde la guerra estaba al rojo. O mejor, donde los operativos del ejército se cruzaban unos con otros, porque la verdad era que el personal ya no combatía, estaba desmoralizado. No había un Ave Negra, ni un Gavilán, ni un Vencedor, ni un Resplandor que lo sacara del hueco. El Mono salió sumiso al Tequendama, escoltado por el teniente Peligro y por el sargento Panadero, dos jodidos que tenían para misiones especiales, malísimos ambos.

En La Colonia encontraron un puesto del ejército bien instalado por donde tenían que cruzar. Estudiaron el caso. Estaban en invierno y el río estaba crecido hasta los topes. Decidieron cogerse de un chamizo y pasar ahí prendidos. El puesto tenía motores, luz eléctrica, reflectores y era sede del Estado Mayor. Se mandaron y salieron sin pantalones, sin camisa, pero vivos. Cuando estaban medio desentumiéndose

comenzaron los perros del comando, que eran especializados en chusma, a ladrar y a joder. Les tocó salir como estaban, sin botas, sin camisa, casi en calzoncillos, a correr por unas charrasqueras espinosas que los protegieron por lo espesas. La tropa les quemó varios tiros pero no los alcanzaron.

Más adelante se encontraron con el camarada Tarzán, que era el defensor de Villarrica. El Mono tenía orden de pedirle el mejor combatiente que tuviera la comisión para sumarlo a la escolta. Cuando Tarzán leyó el correo, dijo: «Voy yo. Yo soy el mejor combatiente de este comando». Echó las pistolas más completas entre el mochilo, un gato más o menos regular y siguieron camino. Pasaron por Icononzo, después por Pandi y Arbeláez, cruzaron por Fusagasugá y Tibacuy para salir a Viotá: veinte noches de marcha.

El pleno ya había comenzado y el Mono estaba programado para dar el informe en quince minutos. ¡Quince minutos para explicar la situación de miles de personas derrotadas y huyendo! ¡Quince minutos para evaluar una guerra que se perdía! Se tomó seis horas sin que nadie protestara. Criticó a don Juan y a la gente del Alto Sumapaz por no haber acudido a tiempo a defender al movimiento del oriente; criticó a Jacobo y a García por las peleas continuas; contó qué estaba pasando en realidad, sin tapar nada, sin ninguna reserva. Dijo que al movimiento armado se le debía respetar la iniciativa propia. No faltaba más, alegaba él mismo, que un vergajo de por allá de Bogotá le viniera a decir a un guerrero cómo debía hacer las cosas. Si quería corregir algo, debía meter los pies al barro. Con corbata las cosas se ven distintas. El pleno tuvo que aceptar las palabras del Mono.

La comisión se devolvió por donde llegó. En el Oriente, me comentaba el Mono, la gente no creía que él volviera, por una cosa, por otra, pero nadie apostaba al hombre. El camino de regreso fue más largo porque la entrada a una zona de guerra siempre es más difícil que la salida. Tuvieron que romper monte muchas veces y repetir la salida: El Palmar, Piedecuesta, Hoya Grande, La Colonia, La Aurora. Por las cabeceras de La Colonia pasaba el reguero de refugiados que venían de la guerra a encaletarse en un sitio llamado Cueva Loca. Había más de doscientas personas enfermas, agotadas, derrotadas. Se

le colaron a la guardia y Peligro, que era un bandido, iba a liquidar a un compañero porque se había dormido. El Mono lo regañó y le dijo: «Respete el hambre. ¿No ve que están muertos?»

La gente huía sin saber para donde. De La Colonia salían con la esperanza de que en Galilea los protegieran. Los de Galilea habían echado para La Colonia a lo mismo. La región toda se volvió un cruce de caminos porque cada familia hacía lo propio para romper los anillos del ejército. En las trochas se moría la gente tirada sin haber podido acertar por donde salir. Era un tropel que andaba de un lado para otro como una manada de cafuches encorralados. Cuando supieron que el Mono llegaba se le prendieron porque a él le tenían mucha fe. El Mono, que nunca descansaba y que vio la situación de la gente, aceptó ayudar a encontrar una salida.

Andando y andando llegaron por fin al Alto Prado, donde más o menos había sosiego. La comisión llegó con una cola de algo más de mil familias. En esa zona se fue congregando mucho personal porque estaban Vencedor, Ave Negra, Gavilán y sus señoras, y Resplandor, que lo llamaban así porque era caratejo azul. Pero nadie sabía qué hacer. El partido les había autorizado la iniciativa cuando, como se dice, estaban todos colgados del mismo palo: el río por debajo crecido, el tigre subiendo por el tronco, y la rama llena de avispas.

El día en que la comisión de Viotá llegó al comando, había habido un problemazo: la mujer de Gavilán, que era hermana del Mono, cogió a rula a la sargento Gitana porque la pilló con su marido. Ella era una de las pocas guerreras que hubo en esa guerra y era muy estimada, pero Gavilán, que era fullero y jodido, le arrastraba el ala. Así que aprovechando la confusión la puso a vivir en el comando. La compañera le caló dieciocho machetazos y le bajó la mano izquierda.

Es que de las derrotas siempre resultan problemas entre los mismos compañeros. A vencedor, por ejemplo, lo mató la compañera de otro capitán, llamado también Vencedor, porque lo confundió y no lo logró identificar. A Tarzán, días después, lo mató un compañero borracho.

El Mono llegó justo a resolver problemas. Citó la continuación de la conferencia de la Hoya de Palacios y para allá se encaminó casi sin haber almorzado. La comida escaseaba hasta el punto de que les tocó

cortar unos cueros de res en pequeños trozos para hacer la sopa, y cada tira de esas duraba hirviendo una semana. Todos los días el caldo se hacía sobre las sobras, echándole sólo agua. El pedazo de cuero de res duraba hasta que se desleía.

Las cinco comisiones se encontraron en la conferencia porque era tanto política como militar. Se discutió mucho la situación, las intenciones de don Juan y del partido y la posición del Mono. Al final se decidió la formación una comisión de marcha que Martín Camargo bautizó como La Columna del Nudo de los Andes. Él tenía pega con ese nombre, porque ni sitio era. Se nombró a Richard como mando militar y a Gavilán como comisario político y se les encargó la defensa de las familias, que debían encontrarse en el Alto Guayabero. Una travesía arriesgadísima. Si era peligrosa una comisión, ¿qué no serían cientos de familias andando con niños, con viejos, con perros y gallinas por esas cordilleras por donde ni caminos había?

La otra comisión se llamó «de Queda», al mando de Tarzán. Su destino era entretener al ejército para que la otra columna pudiera salir y sobre todo llegar. Era un suicidio. Tarzán dijo: «La cotiza hay que buscarla donde se perdió. Yo nací aquí y aquí me quedo». Hombre guapo y desprendido.

La conferencia de todas maneras dejó en libertad a todo el mundo de hacer lo que creyera conveniente. Por eso un personal ni se fue con Richard ni se quedó con Tarzán, sino que se fue con el Mono para el Duda, por donde ya a esa hora había cogido camino mucho refugiado. Buscaban la protección de los páramos del Sumapaz y del cañón del Duda, y sobre todo la de don Juan, que tenía una sombra como de Dios. La ruta era difícil y larga. Se salía por el río Cabrera hasta Palacio, y por la subida de Santa Ana se arrimaba por los Quesos al páramo Cara de Zorro. De ahí se pasaba el larguero de Tripa de Yegua para caer al Confín y bajar al Palmar, al Sinaí y por ahí a La Caucha. De La Caucha a La Francia eran dos jornadas escoteros y luego a Ucrania.

La marcha al Duda no fue una comisión. El camino era más bien un corredor vigilado por destacamentos y avanzadas de las autodefensas. No eran guerrillas móviles como las que protegían a la columna que

iba al Guayabero. El Duda y todos esos cañones venían siendo fundados desde el comienzo de la violencia. La gente llevaba gente y así se avanzaba, andando y fundando. En Francia y Ucrania había puestos de control montados por las autodefensas para vigilar el Duda, y en Pasca y La Uribe también, para manejar la entrada y la salida al Sumapaz.

El Mono Mejías hizo la travesía con unas treinta familias, atrás de muchas y adelante de otras. Lo bueno era que en esas regiones había comida. No sobraba, pero tampoco faltaba el frijol. Pasando Tripa de Yeguas y el Confín ya no había persecución. Así que allá se llegaba acezando, pero detrás de esas líneas se podía soltar el resuello.

Aguas abajo de La Uribe no se podía tampoco pasar por el mando que allá tenía Aljure. Hasta que eso se pudo romper y cerrar el círculo hacia el Guayabero y El Pato. Porque la columna de marcha se dividió en dos: una se quedó en el sitio para donde iba y otra siguió buscando el tal Nudo de Los Andes, que encontraron hacia los lados en El Pato y Balsillas.

El Duda se volvió un bolsón donde se podía vivir y trabajar. A nadie le interesaban esas tierras por lo quebradas y encerradas. La persecución del ejército no llegaba hasta allá. El oriente del Tolima se perdió, pero la gente, que era lo importante, sobrevivió desplazándose hacia El Duda, el Guayabero y El Pato. Con la amnistía del año 59 todo ese personal que habían tenido represado se soltó montaña abajo y fundó un círculo al pie de la cordillera, desde el Ariari hasta el Guayabero y desde el Guayabero hasta el Caguán.

En la guerra no sólo se camina mucho, sino que se vuelve a pasar por donde se ha pasado o por donde se ha peleado. Del Coreguaje me echaron para la Cordillera Central, para la cuna de Marulanda, que me había cogido mucho cariño y que me recordaba desde la travesía del año 65 por el Sumapaz. Me habían nombrado por conferencia comandante de guerrilla y tenía mando sobre veinticuatro unidades. Nos metimos el viaje a pie, llevando unos fusiles: de Vegalarga en la Cordillera Oriental a Roncesvalles en la Central. De ahí a Cumbarco, donde establecimos el comando y nos regamos a trabajar por toda la región: Ceilán, Génova, Sevilla, Bugalagrande, Palmira.

Bajamos bandera, principiando el año 78, con una operación a pistolazo limpio contra un retén de policía instalado en un punto llamado Canán. Hicimos inteligencia, determinamos la rutina de la policía y un día que venían de bañarse les rapamos los fusiles con las armas cortas que cargábamos y nos abrimos a tiro limpio. Recuperamos dos carabinas M1, que no era mucho, pero era un plante propio. La gente no nos respaldó. Nosotros estábamos acostumbrados al apoyo de la población. En el Quindío, como habían dejado de pelear tantos años, se volvieron sapos. Nos dieron dedo y tocó ponernos pilas y comenzar desde el principio con el trabajo sicológico. Adelante mandábamos a un grupo civil, con tres escopetas y un par de granadas, a que hablaran con los vivientes; después mandábamos una comisión uniformada como el ejército, con armas largas, botas e hijueputazos. Todo en regla. La mayoría de la gente sapeaba y decía por dónde, cuándo y cuántos. Entonces ahí les decíamos que éramos de la guerrilla. Como era gente rápida de mente que, como dicen, le volaba al mosco, cambiaban de idea y en ese cambio nosotros sembrábamos las ideas que defendíamos. Pero les advertíamos, eso sí, que la siguiente cagada la castigábamos con el fusilamiento.

Nos vimos obligados a ser muy drásticos porque el ejército se mantenía detrás de nuestros pasos; nos apretaba mucho. Dormíamos en el destapado porque era un peligro confiar en la población civil; era poco amable y poco solidaria. Llegaba uno a las fincas y no le daban ni aguadepanela. Tocó financiarnos con secuestros. No los llamemos de otra manera. Arrimábamos donde un ganadero bien acomodado a pedirle colaboración y no alcanzábamos a recibirla cuando con la otra mano estaba llamando al F2. Para evitar eso tocaba cargarnos al paciente. Una lucha muy dura. Vivíamos pobres y perseguidos que ni que anduviéramos haciendo el mal. Era que todos los dueños de finca eran cafeteros más o menos acomodados; los viejos no querían saber de una nueva violencia; los jóvenes estudiaban en Cali, Tuluá, Armenia y eran señoritos. Los pobres eran recolectores que nada tenían en la región, que no creían en nadie ni en nada y les daba lo mismo cualquier cosa. Peligrosos porque el ejército los usaba mucho.

Con todo nos mantuvimos, crecimos, nos armamos. La táctica del

pistoletazo para conseguir fusiles nos dio varios, hasta que la policía se atrincheró en los puestos. La misión nuestra era hacernos a una región que Marulanda consideraba muy estratégica. Lo es. Al cabo de un tiempo nos llamaron del Secretariado. Dejamos la causa en obra negra.

Cuando volví al Secretariado, Joselo acababa de salir de un cerco que le habían tendido en el Coreguaje y que duró varios meses. Mataron muchos compañeros. Hubo días en que estaba prohibido hablar porque se pasaba por debajo de las piernas del ejército. Hasta zapatos tuvieron que comer. En esa misma época acompañé a Manuel a una escuela especial que llamaban La Móvil, y al final me enviaron nuevamente al Guayabero como mando de una operación grande en la que se iba a ensayar una nueva táctica ofensiva. Teníamos comando en Puerto Crevaux, a mitad de camino entre La Uribe y el Alto Guayabero.

La misión era contrarrestar un gran operativo ofensivo del ejército llamado Operación Cisne Negro. Comenzamos nosotros con ciento veinte hombres a montar lo que se llamó el Plan Chiquito, tapando los caminos que salían de La Uribe al Guayabero por La Julia y Oriente. Hicimos una red, pero el ejército dio en no pisar caminos sino en andar a campo traviesa. Cuando acordábamos, estaban al lado de nosotros asaltándonos. Entonces estudiamos la cosa y pusimos en marcha la segunda parte del plan, que era tomar nosotros la iniciativa y concentrarnos alrededor del séptimo frente de La Móvil y de una unidad que mandaba Argemiro Martínez. La orientación era mantenernos en continua movilidad hasta que el ejército nos contraatacara para así ubicarlo y luego concentrar fuego contra él. Un 18 de agosto se hizo contacto a las seis de la mañana con una patrulla en el sitio donde las guacamayas habían atacado al Mono Mejías; se llamaba, precisamente, Guacamayas. En tres horas se copó el objetivo y se rindió la patrulla de veinticuatro unidades. Hubo tres muertos y dos heridos. Los demás rindieron armas. Se enterraron los muertos, se curaron los heridos y se les dio avío y ropa civil para que salieran de la zona. La prensa dijo que nosotros habíamos devuelto los soldados en calzoncillos. Es posible, porque esa selva es muy brava. Nosotros

los largamos vestidos con lo que encontramos, pero vestidos. Fue la primera vez que en una ofensiva táctica se reducía y cazaba el ejército en una operación al descubierto.

Nos costó caro porque el revire del ejército fue bombardear toda la región del Alto Pato, Balsillas y Guayabero. A la gente que vivía y trabajaba en esas tierras le tocó salir hacia Neiva a denunciar los atropellos y a guarecerse de los bombardeos.

IV
Melisa

«Pase lo que pase, de aquí no me muevo», dije, y me senté. Me senté como si hubiera nacido ahí, en ese sitio, debajo de una cocora altiva desde donde se ve toda la hoya del río Palo hasta Santander de Quilichao. «Sentarse a llorar no es un buen principio cuando se ingresa a la guerrilla», pensé, cuando en esas me volvió la vida al cuerpo. «Si yo tengo que acostumbrarme a estas montañas —dije—, ellas tendrán que acostumbrarse a mí. No hay caso de ser lo que no se es».

Esa mañana habíamos salido de la terminal de buses de Ibagué y casi dormida había llegado a Santander. Allá me dejó Villafañe en manos de un compañero campesino llamado Bagazo. Corto de palabra, lo primero que dijo fue que con la ropa que llevaba puesta no iba a llegar a ninguna parte, y sin más explicaciones fue a comprarme unas botas de caucho, un pantalón caqui y una camisa habana. Quedé como disfrazada de Añoviejo: todo me colgaba, porque al compañero no le importaban las tallas sino los colores. Por eso me hizo dejar mis *straples* rojos, mi falda amarilla y unas sandalias nuevas que acababa de comprar. Cuando me miré en el espejo comencé a llorar, a llorar como una huérfana. Tenía por costumbre arreglarme frente al espejo el uniforme militar que me ponía para jugar con mi papá «al desfile». Él había estado en el ejército y guardaba todo lo que lo había hecho feliz en el cuartel: uniformes, condecoraciones, pistolas. En ese mismo orden me ponía sus recuerdos. Cuando ya estaba lista, él me revisaba muy despacio, toda, de arriba a abajo. Sentía su mirada recorrerme buscando una falla, y esperando que comenzara a darme voces de mando. Entonces yo no me cambiaba por nadie. Era feliz.

Mi papá había alcanzado a ser sargento primero en el ejército. Le

tocó la violencia dura en el Quindío, y a veces nos contaba las peleas con la chusma y los encuentros con el propio Tirofijo, en el Páramo de Las Hermosas. Poco le gustaba hablar de esto porque era dirigente sindical y porque sabía que mi mamá recibía gente del monte en la casa.

Frente al espejo comenzaba el desfile. La alcoba, cerrada con llave y asegurada por dentro con una falleba, se convertía en un patio de armas, y una silla en la tribuna principal, donde él se sentaba a mirarme y a mandarme. Desde la posición de firmes pasábamos por todas las voces, y si lograba obedecerlas bien y hacerlo con lo que él llamaba «arte marcial», me premiaba dejándome tocar su pistola Colt 45 de la Policía Militar. Cuando terminaba el desfile, él guardaba con cuidado entre un paño negro el arma y yo colgaba con mucho respeto el uniforme.

Con mi mamá, en cambio, hicimos otro mundo, más real, más duro. Los amigos que venían a visitarla, siempre oliendo a humo, eran también mis amigos. Llegaban a la casa embarrados y sudados y nosotros les dábamos una muda limpia, recién planchada, que siempre teníamos lista. Duraban pocos días, hablaban poco y se iban por donde habían llegado, sin decir ni adiós ni hasta luego, cosa que me molestaba porque unas gracias no le quitan nada a nadie. Yo no sabía quiénes eran, pero de verlos tanto tampoco me importaba.

Un día mi mamá me llevó al Parque Santander en Neiva, donde vivíamos, a una manifestación. Dábamos vueltas y vueltas refundidos entre la gente, hablando pendejadas, hasta que alguien gritó: «¡Ahí llegan!». Entonces nos juntamos y comenzamos a cantar el himno nacional. De una Radiopatrulla bajó Humberto Moncada, que venía esposado. Alguien le dio un clavel rojo y él lo levantó, haciendo con la otra mano la V de la victoria. Humberto era uno de los amigos de mi mamá, y ese día, por primera vez, supe quiénes eran.

Los juegos con mi papá y los amigos de mi mamá me hacían sentir diferente a todas mis compañeras del María Auxiliadora. Ellas vivían hablando de sus novios, de los carros de sus papás, de los zapatos y los vestidos para las fiestas, y yo para eso no tenía cupo. Tampoco para aprender lo que me enseñaban las monjas. En ese colegio yo sobraba.

Así que la monté para que me cambiaran a un colegio nacional, al José Eustasio Rivera, donde tenía amigas que, por lo menos, se vestían como yo. Después de pelear y pelear, mi mamá aceptó el cambio.

En el nuevo colegio había consejo estudiantil. Yo comencé a colaborar porque mi papá me había explicado de qué se trataba el cuento. El era dirigente sindical de los ferrocarriles y creo que hasta trabajaba para el partido comunista. Sacamos una cartelera denunciando las injusticias de los profesores, discutiendo el contenido de las materias y denunciando el imperialismo yanki. Yo era la encargada de conseguir recortes de fotografías para ambientar el mural y así me fui resbalando en este mundo. Me sentía segura porque tenía mis cartas escondidas: los uniformes de mi papá y los amigos de mi mamá. Me gustaba vivir el juego de tener dos vidas: la de estudiante y colaboradora del consejo estudiantil, y la otra, que no nombraba por su nombre para no quitarle el misterio que tenía. Cuidaba mis dos vidas para no dejar que se enredaran.

Los desfiles con mi papá progresaban. De los uniformes y las historias sobre la violencia pasábamos al manejo de armas. Me enseñó a desarmar la pistola hasta que llegué a hacerlo con los ojos vendados y así ascendí, en el escalafón que teníamos, a cabo segundo. Por el otro lado, mi mamá me mandaba los domingos, que era el día de visita conyugal, a ver a sus amigos presos en la cárcel. Había que llegar a las tres de la mañana para hacer cola. Se entraba sin calzones, para que con sólo levantarse la falda nos dejaran pasar sin tocarnos.

Humberto era un duro. Muy respetuoso. Yo le entregaba la carta en la celda, él la leía con cuidado y la respondía. Mientras tanto yo miraba su altar: recortes de la revista *Unión Soviética* pegados en la pared, con fotos de Marx, Engels, Lenin, trigales de Ucrania y edificios de Moscú.

En el colegio me nombraron representante de quinto año al consejo estudiantil. Me sentía Presidente de la república. Mi primera tarea consistió en ayudar a organizar una manifestación, junto con la gente de la Universidad Surcolombiana, para protestar contra los bombardeos que el ejército estaba haciendo en la región de El Pato, Balsillas y Guayabero. Fue una manifestación muy bien organizada.

Salimos del colegio en fila de tres en fondo hasta la carrera quinta, donde nos encontramos con la gente de la universidad. Llegando al monumento de La Gaitana un piquete de policía nos cerró el paso. Veníamos coreando consignas contra el rector, contra el gobernador, contra el imperialismo yanki y en favor de las residencias. Al detenernos la policía, fuimos rompiendo filas y amontonándonos para oír lo que los dirigentes discutían con el coronel cuando de golpe cargaron a garrote. Todos corrimos hacia atrás y comenzamos a sentir las bombas de gas lacrimógeno que pasaban raspándonos. Una de ellas le dio en la cabeza a un pelado que corría cerca a mí. Oí su grito. Me devolví y el muchacho estaba sangrando. Lo alzamos y lo sacamos del tropel. Nos dimos cuenta de que el golpe le había sacado un ojo. Pedíamos a gritos una ambulancia. Nadie nos ayudaba hasta que llegó la policía, alzó con el muchacho y de paso con todos con los que estábamos con él.

Fuimos a parar todos a la estación, incluyendo al del ojo, que estaba en las últimas, o así nos parecía. Les gritábamos a los tombos que no fueran asesinos, que atendieran al herido. Ellos nos respondían que nosotros éramos comunistas y chusmeros. Por fin, cuando ya no había nada qué hacer, cargaron con el pelado para el hospital. A nosotros nos reseñaron, pero a la mayoría nos tuvieron que soltar porque no habíamos cumplido los dieciocho años reglamentarios.

En la estación nos habían plantoneado durante casi seis horas. A mí me había tocado al lado de un compañero de la Surcolombiana llamado Carlos. Estudiaba química y en vez de maldecir y de insultar a la policía, recitaba pedazos enteros de *Juan Salvador Gaviota*, un libro que yo conocía muy bien porque lo leímos con mi papá. Cuando comenzaron a soltar a los menores, él me pidió que llamara a un número y dijera simplemente «Carlos está preso». El sabía que lo iban a dejar porque lo tenían fichado. Así fue. A la salida llamé por teléfono y dije lo que tenía que decir. La mujer que me contestó me pidió el favor de volver a llamarla al otro día. Muy intrigada así lo hice. Me preguntó que si nos podíamos ver. Le dije que sí, que claro. Sagradamente cumplí la cita. Ella me tenía que identificar por una boina negra. Casi no pude dormir la noche anterior, del goce de tener

que conseguir una boina negra y de ir a una entrevista tan rara. En la calle, esperándola, sentía que todo el mundo me miraba. Después de un rato se me acercó una mujer muy fea: no se parecía a la voz que me había hablado por teléfono, pero de todas maneras me puse a sus órdenes, y órdenes fue lo que me comenzó a dar, sin más ni más. Me dijo que si yo podía ir a la cárcel donde habían trasladado a Carlos a llevarle un mensaje. Respondí que sí, que yo podía hacer eso. Me dio un bodoque de papel envuelto en cinta pegante, me pidió mi teléfono y quedó en llamarme.

Yo fui a la cárcel y le entregué a Carlos el correo. Era un hombre muy claro. Tenía los ojos altos, como con algo muy importante qué decir. Era suave. Me pidió que volviera. No quise hacerlo hasta cuando pensarlo se convirtió en mi noche y en mi día. Lo acusaban de ser enlace de la guerrilla y le montaron un consejo de guerra. Yo no entendía mucho, pero me parecía muy interesante lo que pasaba. Comencé a visitarlo cada domingo. Dejé de ayudarle a mi mamá con su Humberto y me dediqué a lo mío. Me volví correo entre Carlos y su gente, que era gente del Eme.

Un día dijeron que si yo quería ayudarles en firme. Les contesté que sí, que estaba destinada —porque así lo sentía— a esa vida. A Carlos le saltó un resplandor a la cara cuando le conté que había tomado la decisión. Me habló muy lindo de la revolución, del deber, del futuro. Con él todo era claro.

A los pocos días la señora fea me dijo que si quería podía ir a hacer prácticas con los muchachos. A pesar de que ella no me gustaba por lo seca, quedamos en vernos en la estación de los buses el viernes siguiente a las dos de la tarde, «vestida —me dijo— como si se fuera de paseo al río Bache: con ropita vieja». En la estación cogimos un bus para Palermo y de ahí caminamos, ya con unos muchachos que nos esperaban, hasta un punto llamado Palo Seco. El entrenamiento resultó muy aburrido. Por lo menos para mí, que esperaba algo que tuviera que ver con la guerra, con las armas, con el valor, con el misterio. Se trataba de correr por la orilla del camino durante toda la mañana y después, ya sudados, de discutir lo que llamaban «La situación concreta de la coyuntura». Esa vez discutimos, o mejor,

discutieron ellos sobre el imperialismo y el petróleo en el Huila. Para mí ese cuento era como de marcianos: ni entendía ni me importaba. Yo me la pasaba pensando en Carlos. A la semana siguiente la cosa se volvió más interesante. Después del «jogging» nos explicaron el mecanismo de las pistolas. Como yo sabía armarlas, quedé de reina. Esa noche me llamaron aparte y me comunicaron que tenía que «pagar guardia». Sentí como si me hubieran nombrado comandante. Para mí era una gran distinción. Me tocaba el turno más difícil, el que después siempre odié: de las 2 a las 4 de la mañana, un turno que cuesta toda la noche, porque esperando la levantada no se duerme y después tampoco, porque a las cinco tocan diana general. Se duerme uno es en la guardia. Esa vez la instrucción fue muy simple: «Si ve subir al ejército o a los civiles, dé la alarma». Yo me quedé pensando que de noche esa distinción era casi imposible, y que además no tenía sentido. Mi relevante era Fernando, un muchacho que en vez de dejarme sola se quedó acompañándome hasta que se cumplió mi turno y luego también, hasta que amaneció. Nos comenzamos a gustar porque en una guardia pasan muchas cosas. Era pequeño pero muy vivo. Yo entreveraba el entrenamiento con las visitas a Carlos. Una semana para cada uno.

Hasta que Carlos salió libre. Entonces me hice su segunda porque él tenía mando en el movimiento. Nos movíamos más de lo que trabajábamos. Él iba a mi casa, donde se hizo amigo de mis papás; íbamos a cine; vimos *Los miserables*; leímos filosofía, que me parecía demasiado mamona. Mi fiebre era el monte, los campesinos que sabían manejar armas. Yo sabía que luchábamos contra la injusticia y eso era suficiente. Pero Carlos, como para provocarme, sólo me dejaba ver por encima, y de lejos. Yo sabía que él hacía cosas serias, se le veía, pero nada, no me daba sino la prueba.

Mi papá, que sabía todo porque yo se lo contaba, era muy comprensivo. Pero mi mamá era celosa, y me peleaba mucho. Nunca supe si porque había dejado de ayudarles a sus amigos, o porque me soñaba una profesional. Ella quería que yo fuera médico o ingeniero, pero yo ya había cancelado ese cuento. Sin embargo, seguí viendo a Carlos y él me trataba como a una niña bien. Me hacía visitas de sala,

me cogía la mano de cinco a seis, y no le gustaba que yo me vistiera —decía él— como un gamín. A él le gustaba la faldita plisada y a mí los *jeans*.

Fernando volvió a invitarme a los entrenamientos. Para poder asistir me tocó hablarle claro a mi papá y él me ayudó, como siempre. Nos inventamos que mi abuela estaba enferma en Suaza y que yo tenía que ir a cuidarla los fines de semana. Volví a quedar en una posición incómoda porque Fernando también me gustaba. Me enseñó los secretos de la carabina M1, me enseñó el mecanismo de las granadas, me enseñó a explotar bombas Molotov. Me pasaba su tensión y pagábamos la guardia juntos.

Un día miércoles, Fernando llegó agitadísimo a contarme que tenía que irse a hacer un reemplazo en un operativo de verdad. Cuando yo oí la palabra *operativo* se me soltaron las piernas. Me tocó sentarme. Hasta ese momento habíamos estado jugando. Como él era tan franco y estaba tan asustado, resolvió contarme de qué se trataba: ni más ni menos que de la Caja Agraria del Guamo. Con tanto entrenamiento no se podía echar para atrás, así que nos despedimos en el monumento a La Gaitana y se fue a cumplir la cita. Me despedí sabiendo que no volvería a verlo. Me quedé prendida del radio. A la una de la tarde anunciaron que habían dado de baja a tres delincuentes que huían con un botín de cinco millones. El carro se había varado y los asesinaron sin que ellos pudieran disparar un solo tiro. *El Espacio* publicó al otro día la noticia y las fotos. Mi mamá puso el grito en el cielo. ¡Yo con ese dolor y ella gritando!

La muerte de Fernando fue motivo de romper con el Eme. Me fui a llorar a Suaza, donde mi abuela, para que mi papá pudiera visitarme. Poco a poco me pasó el yeyo y volví a la casa. En vez de la revolución me puse a hacer carpeticas. No quería nada con nada. Le prohibí a Carlos que volviera a llamarme. Para mí la muerte de Fernando fue un punto aparte.

Duré un tiempo apartada de todo. Ni estudiaba, ni iba a cine, ni salía con los muchachos, y mucho menos trabajaba en el consejo estudiantil. A puros empujones acabé sexto y me gradué, desganada. Mi mamá montó la cantaleta con la carrera. No hacía otra cosa que

ponerme ejemplos con mis primos ricos y con mis primos pobres; con mis hermanos, ambos profesionales, y con mis hermanas, ambas casadas y encerradas haciendo oficio en la casa. Yo la oía como quien oye llover. Pero algo me salpicaba. Me presenté al Icfes porque quería estudiar enfermería a pesar de todo. Pasé las pruebas con muy buen puntaje. Podía así pensar en cualquier carrera. Mi papá insistía en respetarme y me dejó en libertad: «Haga usted lo que haga, siempre será hija mía», decía.

A la casa seguían llegando los amigos de mi mamá. Ella trataba de que no se demoraran y de que poco hablaran conmigo. Pero como los quería tanto, no había nada que hacer. Decidió poner la suerte en manos de Dios, y tal como lo temía, pasó. En una de esas llegó un tal Villafañe. Un negro bien parado él, de bigote y ojos negros brillantes. Me llamó la atención porque vestía una camisa de rayas horizontales y un pantalón de rayas verticales. Lo llamé el señor T. Para mí un cucho. Mal contados tendría unos 35 años. Era un buen contador de historias de guerra, y lo hacía de tal manera que se colocaba de héroe sin mencionarse. Muy astuto. Tenía los dientes separados, y cuando se reía se le veía por ahí, dando vueltas, algo de fiera. Yo sentía que el cuento volvía a comerme. Una tarde acompañé a Villafañe donde el médico. Mientras esperábamos me contó una historia que me hizo reír mucho y que me fue como soltando otra vez. Resulta que la comandancia del frente ordenó la toma de Rionegro, Huila, un pueblo pequeño construido por los militares en los años sesenta para montar una base desde donde pudieran atacar a Riochiquito, república de Ciro Trujillo. Para hacer la inteligencia, el mando había destacado a un par de indígenas paeces que se llamaban dizque Walter y Elizabeth, nombres, claro, de guerra. Fueron, hicieron la inteligencia y volvieron. En el informe dijeron que había varias «trincheras». El ataque se llevó a cabo contando con esas «trincheras». Pero a la hora de la verdad la guerrilla resultó sitiada por un anillo de policías porque las tales «trincheras» eran túneles. Ellos habían confundido las palabras. Por ahí se escapó el enemigo y cogió a los muchachos por la retaguardia. Mataron varios guerreros. Villafañe se reía de esto y a mí me hacía gracia que él tuviera sentido del humor a pesar de lo negro de la

historia.

Así pasó un tiempo. Mi mamá me regaló de grado un viaje a la costa y me fui con dos amigas del colegio. Rumba corrida. Nos reímos mucho, pero yo llevaba una tristeza que no apaciguaba sino haciendo sueños. Creo que en aquel viaje tomé la decisión de acercarme a los amigos del señor T, que resultaron siendo las famosas Farc. En el fondo a mí no me gustaban los comunistas, y menos la gente del partido que visitaba a mi papá para discutir asuntos sindicales. Tenían alegatos que siempre terminaban en borracheras. Los amigos de mi mamá eran la puerta para entrar a la revolución sin pasar por el partido. Cuando volví a Neiva, Villafañe había regresado del monte. Conversamos largo y tendido. Él tenía una manera de ser muy nerviosa, muy decisiva. Cogía las cosas rápido y a pecho, parecía incendiado por dentro. Me contó el cuento de su caída. Una historia larga que duró toda la noche.

Me dijo que por esos días el frente donde él estaba, el sexto, andaba por la región de Jambaló, perseguido por una compañía al mando de un capitán Laverde. A donde llegaba, Villafañe le dejaba un letrerito al capitán mamándole gallo: «A que no me coges, gato ladrón; ven por lana para que salgás trasquilado», frases así. Por fin en una travesía Villafañe se zafó del grueso de la columna y se perdió. Duró a la deriva dos o tres días, hasta que una tarde lo apañaron en un llegadero. Cuando se pellizcó ya estaba emboquinado por más de un cañón. Patadas, culatazos, puntazos con el fusil, hasta perder el sentido. Cuando volvió en sí le preguntaban por la clave de la «cifra», es decir, con el número con que podían descifrar los mensajes del frente. Villafañe dizque dijo: «Bueno, señores, ustedes ganan. Quiero decirles sólo tres cosas: primera, que no hablo sino con el coronel, porque yo tengo ese rango en la organización; segunda, que no confieso ningún delito que no esté contemplado en el código guerrillero y, tercera, que se me olvidaron las matemáticas». La respuesta fue una nueva tanda de golpes, esta vez vendado y colgado de los brazos a una viga. Villafañe exigía hablar con el mando, que al fin llegó: era el capitán Laverde. No recuerdo ahora cómo terminó la historia, pero sé que mi admiración por el hombre crecía y crecía. Yo

no lo notaba interesado en mí. Él me contaba las cosas como para entretenerme. Pero a mí por dentro todo se me iba cocinando, hasta que le pedí ingreso. Le dije: «Si alguna vez resuelven pedir mi militancia, yo diría que bueno». Parecía una declaración de novia. Villafañe no me respondió nada. Su silencio, bien pensado, me dio rabia y al mismo tiempo aumentó mi gana. A los tres meses volvió el tipo y me dijo que se había aceptado mi solicitud, y que —si todavía estaba dispuesta— nos iríamos el domingo siguiente el Día de la Madre. Me quedaban cuatro días para arreglar mis cosas, decirle a mi gente y —pensaba yo— hacer mi maleta.

De entrada le conté a mi papá. Él me respondió: «Ay, mija, eso es muy duro; usted no sirve para eso. Si no le gusta hacer oficio aquí, ¿qué va a ser capaz de andar por allá en esos páramos sin comida ni casa? Eso no. Eso déjelo para los que estén acostumbrados a echar pata. Usted ya estudió: salga adelante». «Pero papá —le argumenté—, uno se acostumbra a todo; usted mismo me ha enseñado a querer este país y a buscar una salida distinta a la del hambre y la desesperación, así que yo me voy». «Usted verá —volvió a decirme—. Eso usted sola lo decide. Yo no voy a decirle si sí o si no».

A mi mamá no quise comentarle nada. Pensé que era mejor que me diera el beso y la bendición de todos los días, y así tampoco le dañaba la fiesta de la madre. Desde que Villafañe me anunció el viaje, abrí mi maleta y comencé a echar mis cosas: todo lo que me traía un recuerdo lo echaba. Era un arrume de *blue jeans*, camisas y cinturones, un medio transistor, un costurero pequeño, una máquina para afeitarme las piernas y las axilas, un perfumerito de conchas rosadas, un espejo con tapa de carey, una bolsa de peluche llena de cosméticos; una chompa de piel y otra de cuero, mis tenis rojos y mis botas negras, dos balacas de terciopelo, una sudadera gris que me había regalado mi mamá en navidad y estaba sin estrenar, un álbum de fotografías y un libro secreto, *Juan Salvador Gaviota*; una colección de monitos de «Amor Es», un tulipán de yeso y un estilógrafo que me había regalado mi papá cuando aprendí a leer. En fin, me quería llevar todo lo que dejaba. Cuando Villafañe se dio cuenta, me dijo: «No, usted no va para el convento, sino para el monte. Allá se lleva sólo lo que se es capaz

de cargar, que en su caso —me dijo mirándome las caderas— no serán más de tres kilos. Lleve sólo un blue jean, dos camisas y unas botas. Lo demás déjeselo a guardar a su mamá». Ese «mamá» me sonó como un irrespeto. De todos modos eché algunas cosas y dije: «Si tengo que botar algo, lo hago por allá».

A mi mamá le dejé una carta que decía más o menos que me iba para la guerrilla porque quería hacer algo distinto; que a mí no me faltaba nada en la casa, pero que me creía en el deber de hacer un país donde todos cupiéramos; que me perdonara las lágrimas y las angustias que mi decisión le iba a causar, pero que en el fondo seguía el ejemplo que me había dado. Escogí para terminar una frase que Carlos me había escrito en un memo: ser revolucionario es el puesto más avanzado a que un hombre puede aspirar, y me despedía diciéndole que si algún día yo moría, esperaba que ella fuera fuerte.

El domingo cogimos un bus para Ibagué. Allí nos quedamos dos días mientras Villafañe hizo unas vueltas que a mí me parecieron misteriosísimas. Después nos montamos en un Bolivariano para Popayán, pero pasando por Santander de Quilichao el hombre me dijo: «Aquí es. Llegamos». Villafañe miraba mi maleta pero no decía nada. Yo la cargaba armada de valor. No quería dar el brazo a torcer. Hacía como si no me importara. Cuando nos bajamos me presentó al compañero encargado de llevarme hasta el comando. Yo quedé a su disposición. Me dijo que se llamaba Hugo, pero que le decían Bagazo. Me preguntó cómo me llamaba y le di mi nombre verdadero, Elisa. Era campesino, medio indígena, muy seco. Me sentí de golpe muy ajena a ese mundo en el cual —pensaba yo— tendría que pasar el resto de mi vida. Si la gente por la que estaba dispuesta a luchar era toda tan dura como Bagazo, lo mejor era no esperar a que me dieran las gracias, pensé. Y me reí.

Como adivinando lo que yo pensaba, me dijo: «Usted deja aquí toda su pendejada o no sube». Solté mi pendejada y me monté en el carro que nos esperaba. Pero comencé a llorar loma arriba. Creo que sólo se oía el motor y mi chirimía, y para ajustar comenzó a llover. Llegamos a Tacueyó ya de noche, y sin haberme avisado comenzamos a caminar hasta eso de las diez de la noche. Yo no sabía manejar esas botas, que

además me quedaban grandes. Me caí muchas veces. Bagazo no hacía más que maldecir su suerte. A eso de las diez llegamos a un arrimadero que ellos tenían. Esa noche no pude dormir porque tenía un ojo puesto sobre la respiración de Bagazo. El menor cambio me dejaba sentada en la cama. Pero no pasó nada: el hombre era brusco pero correcto. Amanecimos en un sitio que se llama Santo Domingo, una hoyada llena de palmeras de páramo. Había miles. Es raro ver tanta palma entre la niebla y el frío. De ahí salimos muy madrugados. El camino seguía loma arriba, sin ningún descanso; Bagazo no paraba de caminar. A la hora me comenzó un mareo y unas ganas de vomitar como si estuviera esperando. ¿Pero de quién?, pensaba yo, y por más que trataba de vomitar, no me salía nada. Sólo lágrimas y más lágrimas. Los pies me comenzaron a arder y a pelarse del calor.

Entonces fue cuando decidí que no daba un paso más. Me ranché y cuando pude hablar le dije a Bagazo que me matara. Pero a él le dio risa y se fue. Al rato volvió con un caballo. Yo nunca había montado en una bestia, no sabía qué era eso ni por dónde se cogía. Como las reglas cambiaron, yo cambié las mías y me fui montando en ese caballo terco y mañoso, que siempre anduvo por donde quiso sin obedecerme. Se arrimaba contra los matorrales y contra las cercas; para él el buen camino no era el mío. Por momentos tenía que cerrar los ojos porque cogía por la orillita del camino que daba a los precipicios. Yo miraba eso como un abajo que parecía un adentro, y se me cortaba la respiración. Terminé por dejar que la bestia decidiera por donde coger. Fue el comienzo de una lección que todavía no he terminado de aprender.

Por la noche fuimos llegando a un sitio llamado La Susa. Allá ya estaba Villafañe, que había llegado Dios sabe por dónde. Pedí permiso para calentar agua y meter los pies que tenía desollados, y esa misma noche comenzó el problema. Tan pronto apagaron la vela Villafañe cayó a mi cama. Decía que el me había traído como su mujer, que de otra manera él no habría aceptado el encarte. Le dije: «No señor, yo vine por convicción y no por vicio. Yo no soy de nadie. Ni siquiera soy todavía mujer. Usted es un viejo degenerado», y salí corriendo a meterme en la cama de la compañera que nos alojaba. Ella me

defendió y paró a Villafañe: «Si usted sigue jodiendo —le dijo—, doy la queja al comando para que lo sancionen. ¿Usted qué se cree: la ley? ¡Sinvergüenza!»

Al otro día caminamos hasta el campamento. Caminaron ellos porque yo, una vez que me senté encima del caballo, no volví a decir estos pies son míos. Cuando me bajé, duré un buen tiempo antes de poder cerrar las piernas. La gente —que desde ese momento en adelante yo llamaría compañeros— me miraba entre amigable y burlona. Sin haber podido definir dónde estaba, me presentaron a alguien a quien le decían El Camarada. Yo lo saludé como si tal. Me dijo que me estaba esperando con ganas de verme porque era la primera mujer que venía de la ciudad a integrarse a la guerrilla. Respondí que a la orden, y no alcancé a terminar la frase cuando me pidió el favor de redactar un comunicado, dedicado a los soldados del ejército colombiano, diciéndoles que ellos también eran pueblo. Pedí permiso para quitarme las botas, porque vestida así era imposible escribir una palabra. El Camarada aceptó con un gesto de cabeza. Deduje que el hombre era el comandante, y con el tiempo descubrí que se llamaba Eduardo. Le gustó mucho el comunicado. Entonces me dio la vajilla, que consiste en una olla pequeña y una cuchara; la casa, que es un plástico grueso; el fierro, que en mi caso era un revólver que llamaban «El pierna de pisco», porque tenía el cañón muy largo. Cuando me dio el arma me preguntó cómo quería llamarme de ese momento en adelante. Dije, sin pensarlo dos veces: Melisa, porque admiraba a Melisa Gilbert, que hacía el papel de Laura en *La familia Ingalls*, un programa de televisión que me encantaba. Ella siempre me había gustado mucho por esa sonrisa delgadita que tenía y por ese aire de ensueño. Después me pusieron un sobrenombre que odio: Cancharina.

A El Camarada no quise contarle nada de lo de Villafañe. Fue un error, porque eso le dio a él ventaja. Esa noche me dijeron que tenía que pagar guardia de diez a doce de la noche. «¿Guardia? —dije yo—. ¿Acaso quién va a venir por aquí tan lejos?» El Camarada se rió mucho de mí y como para darme la bienvenida, me perdonó la obligación. Una compañera morenita y bonita ella, que llamaban Liliana, me

enseñó a hacer la caleta y guindamos juntas. Pude por fin dormir de seguido, toda la noche. Me levanté sintiéndome buena, limpia y hasta linda.

A las cinco estábamos formados. Leyeron el orden del día y repartieron la guardia. A mí me nombraron en una escuadra especial que tenía que hacer un recorrido de entrenamiento hasta un sitio llamado El Billar, en el puro páramo. Comenzamos a caminar después de un desayuno con chocolate y cancharina, una hojuela hecha de harina y panela que los guerreros estiman mucho pero que a mí me pareció inmunda. No pensé ni probarla. Traté de botarla, pero un compañero me pidió que más bien se la regalara. Recién hechas, las cancharinas son tostadas, pero con el transcurrir del día se van ablandando, haciéndose rejudas y difíciles de comer. Tardé días, muchos días, para que las famosas cancharinas me gustaran y me demoré mucho más para entender por qué me habían motejado con ese nombre.

A la hora de camino yo ya iba que no podía conmigo. Eran unos barrizales de entrar y no salir, las botas se me hundían y me tocaba sacarlas con las manos, una por una, haciéndoles trocha. El motete me pesaba cada día más. Me daba pena que me viera llorando, toda embarrada y casi sin poder moverme, esa gente que poco tenía que ver conmigo. Eran muchachos buenos, sacrificados, pero muy distintos a mi papá, a mis hermanos, a mis amigos. ¿Qué hacía yo por allá, en ese frío, tan lejos de todo el mundo, andando con gente que no hablaba sino de guerra? A mí me gustaban los uniformes y las armas, pero tampoco tanto. El mando del grupo era un pelado llamado Ciro, muy acomedido, muy buen amigo. Me ayudaba, me daba la mano y me cargaba por ratos el equipo. En una medio bajada me resbalé y recorrí de nalgas lo que me faltaba para llegar a lo plano. Si no fuera vergonzoso, habría sido divertido, porque me sentí en un mataculín, pero el orgullo me robó el gozo. Cuando me estaba levantando, Ciro me dijo: «Compañera, yo creo que usted no está bien hecha para esto. Si usted quiere le digo a El Camarada que le dé licencia para devolverse». ¡Quién dijo miedo! Monté en cólera: «¿Acaso quién es El Camarada para tomar decisiones por mí? Yo soy la única responsable

de mí; yo vine aquí porque quise y me voy sólo cuando yo quiera. Ustedes llevan aquí años, yo apenas voy a completar cuatro horas de marcha». Y me eché al piso a llorar. Ciro no sabía qué hacer ni qué decir. Él estaba acostumbrado al combate, a dar órdenes, hasta a gritar, pero no sabía cómo ni por dónde tratar a una mujer llorando. Se acurrucó a mi lado en silencio hasta que yo me calmé, me ayudó a parar, me limpió la cara con mis propias lágrimas y me dijo: «Bien, compañerita, aquí todos hemos pasado por el primer día».

El recorrido de entrenamiento, que era algo así como un paseo para visitantes comparado con lo que es una marcha, duraba usualmente ocho horas. Esa vez, en todo el día recorrimos lo que los guerreros gastaban sólo dos horas. A Ciro le daba risa. Tuvo que mandar un correo al comando para que no se asustaran. Llegamos al otro día por la tarde. El Camarada me dijo que de quedarme yo tenía que hacer un curso militar porque de otra manera no había caso, me tenía que devolver. Yo pensaba en la cara que me podía hacer mi gente en caso de regresar con el rabo entre las piernas y acepté la solución. Consistía en una travesía de una semana como si estuviéramos en guerra. «Si sale de eso —me dijo el comandante—, se queda. Si no, se va». Formaron el grupo y a mí me nombraron ecónoma. Yo no sabía qué podía ser el cargo. Se trataba ni más ni menos que de administrar la comida. Éramos ocho, de los cuales había tres «ingresos»: dos campesinos y yo, que acababa de llegar. Nombraron a Villafañe como instructor militar; también iba Liliana, lo que me dio alguna tranquilidad. Salimos pues todos muy a las cinco de la mañana de un 18 de mayo.

El primer día pasó como los anteriores, lleno de pequeñas tragedias para mí. Yo ya no cargaba un motete sino un equipo ligero, de travesía, que no pesaba más de diez kilos. Pero para mí eso era casi imposible de cargar después de dos horas. Para aligerarlo mandé hacer en el primer descanso sólo cancharinas. Yo prefería no comer a tener que cargar, y como el ecónomo es autónomo, nadie me reviró cuando vieron que el almuerzo eran puras cancharinas con aguadepanela, para gastar así lo más pesado de almuerzo. Mandé hacer más de la cuenta, pero me libré de peso. El problema fue al día siguiente porque

no había nada para desayunar. Villafañe me cayó encima a cobrar lo que no tenía derecho. Yo lo mandé a comer mierda y le dije que yo conseguiría la harina y la panela, a como diera lugar. Claudio, uno de los muchachos, poeta él y muy solidario, me había dicho que él sabía de una caleta enterrada con todo lo que me reclamaba Villafañe. Convinimos en que Claudio sacara lo que necesitaba y que para reponerlo yo lo mandaba comprar cuando fuéramos a regresar. Todo en secreto. Pero el cucho se la pilló y me destapó la carta sólo para poder pasarse a mi cambuche por la noche sin que yo pudiera protestar. Llegó la noche y, sin embargo, no llegó Villafañe. Se me hizo raro, demasiado raro.

Al otro día, entrenamiento: ande para allá, vuelva por aquí, corra para ese lado, regrese por el otro; arme un arma, desarme otra, vuelva para acá, mire para allá. En esas nos pasamos los ocho días. Villafañe acariciaba su carta. Pero así como era el hombre de malo eran los muchachos de amables conmigo. Me ayudaban, me indicaban, me explicaban. Con ellos yo sentí que valía la pena luchar hasta el fin.

El día del regreso, Villafañe nos reunió en un alto y nos señaló la ruta «Tenemos que bajar hasta el río Palo y volver a subir hasta la cima». Sólo para llegar al campamento por el camino más largo. Yo me opuse. Dije que yo ese viaje no lo hacía ni muerta, que habiendo un camino más corto era pecado usar el más largo. Villafañe se enfureció. Me gritó: «Usted vino aquí a obedecer, no a hacer su voluntad.» Yo le devolví el grito: «Yo vine aquí a luchar, no a ponérselo a usted». Alcé mi equipo y eché por el camino más corto. A pesar de eso llegué al campamento después de Villafañe. Él ya tenía montada toda una historia, pero no le había dicho nada a El Camarada para acumular razones a su favor. Yo me hice la pendeja, pero Claudio, el poeta, me dijo que no lo descuidara porque el hombre era una rata. Así era. Esa noche a él le tocaba relevarme por orden de Efrén, el segundo al mando y amigazo de mi enemigo. Pero no me llamó sino que se me tiró encima, me tapó la boca con la mano y estaba a punto de joderme cuando yo no sé de dónde saqué alientos, ni cómo apareció mi «pierna de pisco». El caso fue que le quemé el primer tiro a boca de jarro. Él, sorprendido, se me separó un instante

y yo le acabé de quemar todo lo que quedaba en el tambor. Tan de malas que no le di ni un solo tiro, por más que le apuntaba al pecho. Yo no sé el plomo por dónde salía o siquiera si salía para algún lado. El caso fue que se me escapó el hijueputa ese.

El escándalo fue el berraco. La guardia me cayó, me desarmó, pero al ver que yo estaba tranquila y que no oponía resistencia, no me amarraron. Al momento llegó El Camarada: ¿que qué pasó, que a quién mataron? Villafañe comenzó a gritar como un animal: que yo lo había tratado de matar cuando él iba a despertarme para la guardia, que yo quería matarlo para tapar lo del entrenamiento. El Camarada mandó detenerme. Yo le dije que no era necesario, que yo no me iba a ir y que sólo necesitaba calmarme para poder explicar todo. Él aceptó y al otro día, a las mismísimas ocho de la mañana, estábamos Villafañe y yo sentados frente a El Camarada. Después de acusaciones y contraacusaciones, preguntas y respuestas, testimonios y contratestimonios, El Camarada llegó a la conclusión de que se debía citar a una asamblea para que estudiara el caso y fallara. Una Asamblea en esas condiciones equivalía a un verdadero consejo de guerra, aunque yo no lo supiera.

En consejo de guerra toma parte toda la guerrilla y cada uno de los implicados nombra, digamos, su abogado defensor y sus testigos. Los mandos no pueden participar cuando ellos están acusados de algo. Este no era nuestro caso, porque Villafañe, aunque tenía mucha influencia y estaba a punto de ser mando, no lo era todavía. Yo escogí como abogado a Belisario, un muchacho que me había parecido muy sano y muy callado, y a Claudio, Liliana y Ciro como testigos. Villafañe nombró sus amigos. La asamblea comenzó a las ocho de la mañana. Yo nunca había estado en algo así. El único público frente al cual yo había hablado era en la cátedra de literatura o en el consejo estudiantil, pero aquí había más de cincuenta hombres reunidos mirándome en silencio, con unos ojos que les salían de todas partes.

Lo primero que se hizo fue nombrar un jurado de conciencia compuesto de cinco personas, el abogado defensor —Belisario—, y el fiscal —un tal Gregorio, que era en realidad el abogado de Villafañe —. Gregorio me acusó de intento de asesinato en la persona de mi

compañero —el hijueputa de Villafañe—, de desobediencia y abuso de autoridad e intento de soborno —por el caso de las cancharinas—. Mi abogado explicó todo tal como había sido: «La compañera —dijo— es una muchacha de la ciudad que acaba de meterse en una experiencia muy dura y desconocida. Ella viene por convicción, pero sin saber de qué se trata esta vida. Villafañe, que fue su contacto, no le explicó con claridad a qué se enfrentaba. Más bien trató de ocultarle la verdad».

Yo protesté. Eso no era cierto, yo sí sabía a qué venía porque había estado en el campamento del M-19 y… No pude seguir de chorro porque un murmullo de risas me interrumpió. El abogado de Villafañe dijo: «Tomen nota, señores del jurado: ella era del Eme, una niñita bien, consentida y peligrosa. ¿Quién la respalda en la organización? ¿Quién la recomienda?», preguntaba, para concluir triunfante: «Nadie».

Volvió Belisario a la carga. Yo comencé a fijarme en él cuando se paró a hablar. Me pareció tan calmado, tan sereno, tan confiado. Me gustaban sus manos, preciosas. Dijo: «Compañeros, es vergonzoso pero hay que decirlo: el compañero Villafañe estaba detrás de la compañera desde antes de que ella tomara la decisión de integrarse a la lucha revolucionaria. La entusiasmó con el monte para que se entregara a él. ¿Pero qué pasa compañeros? A Melisa no le gusta el hombre sino el movimiento. Melisa no está pensando en matrimonio y él sí. Por eso, en el camino, ella lo rechaza y él, ofendido, decide vengarse: primero, haciéndola caer en fallas; segundo, manteniéndole en secreto los reglamentos de la organización; y en tercer lugar, al ver que aun así ella se negaba a quererlo, optó por violarla. Dicho en otras palabras, compañeros, yo acuso al compañero Villafañe de engaño deliberado e intento de violación carnal».

Dicho esto Belisario se sentó y se paró Gregorio, el abogado del diablo, como yo desde ese día lo llamé. Dijo que la cuestión era totalmente diferente, que la coqueta era yo, que yo había tratado de seducirlo a él desde el comienzo y quién sabe con qué intenciones. Ustedes —dijo textualmente— ya han oído que fue del Eme, pero todavía no nos ha dicho qué hace aquí, qué se propone, quién la mandó. El enemigo nunca descansa y menos en utilizar mujeres para

alcanzar sus fines. Ellas son siempre la caída del guerrero y el enemigo lo sabe. Es claro que la compañera Melisa, o la señorita Melisa, es una mujer que nos seduce a todos. Ella es gustadora y lo sabe, sabe la mercancía que vende. Ella trató con su cuerpo y la promesa de… —Gregorio no encontraba la palabra y la gente gritó: «¡Dárselo!»— …de seducir al compañero Villafañe. Por tanto ella es culpable de intento de soborno, seducción e intento de asesinato. Me reservo la acusación de infiltración enemiga para más adelante».

Yo sentía esas palabras como hechas con un punzón. No podía creer que alguien me interpretara de esa manera tan falsa. La persona que describió Gregorio no era yo; me era no sólo completamente extraña, sino que me sentía agredida. ¿De dónde podían sacar semejante mentira y, más aún, atribuírmela a mí? En el fondo lo que me daba rabia era que me atribuyeran intenciones distintas y no reconocieran mi voluntad de lucha.

Belisario acusó a Villafañe de machismo, de abuso de autoridad, «que es en el fondo puro fascismo, una forma, compañeros, de racismo contra la mujer: como Hitler. ¿Ustedes saben quién fue Hitler? El gran enemigo de la Unión Soviética, el gran enemigo del comunismo. Fascistas son los militares y los que odian a los negros, a los pobres, a los indios y a las mujeres».

Puestas las cosas así, la cuestión era política. Fascismo por parte de Villafañe e infiltración enemiga por parte mía. Cada cual con su argumento. Mi problema era otro: me trató de forzar a tirar con él. Yo lo demás lo aceptaba: desobediencia e intento de homicidio. Yo le quemé cinco tiros, todo el mundo los oyó; yo le había desobedecido, todo el mundo lo supo; pero él había tratado de violarme a la fuerza. Así lo dije cuando me tocó el turno. No sé si lo dije así, pero era eso lo que yo quería decir; no sé qué me entendieron, porque a uno los demás lo entienden como necesitan. Esa fue una lección que aprendí ese día: ¿por qué siempre se me olvida? ¿Por qué vuelvo a pensar que soy como yo me imagino?

La pelea duró casi todo el día. Finalmente, en el consejo de guerra pesó una sola cosa con dos caras: que yo era mujer. Ahí estaba tanto el agravante, la seducción, como el atenuante, la debilidad, el esfuerzo.

Que Villafañe me tratara de seducir aun por la fuerza no se le hacía pecado a aquella asamblea de hombres. Liliana lloró durante todo el día. Que yo lo hubiera tratado de matar, tampoco se les hacía extraño porque suele suceder. Lo que no podían aceptar, con o sin intención, era que yo o cualquiera de las mujeres tratara de volver a repetirlo y a generalizarse. «Si cada vez que alguien se lo pide a una compañera ella saca el fierro, las cosas se ponen delicadas en una guerrilla», dijo Gregorio. Belisario se encendía de furia con estos argumentos pero no pudo mostrar y nadie le hubiera creído el hecho de que yo no le había coqueteado a Villafañe. Para todos mi coquetería era una verdad; para unos, los que guardaban la esperanza, era una virtud, pero para los que no tenían la esperanza de que yo se los diera, era un pecado. No había nada que hacer.

El consejo de guerra votó: anuló el intento de homicidio con el intento de violación, pero dejó flotando mi coqueteo y me condenó a hacer públicamente una autocrítica. También aceptó la acusación de desobediencia, atenuada por no conocer los reglamentos, y me condenó a que los leyera en público y me los aprendiera de memoria. Más humillante que útil era la sanción. Villafañe, por su lado, perdió la condición de mando por un tiempo y lo bajaron a simple guerrillero. Para él era muy ofensiva la sanción porque equivalía a que por causa de una mujer él viera cortada su carrera hacia el mando. ¡Él, que ya se sentía comandante!

El jurado confirmó el veredicto del consejo de guerra y dictó sentencia. De entrada me pidieron que me parara al frente y les leyera todo el reglamento. Duré más de una hora. Se citó una nueva reunión para cuando yo me los hubiera aprendido de memoria y estuviera lista para hacer la autocrítica. Salimos maltrechos. Yo estaba agotada y golpeada, pero decidida a no dejarme joder. Se equivocaban los que llegaron a pensar que me iba a devolver o que desde ese día iba a comenzar a repartirlo. Yo salí más firme que antes porque tenía la seguridad de haber encontrado una puerta por dónde entrar: Belisario. Su figura comenzó a darme vueltas y vueltas.

Durante ocho días fui nombrada para la rancha. Yo en mi casa odiaba cocinar; muchas veces no comía por no tener que hacer de

comer. Pero más que la estufa me molestaba el fregadero; lavar la loza se me hacía lo más perezoso, y eso que en la casa, en el peor de los casos, eran diez puestos. En la rancha, aunque no había que lavar la vajilla, había que cocinar para sesenta personas tres veces diarias: cancharina y chocolate al desayuno, arveja verdi-seca y arroz para el almuerzo, y lentejas y maduro a la comida; al otro día variaba: cancharina y tinto en la mañana; maduro y verdi-seca al almuerzo, arroz y lenteja a la comida. De ahí no se salía. Carne se comía muy de vez en cuando. Esto para mí era una tragedia porque había que ayudar a arreglar la res. Es decir, matarla, abrirla, descuerarla, separarla, cortarla, lavarla y, por fin, cocinarla y comérsela. A mí no me gustaba la carne, y menos tener que manosearla caliente, olerla fresca. La ropa quedaba oliendo el resto de la semana.

Pero de la rancha lo que más trabajo me costaba era el arroz. Hacer arroz para sesenta personas sin que se ahumara y sin que quedara como sopa era una corona muy esquiva. El arroz ahumado les suelta la tripa a los guerreros; yo no sé si a todo el mundo, pero en el monte la gente se queja de eso. Un arroz ahumado es un pecado. La primera vez que intenté hacerlo se quemó, quedó sabiendo a humo. Los muchachos no se lo comieron, todos lo devolvieron. Unos hacían unos chistes pesadísimos y devolvían el arroz a la olla; otros no decían nada y hacían lo mismo. No sé qué me dolió más.

Yo vine a aprender a hacer arroz en la primera campaña del Huila, un año después de mi estrene. Habíamos salido de Toéz, en la región de Tierradentro, Cauca, hacia Santa María en el Huila. Se atravesaba todo el páramo del Nevado del Huila por un camino de los indios. Fue mi primera travesía larga y de combate. Yo, claro, ya era otra. Sabía manejar la vida del monte y sabía sobre todo entender a los muchachos, lo que es lo mismo. Sin ellos no hay vida ni lucha ni razón de hacerla. Pasar un páramo es duro: el silencio lo puede a uno ir envolviendo hasta dormirlo. En el páramo hay que andar muy despierto, casi nunca hay enemigos de fusil. El enemigo es ese silencio que a veces se ve correr, llenar las honduras de la cordillera y los huecos que uno tiene. El otro enemigo es el frío que, con la niebla, le va quitando a uno los dedos y las orejas y, poco a poco, las manos y

los pies. Para dormir hacíamos nidos con frailejón, el gran amigo que uno encuentra en el páramo. Eran nidos calientes y suaves, donde uno podía enchiparse y volver a encontrarse poco a poco los pies, las manos, las orejas. Después se quedaba uno dormido, como arrullado por el calorcito, hasta que un compañero lo despertaba para ir a pagar la guardia. Al principio el turno me hacía llorar, pero después era ya como una parte del día que uno metía en la noche.

El paso del páramo páramo, es decir, del sitio donde nacen propiamente las aguas, dura cuatro días. De ahí se comienza a rodar por entre pedregales. Yo les tenía miedo a esas piedras congeladas porque me daba la sensación de que si me tropezaba se me partían todos los huesos del cuerpo, comenzando por el dedo gordo del pie y siguiendo hacia arriba por la piernas hasta llegar a la cabeza. A uno los huesos con el frío se le vuelven como si fuera uno solo.

En uno de esos pedregales enmontados nos mandaron hacer una caleta y enterrar todos los enlatados que llevábamos. Yo me puse feliz porque íbamos a dejar de comer frío, y los muchachos porque eso significaba que iba a haber combate. Como para ellos la felicidad es la pelea con los chulos, se alegraron y así fue. Por la tardecita del quinto día de crucero, nos llamó Ferney y nos dijo que el objetivo era tomarse un pueblo, pero que podíamos escoger entre Santa María o San Joaquín. La mayoría opinaba que Santa María porque era más grande y había billete. Pero otros, los más cuchos, opinaban que era mejor San Joaquín, por ser más adecuado para nuestra fuerza. Los guerreros curtidos y con más experiencia, así no tengan mando, son muy acatados, y Ferney, el comandante, decidió la toma de San Joaquín. Marzo 6 de 1982, mi tercer tiroteo. Ya para esos día tenía yo una M1 que quise mucho porque era pequeña, liviana y muy exacta. Yo la quería tanto que hasta le conversaba en los combates. Ella me daba coraje y hasta llegué a bautizarla. La llamaba Micaela «Ay, ay, ay, Micaela se botó…»

Hecha la inteligencia, definido el día y distribuido el personal del operativo, me correspondía a mí detener a un policía que dormía con su esposa y luego, una vez amarrado el hombre, ir a la plaza del pueblo y encargarme de la arenga. Estudiamos el croquis, repartieron

la gente y a las seis de la tarde salimos a tomarnos el pueblo. Para mí la toma de un pueblo es lo más bonito que puede hacer la guerrilla.

ZONAS RECORRIDAS POR MELISA

Comenzamos a marchar en fila por la orilla de la carretera, cuando de golpe una luz. Todo el mundo a la cuneta. Yo quedé por ahí, encima de alguien. Venía una moto. El grupo de asalto le hizo el alto y al hombre paró: «Tranquilos —dijo, creyendo que éramos del ejército —, yo soy el comandante del puesto de la policía». Belisario, que era muy rápido y comandaba al grupo, lo tramó: «Sí, pero, bueno, nosotros íbamos precisamente a buscarlo». En ese momento el hombre cae en cuenta de que somos la guerrilla y trata de echarse para atrás, pero no tenía cómo. Se puso blanco, le dio una tembladera que parecía que se fuera a desarmar. «Fresco —dijo Belisario—. Charle aquí con la compañera que a usted no le va a pasar nada», y me presentó. Yo no sabía cómo tranquilizarlo, cómo quitarle ese miedo de animalito que lo recorría de arriba a abajo, porque yo estaba también temblando. Le dije: «Tranquilo, compañero, que usted tuvo suerte de encontrarse con nosotros. ¿Dónde podemos conversar? ¿Por qué no hacemos un trato?: usted va y les dice a sus compañeros que entreguen las armas por las buenas, y así no les quemamos ni un tiro. Si ustedes están para cuidar el puesto, lo mejor es que nos entreguen los fierros y nosotros respetamos el puesto». El pobre hombre no oía lo que yo hablaba. Su afán era desdecirse: que yo no soy el comandante del puesto, que yo soy un policía que tengo hijos, que soy pobre, que soy del pueblo. La carreta que se les olvida cuando están de uniforme.

Al rato arrimamos al pueblo. Todo el mundo dormía. Eran como las dos de la mañana y se veía tan pacífico, que daba pena hacer tiros. A la entrada misma nos topamos con una señora sentada al borde de la carretera. Creyó que éramos chulos. Nos dijo que era la esposa del comandante de la policía y nos preguntó si no lo habíamos visto. En ese momento sacaron al hombre y le preguntaron si era el mismo. Ella se atacó: que qué había hecho de malo, que esas eran cosas del ejército que le cargaba bronca a la policía. Se regó esa señora contra el ejército. Todos se reían, hasta que ella me descubrió, vio que yo era mujer y cayó en la cuenta de que éramos la guerrilla. El marido ya lo esperaba; parecía como si estuviera acostumbrado a las cagadas de su señora. Muy tierno la abrazó. Yo les dije: «Tranquilos, compañeros, que ustedes están de buenas con nosotros. Desde que colaboren, no

hay problema». Seguimos.

Estábamos ya en la primera casa cuando nos topamos con unos borrachitos. Los detuvimos. Sin darse cuenta de lo que pasaba, me vieron y empezaron a montarla: «Mamacita, ¿usted tan bonita qué hace metida con esta gente tan fea, tan mal encarada? Mamita, ¿usted es casada o soltera? Usted, mamita ¿cómo va a ser comunista? ¿Usted tan bonita? Deje eso y más bien tengamos un niño». A mí me hacían hasta reír de verlos tan confiados y tan contentos: nos hicimos parte de su rumba sin meternos.

Yo seguía para donde iba. A las tres de la mañana en punto, por reloj, tenía que echar abajo la puerta de la casa del policía que me tocaba y dos minutos más tarde debía tenerlo reducido. La gente se fue repartiendo en sus puestos; yo me deslicé hacia mi objetivo y, faltando dos para las tres, llegué a la casa del hombre. A las tres no sabía cómo hacer, si disparar o empujar. Resolví golpear. Nadie me contestó. Volví a golpear. Nada. Entonces se oyeron las primeras bombas contra el puesto y ya con esa disculpa disparé yo también contra la chapa y entré. El tipo no estaba. La mujer me dijo: «No, si ese hijueputa se queda ahora donde la querida. Vaya a buscarlo allá y más bien me lo trae». Me dijo donde quedaba y salí como un rayo. Justo estaba yo saliendo cuando llegó él armado con una carabina San Cristóbal. Yo llevaba la ventaja porque lo cogí por detrás, le quité el fierro y me lo llevé para la plaza con los brazos sobre la cabeza. Así llegué con mi presa. Ya los del puesto se habían rendido. Me tocaba la arenga, lo más difícil. ¿Qué podía decir después de habernos tomado a tiros el puesto? ¿Que éramos de la guerrilla? ¿Que íbamos a tomarnos el poder? ¿Qué los policías eran una caspa? Todo me parecía tan claro, que no tenía sentido soltar una arenga. Pero para los muchachos la arenga es el triunfo. Sin ella, la acción quedaba incompleta. Me tocó. Ni me acuerdo lo que dije. Lo que sí recuerdo con horror fue el momento en que el megáfono se dañó porque todo quedó en silencio y a mí no me salía la voz. Tuve que hacer el discurso a grito herido.

Salimos del pueblo como a las dos de la tarde, prendiditos porque todo el mundo nos quería invitar a tomar trago. Estaba prohibido, pero tal cual cerveza se aceptaba. Algunos hasta tomaron champaña

que nos ofrecieron. Yo no sé si la gente estaba de acuerdo con lo que habíamos hecho, pero de todas maneras estuvo muy amable.

Recuperamos once carabinas y veinte uniformes, parque y un equipo de radio. El camarada dio la orden de pedir en un almacén lo que cada uno de nosotros quisiera. Todo pago, porque no es bueno enemistarse con los comerciantes, que son los que manejan los pueblos. Se sacaron confites, galletas, lecheritas, muchas galguerías. A nadie se le ocurrió pedir sal, aceite, panela. Además, como teníamos encaletada tanta lata en el páramo y para allá íbamos, nadie consideró necesario remesar como se debe remesar. A la salida nos dividimos en dos grupos; uno que iría adelante y otro que se quedaría atrás recogiendo las cobijas y la ropa que habíamos dejado encaletadas en una casa. Yo iba en el primer grupo. Habíamos andado un par de horas cuando oímos una totazón. Así era. Habían emboscado al otro grupo. Lo dejaron caminar a la casa por la ropa y cuando estaban en eso, les cayeron. Tiros van, tiros vienen. Nosotros estábamos oyendo la cosa cuando en esas, sin saber de dónde ni cuándo, oímos el ruido de dos helicópteros. Más abajo, por la carretera, venían camiones con tropa. La hoya del río Bache es más bien estrecha y descumbrada porque todo eso estaba trabajado. El grupo de la casa logró zafarse pero perdieron a Cristóbal, que se quedó resistiendo para darle salida al grueso. Nosotros teníamos que ganarle un cerro a la tropa porque si ellos coronaban, nos acababan a todos. Entonces comenzó una carrera por llegar a la cima. Ellos por un lado y nosotros por otro. La ventaja de los chulos eran los helicópteros, que nos disparaban si nos metíamos en descampado. Nos tocaba por lo tanto avanzar por donde había monte, haciendo el camino más largo. Yo les quemé varios tiros a los helicópteros, pero como dicen, no le di ni a la madre tierra. El Camarada sí logró hacer diana en un aspa y ya con un solo bicho y a las seis de la tarde, bajos de luz, el otro tuvo que regresar a la base. Pero quedamos de vecinos de la tropa; a una cuchilla de por medio. Esa noche hubo hostigamiento de parte y parte para no permitir que el otro repusiera fuerzas ni huyera. Nuestra ventaja era que conocíamos la zona y así, poquito a poquito, fuimos coronando el cerro. Pero, con todo, no se despegaron y nos siguieron casi durante cuatro días. Para

esa noche yo tenía ya las piernas duras y el estómago seco. No me dolía una muela subir la cuesta más parada. Pero cuatro días de puro combate son un purgatorio. Al final logramos romper el anillo y perdernos en el páramo, y al cuarto día pudimos reagruparnos. Habíamos perdido un compañero, pero tocaba seguir. Todos estábamos detrás de la sal, porque la falta de sal lo pone a uno como a delirar y a pelear unos con otros. Uno está enviciado. Por eso a los paeces les puede faltar todo menos eso. Enloquecen sin ella; se dejaron conquistar y destrozar por causa de la sal. Por esa razón ellos les dan sal a las reses bravas o a los animales que quieren domesticar. A los venados los atraen con sal. Los enlatados que habíamos dejado encaletados en el pedregal los encontramos abiertos como con un abrelatas. Había sido el oso, que tiene una uña muy poderosa. El reguero daba ganas de llorar. Ahí sí nos sentimos derrotados. Pero no había nada que hacer mientras podíamos salir de nuevo a Marquetalia, donde teníamos mucha gente amiga desde los tiempos en que Marulanda anduvo por ahí.

Fuimos llegando bien golpeados. En la primera casa, de una señora llamada Casilda, hicimos arroz, que era lo único que había porque ella era una compañera nacida y criada en el Saldaña. El afán era que el arroz no fuera a quedar quemado. Ella me enseñó el secreto. Primero fritarlo crudo en un poco de manteca con harta sal y, después, como era bastante arroz, había que echarle cada vez menos agua para que no quedara churriento, y más grasa, para que no quedara pegado.

Del consejo de guerra aquel yo salí blandita. Todo me hacía llorar. No quería que se metieran conmigo. Cualquier orden me dolía. La guardia era demasiado silenciosa, la comida demasiado triste y la noche demasiado larga. Yo no encontraba consuelo. Fueron Belisario y Liliana los que me ayudaron a salir de ese hueco donde me habían empujado. A la guerrilla yo había llegado señorita, no conocía ningún hombre. Me gustaban sí, pero para recochar, para rumbiar; eso de acostarme con ellos me parecía cruel. Yo creo que Belisario me sintonizó y comenzó a volverse como mi sombra. Para donde yo iba él iba, pero sin dejarse notar. Se daba mañas para que lo nombraran en las mismas comisiones que a mí, y cuando yo volteaba a mirar, ahí

estaba él haciendo sus cosas, solo, callado, siempre atento a lo que le tocaba. Me comenzó a gustar porque me miraba desde lejos, porque me hizo sentir su deseo antes de que naciera el mío. Él fue como acariciándome con los ojos, sin que yo lo notara. Sentía su mirada como un pozo a donde yo siempre podía llegar y donde siempre era bienvenida. Al principio armó caleta cerca a donde yo había hecho mi casa. No me decía nada. Él hacía sus cosas y yo las mías, pero entendí que estaba montándome guardia contra Villafañe. Me enseñó a guindar, a templar el plástico; me enseñó a hacer nudos: el del ahorcado, el de la huida, el eterno. A caminar pensando y a caminar sin pensar, a jugar con el ritmo de los pies, a cantar sin hacer ruido, a mirar los pájaros antes de verlos. Él sabía mucho y una tarde me di cuenta de que me gustaba porque sabía hablarme, porque me hablaba lo que yo quería oír. Esa misma noche se pasó a vivir a mi cambuche.

Villafañe manejaba muchas cuerdas y cuando pilló que Belisario dormía conmigo consiguió que nos separaran. Nombraron comisión de orden público para San Andrés de Pisimbalá. Eso significaba ir a combatir. A mí me destacaron para hablarle a la gente, que en esos lados es pura paéz. A mí se me desaguaron los ojos llorando la separación, pero al final Belisario me hizo ver que mi deber era hacer la guerra, y a hacerla me fui. Me consolé cuando vi que Liliana salió con nosotros, nombrada a última hora cuando Belisario le hizo notar a El Camarada que era mejor mandar dos mujeres, ya que Villafañe iba de comandante. No sé por qué las comisiones siempre tenían que salir con la última luz, cuando son más tristes los adioses y el otro día es todavía tan esquivo.

Belisario me había prestado su reloj para que me acompañara durante todo el cruce. No era la primera vez que yo iba al combate, pero tenía mucho miedo. Los muchachos lo sabían y se dedicaron a ayudarme. Se me hacían tan valientes, tan sacrificados, tan nobles; capaces de echarse un morral con cuatro arrobas y de agarrarse a tiros con los chulos. Me daban seguridad y yo los quería hasta ser capaz de jugarme la vida por ellos. Caminábamos de noche y descansábamos de día. Había que atravesar una zona muy peligrosa, donde el enemigo sabía anidar y poner huevos.

Una noche, la avanzada descubrió una comisión de chulos cerca a un punto que llaman La Irlanda, un caserío abajo de Tacueyó, que era llegadero nuestro. Eso nos hizo pensar que el ejército andaba de inteligencia y había que golpearlo en las narices. Se preparó el ataque. A mí me tocaba en el grupo que iba a desencuevarlos, a provocarlos para que nos salieran a perseguir y, ya en nuestro terreno, enseñarles a hacer la guerra. Íbamos a sorprenderlos a la madrugada, esa hora en que uno se siente bueno. Comenzamos a tomar posiciones, arrastrándonos sobre la tierra —de cubito dorsal, decían que se decía —, cuando en una de esas mi mano izquierda topó algo blandito, baboso, frío. Solté un alarido corto que se fue derecho a donde estaba la tropa. Un muchacho que iba adelante, para jugar con mis miedos, había dejado una culebra muerta por donde yo tenía que pasar y con mi grito nos encendimos a candela con el ejército. Siempre había tenido miedo de ese momento, pero llegó tan sin pensarlo que no me dio lugar a mirarle la cara; tocó hacerle, prenderme de Micaela y disparar sin dar cuartel. En un candeleo no puede uno estar pendiente de la muerte porque lo matan; hay que poner todas las pilas en salir vivo.

De esa salimos, o salieron los demás, porque yo me fui detrás de ellos y porque cuando ya volvimos a juntarnos, yo estaba metida en la berraca por el grito. Era la culpable del fracaso de la emboscada y de estar en medio del anillo que los chulos nos montaron de contragolpe. Villafañe me hizo ojos de que después arreglábamos y Liliana me dijo, sin hablar, que yo estaba en la olla. Así fue. Tenía encima no sólo el anillo del enemigo —como todos—, sino el de mi propio enemigo. Del primero logramos salir esa noche, pero quedaba el otro. Por mi culpa, por mi histeria, había puesto en peligro la vida de los compañeros y me sancionaron: tenía que servir de enlace en la próxima emboscada y además tenía que recoger un arma larga. El encuentro se preparó para el otro día porque habíamos venido a combatir, nos dijo Villafañe, orgulloso de tener razón y mando contra mí.

La tropa venía avisada. Avanzaba muy lenta, atenta al menor ruido. Pero los muchachos son casi iguales a un animal de monte: se mueven como un felino y atacan sin que el otro sepa qué pasa, así esté

avisado. La columna entró, pasó el retén y cuando estaba en el centro de nuestro campo, sonó el primer disparo, como un zurriagazo, seguido de un silencio que me heló. Luego nos engarzamos en un candeleo que duró dos o tres minutos, pero que a mí se me hizo un tiempo tan largo como para ir por la carabina, volver a taparme y vaciar el cargador con que venía. De esos dos anillos yo salí hecha, o por lo menos así me sentía.

La Irlanda es un balcón sobre Tierradentro. Desde allí se miraba todo el movimiento de la tropa y nuestro propio camino. Yo iba feliz, acariciaba el arma que me había ganado y el mundo me parecía abierto. Liliana no pensaba lo mismo. La noté reservada. No atisbaba yo a comprender por qué ella no compartía mi corona, y como esa noche era mi reemplazante en la guardia, me dijo que me iba a contar un cuento largo y que buscáramos la manera de estar un buen tiempo juntas. Era la primera vez en aquella comisión que dormíamos de noche. La gente estaba cansada y ya andábamos fuera del área de combate.

Resulta que hacía dos años una punta de guerrilla había llegado a una región muy mentada, Mosoco, un páramo alto, cruzadero nuestro y del Eme y resguardo de los indígenas paeces. Era un punto importante para todos y el ejército, según contó Liliana, buscaba atacarlos siempre ahí. La gente nuestra venía comandada por un tal Víctor, que andaba detrás de mi amiga. Nunca lo dijo, pero ella lo sabía. La guerrilla arrimó, como siempre, a la casa de una hacienda llamada El Saladillo, administrada por una colaboradora nuestra, Ruth, bonita y bien hecha y algo suelta. Por eso los hombres la querían hacer pasar por puta, aunque anduvieran golpeando su puerta todas las noches. Ruth, como Mosoco, era un centro al que todos llegaban y por eso manejaba mucha información.

Todo fue llegar y Ruth se le puso a la pata a Liliana para venderle una pistolita Beretta, harto bonita. Pedía cincuenta mil pesos porque estaba nueva. La negociaron, pero Liliana no le comentó la compra al camarada Víctor, que se dio cuenta cuando ya mi amiga la tenía empretinada. Mal hecho. Sobre todo porque le puso el estribo para montarla de indisciplina. Ruth, cuando vio que las cosas iban para

mal, llamó a Víctor y le dijo que no fuera cobarde, que cómo así que se la iba a montar a Liliana, una niña bisoña que acababa de ingresar. Que si quería mujer estaba ella misma y que si quería mando se lo ganara peleando. Ruth le aclaró que la pistola se la había dado a guardar una gente recién llegada a trabajar en la hacienda, que ella sospechaba eran informantes del ejército. Que cogiera más bien por ese lado y no jodiera. Así fue. Por ahí cogió la cosa por lo menos en ese momento.

Víctor mandó puestear a los sospechosos. Primero llegaron dos. Venían inocentes, conversando como si tal cosa. Los amarraron sin preguntarles la hora. Ellos se reventaron rápido, antes de que arrimara el otro, que era el jefe. Contaron que eran informantes, que el ejército les pagaba, pero no habían pasado todavía ningún dato. El hombre clave era el que faltaba, Efraín. Víctor se pilló de entrada que era la oportunidad para acabar de abrochar a mi amiga y la mandó detener al hombre. Se puestearon ella y otro compañero a la entrada del camino cuando a eso de las seis y media de la tarde, entre claro y oscuro, llegó Efraín: venía silbando sin saber a dónde caía. Cuando Liliana le apuntó, el tipo dio un salto hacia atrás y comenzó a sudar, trató de correr pero ya era tarde porque el compañero le había echado la soga al cuello. Al golpe comprendió todo. Como era bien plantado y seguro además de su pinta, comenzó a hacerle ojos a Liliana desde el mismo momento en que se sintió pillado. Pero ella estaba sorda porque andaba borrando la falla de la Beretta. Víctor, que era tan jodido y tan atravesado como Villafañe, le ordenó a la compañera que investigara a Efraín. Ya los otros dos no estaban, se los habían llevado, y Liliana comenzó a sospechar para dónde. Como era una zona militarizada, no era difícil saber el final de los sapos. Pero se hizo la pendeja con ella misma y siguió para donde iba. «Compañero —le dijo a Efraín—, vamos a hacer un negocio: usted me dice todo y yo lo suelto». En esos casos uno es autónomo de hacer el trabajo como le parezca mejor, y como la habían mandado a hacer una inteligencia, ella lo inició por donde le pareció. Él le reviró diciéndole que más bien al contrario. Claro, le notó la bisoñada, porque eso en todo se nota y quiso saltar más largo de lo que Liliana podía dejarlo. Así no

había trato. Ella comenzó a soltar. Entre pregunta y pregunta él trataba de hacerle también inteligencia a ver ella por dónde abría una hendija, pero Liliana, como tenía la cagada de la pistolita, no podía ceder a los ojos del otro. Él contó que los había contratado el batallón sólo para pasar información del Eme y que le pagaban treinta mil pesos a él, porque era más curtido y había sido cabo; al otro, más joven, le daban veinte mil pesos, y al tercero las gracias porque era efectivo. Vivo el hombre, preguntaba antes de que ella pudiera hacerle una nueva pregunta: «¿Y usted compañera, cuántos hijos tiene? ¿Y su mamá quién es? ¿Y su casa dónde queda?» Todas cosas que le llamaban a ella el corazón. Pero Liliana no daba el brazo a torcer y seguía: «¿Cada cuánto van al Batallón? ¿A quién le entregan el informe? ¿Cuántas veces han ido? ¿Qué han dicho?» Efraín contestaba y no había terminado cuando volvía a la carga: «¿Y su novio cómo es? Cuénteme, ¿usted dónde estudió? Porque usted es estudiada, ¿cierto? A usted se le nota en los ojos el buen corazón». Ella no cedía: «¿Por dónde han andado? ¿A quién conocen? Dígame nombres, dígame dónde están las armas». Las cosas se ponían cada vez más serias, hasta que él le dijo: «Bueno, compañera, yo ya le he contado todo, ahora usted suélteme. Como revolucionaria, usted no puede faltar a la palabra». Era cierto que el tipo ya había contado todo y Liliana se fue a donde Víctor a darle el parte. La inteligencia había sido efectiva y había que proceder a soltar al detenido. Víctor no le respondió nada sobre esto, pero le dio la orden de inmovilizarlo en un palo y abrir un hueco mientras ella acaba de establecer con qué gente trabajaba en la región. Liliana que comienza a preguntar, Víctor a cavar el hoyo y Efraín a orinarse. Dizque decía: «¿Verdad, compañera que usted no ha matado a nadie? Compañera, usted con esos ojos no es capaz de matarme, ¿verdad?» y volvía: «Compañera, piense en sus hijos, en su casa, mire que no se vaya a echar la sangre de un hombre encima. Yo no le he hecho mal a nadie, yo soy un hombre del pueblo, como ustedes; yo tengo familia, compañera, reflexione; no se unte de mí. Mantenga sus manos limpias». El otro seguía cavando, cavando como si nada, y Liliana comenzó a sentir que no sabía para dónde coger: la voz como de rezo de Efraín y los golpes a la tierra de Víctor la estaban

volviendo loca. Así, hasta que Víctor dejó de hacerle al azadón y entonces el otro comprendió que le tocaba y que la compañera nada podía hacer. Trataba de soltarse; comenzó a gritar; se volvió loco. Víctor llamó a Liliana aparte, le dio un cuchillo que cargaba y le señaló el sitio exacto: cuatro dedos abajo de la paleta izquierda, hacia abajo y hacia el centro. De un solo envión.

A esta altura del relato, Liliana comenzó a llorar. Yo trataba de animarla dándole golpecitos en la espalda, hasta que me di cuenta de que no era el sitio para consolarla. Entonces le acaricié la frente. Ella continuó: «Pero lo peor estaba por pasar. Poco después el demonio ese me mandó arreglar, con el mismo cuchillo, una res que había conseguido. A la hora de la comida me lo pidió y, con una sonrisita que ya nunca más dejó, comenzó a partir su ración, mirándome y como haciéndole cama a un secreto que me ponía a su disposición. En parte lo logró, porque fueron tal el dolor y la vergüenza que comenzaron a perseguirme, que sólo con él encontraba la calma. Me miraba tan mala y tan negra que sólo con él me sentía persona. Él había coronado».

Después de oír el relato de Liliana me fui de matrimonio con Belisario. Él habló con El Camarada y consiguió licencia para ser su socia, es decir, su mujer. Así evitábamos que nos nombraran en comisiones separadas y yo me defendía del acoso de Villafañe. Por aquellos días se estaba trabajando muy en serio la región del río Paéz y hacia ella nos mandaron en una comisión comandada por Efrén; segundo al mando, Otilio, y tercer reemplazante, Belisario. A última hora nombraron también a Liliana, que estaba medio enferma, medio quejosa, con ganas de reventarle un paludismo. Ella casi no se embarca, pero como siempre, al ver que yo era la única mujer que iba, aceptó. Nos desplazamos hacia Belalcázar a trabajar con los indios paeces.

A mí me tocaba darles charlas políticas. No era fácil porque son gente quisquillosa, que mira al blanco como por entre una hendija, y aunque todos hablan el castellano, cuando uno llega de afuera no entienden sino paéz. Había un mar de dificultades para poder acercarme a ellos. No sólo por la lengua sino por la comida.

Consideran que si uno no come de su comida no es su amigo, había que comenzar por ahí. La cosa con ellos era comiendo y no había salida. Si ellos no lo veían a uno mascando no le oían. Eso fue un problema grande, porque a mí no me pasaba lo que ellos preparaban. Por fortuna para mí, tenían muy poquito para comer y me servían un untado, pero yo duraba frente al plato horas buscando un descuido para poder echarle la comida a un perro. Belisario me peleaba dizque porque yo era una pequeño-burguesa, ¿pero yo qué podía hacer si a mí el mero olor me provocaba náuseas? En toda cocina había un hueso medio carnudo que dejaban engusanar para darle al caldo más sustancia. Entonces todo sabía a cadáver. Yo le hacía por los laditos al maíz y al plátano y lo pasaba con agua, una costumbre para ellos muy rara porque ellos toman sólo chicha. A mí la chicha me daba dolor de tripa porque yo llevé a la guerrilla mi úlcera. Pero para los indios no tomar chicha era un pecado más grave que no comer. Para medio compensar y tratar de demostrarles que no era por antipática, vivía pidiéndoles tinto. Ellos no pueden vivir sin café; lo toman todo el día; es como un vicio, como la hoja de coca. Los muchachos me molestaban mucho y se gozaban mi problema. Mientras yo sufría, ellos comían y se relamían los dedos. Yo les decía que eran unos hambrientos capaces de comerse las manos a sabiendas de que les hacían falta. Ellos se reían y seguían comiendo como si nada.

Yo pensaba: si con los indios hay tanta diferencia en la comida, ¿cómo será en la política? El día y la noche. Si no nos poníamos de acuerdo en cómo hacer un caldo, mucho menos en qué andábamos buscando juntos. Ellos consideraban que todo lo que estaba en manos de un blanco era un latifundio, así tuviera dos hectáreas. Nosotros no pensábamos así. Un colono es más colono que blanco y tiene, por ser trabajador, derecho a la tierra. Nosotros sosteníamos que había que recuperar la tierra contra los latifundistas y no contra los colonos. Fue en el fondo lo que no nos permitió unir fuerzas con el Quintín Lame.

Como yo poco comía y me daban náuseas cada vez que veía los gusanitos flotando en el caldo, el comandante Efrén, llave de Villafañe, que por eso tenía la misión de joderme, comenzó a montármela diciendo que yo estaba embarazada. Todo para poder

separarme de Belisario, porque si yo estaba esperando, me mandaban a una zona menos expuesta. No me gustó el argumento porque me mostraba el plan en que andaba el mando. Belisario y Liliana se la pillaron también, pero no había nada que hacer, salvo tratar de alargar el tiempo para mostrar que mi barriga no crecía.

El frente andaba muy pobre y tocó meternos en un asunto de las finanzas. Una comisión fue y se cargó a un ganadero de Miranda. El hombre llegó demolido, muy mal librado, y yo era la encargada de cuidarlo. Me le puse a la pata. Primero había que darle confianza en que se le garantizaba la vida y en que nosotros no íbamos a faltar a la palabra. Segundo, había que darle ánimos para que no la pasara tan mal. Para mí un detenido es siempre un detenido y el sufrimiento no tiene rebajas políticas. Era un hombre de cincuenta años, casado, dos hijos. Muy fino en el trato y buen conversador. Yo dije: si ha de estar con nosotros, que se lleve un buen recuerdo. Me dediqué a atenderlo tanto, que Belisario se puso celoso. Demasiado celoso. Ese era su defecto. Una vez que la cogía por ahí, no tenía vuelta de hoja. Yo le aclaré que a mí me servía atender el caso porque así yo tenía que cocinar y no me tocaba seguir tratando de comer esa comida paéz, que me tenía a tiro de deserción. Volví pues a comer como en la casa: papas fritas y huevito. En comida para el caso no se escatimaba y yo me colinché en esa licencia. El hombre, por su parte, me comenzó a coger cariño. Yo era la luz de su día. Escribía mucho y me pedía que le consiguiera lectura. Yo me desvelaba por pasarle de contrabando lo que me pedía. Recuerdo mucho una carta que escribió a sus niños porque la corregimos juntos. Decía:

> Hijos:
>
> Como habrán sabido por su mamá, estoy detenido por la guerrilla hasta que consigamos cómo pagar mi libertad. Pero no se afanen que pese a las dificultades estoy bien. Me levanto muy temprano, cuando ya no puedo dormir más. Todas las mañanas veo la luz llegar poco a poco. Se me hace un milagro que el sol, que dejé de ver al ocultarse, vuelva a salir de nuevo y no se haya perdido en la noche. Oigo cantar los pájaros cuando amanece y me pregunto por qué había dejado de oírlos. Cuando era niño, como ustedes, los oía y me maravillaba. La vida, el afán de vivir, le va tapando a uno los ojos y los oídos.
>
> Y el corazón, porque he sentido aquí cuánto los quiero. Los acompaño con mi pensamiento. Desde que abren los ojos y comienzan a protestar contra el día, hasta que

caen rendidos con el último programa de televisión. Estoy con ustedes, hijos, cuando se desayunan y pelean porque el jugo de naranja es muy poco o porque el huevo quedó muy duro; cuando en el colegio no saben cuánto es ocho por cuatro ni saben quién fue el Sabio Caldas. Por la tarde, los espero al llegar a la casa, cansados y entierrados de jugar fútbol, y sin ganas de hacer tareas.

A pesar de todo, estoy contento. Esta aventura me ha recordado que hay sol y que tengo hijos. Cuiden mucho, como hombres grandes que son, a la mamá. Piensen que yo voy a volver muy pronto y recen para que a ninguno se nos vuelva a olvidar que estamos vivos.

Un beso,

El Papá

Yo leía la carta para corregirla y terminábamos llorando. Él me contaba cómo eran los niños, cómo era su mujer, cómo vivían. Me contó sus amores y yo los míos, y en ese cambio me di cuenta de todo lo que yo quería y necesitaba a Belisario.

Un día llegó la orden de soltar al detenido. Yo me pedí ese derecho porque era quien le hacía los nudos por la noche. Aunque confiaba en que no se me iba a volar, no quería meterme en problemas con Belisario si se llegaba a dar cuenta de que el hombre dormía desatado. De todas maneras yo lo dejaba flojo para que pudiera dormir cómodo. Si Efrén o cualquier mando se hubieran dado cuenta, me fusilan. Seguro. Llegué con la cara alegre, y él desde que me vio me preguntó qué le llevaba. Le dije: «La libertad. Usted queda libre desde este momento». Volvimos a llorar abrazados. Me dijo que él siempre había estado seguro de su salida. Hicimos una fiesta secreta y me pidió que le regalara un recuerdo. Le di algo que me hiciera mucha falta: La cuchara con que yo comía. Él me regaló el cinturón, porque yo estaba siempre descalzurriada y a él eso lo mortificaba. Todavía lo guardo. Días después salió en los avisos clasificados de *El Caleño* una nota que decía: «Amelia (así me llamaba yo para él), donde estés, mil gracias por haberme regresado a la vida. Me tomo la sopita con tu regalo. No te olvidaré nunca».

Volví a mi trabajo. Combinaba la rancha y la preparación de cancharinas con las charlas sobre línea política. Me ayudaba mucho dar conferencias porque me obligaba a pensar y repensar por qué luchábamos. A veces caía en crisis al ver que los pobres y los ricos

luchaban por lo mismo, por el dinero. Sólo ver a los muchachos tan abnegados por su causa, tan dedicados a su trabajo, tan resignados a dar la vida y tan valientes para echarse tiros con los chulos, me sacaba del achante, sufrir con ellos la vida me daba alientos para seguir adelante.

Pasé por una prueba muy dura que casi me hace dejar todo. Una nochecita íbamos con Liliana a traer agua para dejar hecho el tinto de los guardias. Se acostumbra dejar en el fogón un poco de café para que la guardia se haga menos dura. Íbamos calladas. De golpe Liliana pegó un brinco y me dijo: «Me mordió una culebra». Yo alcancé a ver algo negro que corrió. Alumbré a Liliana con la linterna y sí señor, efectivo: tenía los colmillos bien marcados. Pero no le salía sangre, era una heridita pálida que al poco rato comenzó a soltar una agüita inofensiva. El ruido atrajo a la gente y la llevamos al puesto de mando. El enfermero hizo una cruz en la herida con la navaja y le aplicamos un torniquete para evitar que el veneno corriera. Ella estaba tranquila, no parecía dolerle en ese momento. Le aplicamos suero antiofídico, pero al rato le comenzó el dolor. Se le hinchó la pata y la envolvieron el mareo y el vómito. Los ojos se le encendieron de rojo. Gritaba que le dieran agua y agua. No tenía descanso ni posición. Nos tocó amarrarla a la cama y quitarle la caja de dientes, no fuera que se la tragara. Pasó toda la noche en un solo alarido. El dolor le fue embargando las piernas, la barriga, el pecho, hasta que comenzó a ahogarse. Alguien dijo que no se le podía seguir dando agua porque eso aceleraba el veneno; ella dejó de hacer del cuerpo y comenzó a abotagarse. Cada seis horas le poníamos el suero, pero después supimos que la droga estaba pasada. Yo le limpiaba la herida de una medio pus que botaba, porque lo que fue sangre no derramó. Comenzó a decir que se iba a morir y nosotros a contradecirle y a discutirle que no, que se iba a curar pronto, que eso no era nada, que a fulanito lo había mordido una rieca y que ahí andaba vivo. Le discutíamos hasta con rabia, a sabiendas de que la muerte estaba ya en el cambuche. Nosotros confiábamos en el suero y nos vendábamos con eso los ojos para no ver lo que ella veía frente a frente. Nuestro miedo nos lo quitábamos peleándole. La hinchazón en la pierna era cada vez más

grande y parecía como si le fuera a estallar en medio de los aullidos que ella a esa hora ya daba.

De un momento a otro se calló. La pierna dejó de dolerle porque la había dejado de sentir, pero entonces la sed comenzó a rodearla. Nos pedía llorando que le diéramos agua, porque no quería que la última sensación de su vida fuera de sed; pero nosotros, afincados en el argumento de que le hacía daño, nos negábamos a dársela. Me llamó a mí y me pidió que tratara de hacerle llegar al papá las candongas que tenía puestas y que él le había regalado, y me hizo jurar que no la dejaría morir sin la caja de dientes puesta. Poco a poco se fue sosegando. En las últimas me pidió que no me apartara de su lado y que le diera la mano porque sentía el vacío a su alrededor. De golpe algo se le desató por dentro; hizo como un gesto para botarlo por la boca. Yo sentí que la fuerza de su mano la iba abandonando hasta que me soltó. Un silencio como de arriba cayó sobre el campamento. Nadie se movió, nadie lloró, hasta que alguien dijo: «Dale señor el descanso eterno», y como si hubiera sido una orden, todos comenzamos a llorar. Así uno viva con la muerte a cuestas, no se acostumbra a ella. El calor del cuerpo se le fue escapando hasta que Liliana se endureció. Entonces me acordé de la caja de dientes, pero ya era tarde. No había manera de hacerle abrir la boca; se había vuelto de una sola pieza. Llevaré siempre como un dolor esa promesa incumplida. Ponerle el uniforme para enterrarla como una guerrillera fue casi imposible. A la mañana siguiente la enterramos cantando el himno nacional, izando la bandera y haciendo una salva de fusilería. Todos quedamos muy tristes. Liliana fue el primer muerto que conocí en mi vida; yo no sabía cómo se morían las personas y hasta ese momento pensaba que la muerte era para los demás, no para los míos y mucho menos para mí. No sospechaba ni de lejos que Liliana era la primera de una cadena de penas que desde ese día no ha dejado de alargarse. Su muerte nos obligó a volver al comando central.

Belisario seguía a mi lado, loco por tener un hijo. La vida se le convirtió, le decía yo, en un «petitorio por un niño». Yo en realidad no quería, porque una criatura me obligaba a separarme de la revolución o del hijo. No me sentía capaz de ninguna de las dos cosas. Pero

Belisario quizás presentía algo que nunca quiso decirme o que él mismo no entendía. Me tenía a raya. Sabía de mi regla y de mi ovulación mejor que yo misma, y pagaba guardias acumuladas para poder dormir conmigo la noche que tocaba. Un día, el 14 de enero de 1983, supe que había quedado preñada. Lo sentí a las pocas horas de haber estado con Belisario. Él se puso feliz, pero yo presentí que algo grave andaba detrás de ese afán.

El Estado Mayor del frente dio la orden de iniciar una serie de acciones ofensivas dentro de las cuales estaba la toma de Toribío, un pueblo indígena paéz. A mí me tocó dirigir la inteligencia y volví a vestir de civil. Llegué como vendedora de empanadas y chuzos a poner un puesto en la plaza, de donde podía pillarme el movimiento de todo el mundo al detalle. Sobre todo de los policías, de los choferes y de los empleados públicos, incluyendo a los de la Caja Agraria, uno de nuestros objetivos. Entregué el informe, pero Belisario se opuso a que yo fuera a la toma; alegó no sé cuantas cosas para impedir que me mandaran en la columna de combate, y me tocó resignarme a la rancha.

Yo, en cambio, no quería separarme de él porque tenía el presentimiento de que algo le iba a suceder. Así se lo dije a él y a El Camarada, pero ambos me respondieron de la misma manera: «La muerte de Liliana la dejó muy impresionada, compañera». Días antes, de todos modos, a mí se me había hecho muy raro que El Camarada me mandara a un campamento que teníamos abajo por el camino más largo, que era el que atravesaba un cementerio indígena muy antiguo y que había sido guaqueado y saqueado muchas veces. Pensé que tenía que hablar mucho con Belisario y obedecí; pero la cosa se empezó a poner más extraña todavía al caerme yo en un hueco y toparme de manos a boca con un tunjo que nadie había visto, siendo camino obligado de todos.

Cuando regresé al comando central los muchachos que iban para Toribío ya habían salido y yo no me había podido despedir de Belisario. Me eché a llorar como una niña en el chinchorro y, a pesar de las amenazas, no quise levantarme hasta la hora de pagar guardia. En eso no había excusa, porque de ese deber depende la vida de todos.

Yo estaba nerviosa, incómoda, cuando oí que cantaba un currucucú, una lechuza que canta cuando alguien se va a morir. Peor. Ahí sí me dio el berrinche. Pensé que a lo mejor los chulos habían sorprendido la columna y que a Belisario le había pasado algo. Yo cerraba los ojos y veía ese chorrero de muertos, unos encima de otros, y a Belisario agonizando tirado en un charco. Abría los ojos y seguía viéndolo. Así hasta que volvió el relevante. Entonces me calmé, pero quedé con la sensación de haber sentido la muerte a mi lado.

Cuando amaneció me fui a preguntarle a El Camarada sobre la operación. Él respondió que, según entendía, había habido un ligero combate a la salida, pero que no había sido grave. Se mostraba muy confiado porque el grupo iba comandado por sus amigos: Villafañe, Efrén y un tal Jorge, nuevo él, que venía del veintinueve, un frente recién abierto por gente del mismo sexto. Horas después llegó un correo con la noticia de que parecía que en un encuentro a la salida de Toribío habían matado a un guerrero y herido a otros. El correo no sabía nada más. Se me hizo raro porque casi siempre uno se cansa de oír detalles y, esta vez, el correo no volvió a abrir la boca. Más tarde comencé a notar que la gente estaba demasiado amable conmigo. Que si sí, que si no, que bueno, que también. Todos condescendientes. Me comenzaron a tratar como si yo fuera doliente, hasta que se me salió la piedra y me fui donde El Camarada y le dije que si él sabía que había pasado algo era la hora de decírmelo, que dejara de tratarme como a una viuda, que si a Belisario le había sucedido algo la culpa era de Villafañe, que yo no aceptaba bajas porque eso era un asesinato. El Camarada cambió de color. Me respondió que «a lo mejor»; que parecía que a Belisario lo habían herido, pero cuando vio que yo no le aceptaba eso, me confesó que el muerto había sido él. Yo no sentí tristeza, me dio fue ira. Ira de la gavilla y del montaje que habían hecho para sacarlo del juego. Porque Belisario se había dado cuenta de la tramoya para ir rodeando a El Camarada hasta rendirlo. Villafañe era el hombre que manejaba, como tercer reemplazante, a Efrén, el segundo al mando, que a su vez era quien manejaba toda la información de inteligencia del frente. Con ella le hacían ver a El Camarada lo que querían y no querían, le hacían pensar lo que

necesitaban, y decidían lo que les servía. En la guerra la información secreta sirve más para manejar a los amigos que para luchar contra los enemigos, al punto que a la larga todo se confunde. La gana de mandar no es una causa sino un modo. Lloré mucho sobre el cadáver de Belisario y lo enterramos en el mismo hueco del cementerio indígena donde yo me había caído.

Enterramos a Belisario pero no el problema. Los muchachos seguían muy considerados conmigo. Pensé que ellos se habían pellizcado mi embarazo, pero no. Era algo más grave lo que los mantenía como al borde de una confesión. El único que se dio cuenta de mi estado fue Villafañe. Pasando el entierro andaba yo en la quebrada cuando lo vi venir. Pensé: este hijueputa me cogió desarmada, pero de orgullo no quise gritar. Se puso a lavarse la boca sin decir nada. Yo me hice la tonta y seguí haciendo lo que andaba haciendo, pero claro, ya la barriga comenzaba a llenarse. El hombre se quedó mirándome y me dijo: «Viudita, si quiere yo le sirvo de papá». Quise botarme a sacarle los ojos, pero me aguanté. Me hice la que no había oído. Lo miré como diciéndole que podíamos hablar después. Desde ese momento decidí cultivarlo, pero para matarlo cuando yo quisiera.

Después de toda acción militar hay siempre un balance que puede convertirse en juicio. Allí se dice lo bueno y lo malo del operativo, se felicita a unos y se sanciona a otros. Todos tienen derecho a hablar, incluyendo los mandos, y se aprovecha para sacar los cueros al sol. Comenzó Villafañe a relatar el operativo, pero nadie le corrigió nada ni le añadió nada. Raro, porque sucede que todo el mundo quiere decir cómo fue el operativo y qué desempeño tuvo cada quien. Pero cuando Villafañe terminó, nadie dijo esta boca es mía. El silencio daba gritos. Hasta que un guerrerito, Alfonso, un pelado joven llegado de Bogotá, comenzó a llorar y a llorar. El pelado llore y llore y la asamblea callada. En realidad todos sabían menos yo: a Belisario no lo habían matado en combate, sino antes de la toma del pueblo. Villafañe lo había mandado con una comisión dizque a rodear el pueblo y en el camino lo asesinaron, porque —argumentó Efrén— Belisario se había enloquecido y había tratado de matarlo. Villafañe añadió que Belisario lo había invitado a matar a El Camarada, coger el

mando y entregar la guerrilla, lo cual demostraba que era un infiltrado del ejército que al verse perdido había tratado de matar a Efrén para unirse a la policía de Toribío. El cuento era demasiado largo y enredado, pero la gente, comenzando por El Camarada, terminó por creerlo. Yo inclusive, a pesar de todo, llegué a dudar y decidí que era mejor creer y sepultar mis intuiciones con Belisario.

Lo que no podía sepultar era lo que yo llevaba conmigo. Pedí permiso para tener el bebé en Neiva y me despedí de los muchachos llorando, porque los quería mucho. Ellos habían sido mi vida.

En Neiva todo fueron abrazos y besos. Mi gente no dejó de besarme cuando llegué con la barriga. El niño nació el 12 de octubre y salió como partiéndome en dos. Traía los ojos abiertos. Le puse Camilo Ernesto y no Cristóbal, como quería mi mamá. De ese día en adelante todo mi tiempo sólo fue para él; la guerrilla se me refundió con los pañales y los biberones.

Viví un tiempo entre Neiva y Suaza, Diez días en un sitio y veinte en otro. Me repartía entre mi mamá y mi abuela, porque ellas no se podían ver. Mi abuela nunca aceptó que mi papá se casara y mi mamá nunca aceptó que mi abuela creyera que mi papá era como una especie de pata de ella. No se entendían, pero yo me entendía con juntas, y más cuando Camilo Ernesto echó a crecer y a pedir más y más.

El Camarada me dio por perdida hasta el día que supo que Villafañe había desertado con una plata después de un operativo de finanzas. Como él estaba enterado de mi odio contra el hombre, me escribió dándome información sobre Villafañe. «Con eso tiene, compañera», decía la carta al final. A mí se me había pasado la pena por Belisario pero no el odio por el maldito ese, así que me le puse al corte y lo pillé en un bar. Me dejé llevar por él, le endulcé el oído, le hice saber que yo había desertado también y así, noche con noche, lo fui sacando hasta que un día el hombre pilló para dónde lo llevaba y me madrugó. Nos quemamos unos tiros dentro de un taxi pero a ninguno nos pasó nada. De todos modos, cuando yo lo iba a matar nunca le oculté lo que estaba haciendo con mi vida y eso me puso en peligro al quedar vivo.

Me fui a vivir a Quito, donde una hermana de mi papá, acomodada, me recibió con Camilo Ernesto. Llegué para un 24 de diciembre. Quito parece una ciudad hecha para que los colombianos probemos lo que podría ser la paz. Viví meses muy felices, paseando por la calles de la ciudad vieja y por las avenidas de la ciudad nueva. No quería pensar en el futuro; me dejaba llevar por el día.

Hasta el día en que me encontré a uno de mis compañeros del Eme, Ricardo, el hombre que dirigía los entrenamientos en Palo Seco. Nos hicimos amigos, burlándonos de nuestra vieja militancia y de las ilusiones que habíamos alimentado durante tanto tiempo a punta de ingenuidades y de mezquindades. Él era uno de los pocos sobrevivientes del desembarco en el río Mira. Me presentó a una compañera con quien tenía una relación de muchas mentiritas y de verdades a medias. Ella lo odiaba pero no lo soltaba; él la amaba pero la golpeaba. Ni para adelante ni para atrás. Con todo, ella comenzó a gustarme y salíamos a comer cebiche a las horas más raras: de 9:30 de la mañana a 11:50, y de 3:20 a 5:35 de la tarde. Yo no lograba explicarme semejante horario, pero como ella parecía interesante, y hasta mentirosa, me volví su amiga. Un día la encontré muy tensa. Muy decidida, me invitó a su casa. Vivía con una vieja viuda, medio sorda, en el segundo piso de una casa que debió ser señorial en alguna época pero que ahora era una especie de refugio para fantasmas. Mi amiga, que se llamaba Beatriz, abrió la puerta de su alcoba y sin pronunciar palabra se acomodó frente a un equipo de radio aficionado que a simple vista parecía muy complejo y comenzó a transmitir: «Luciérnaga barata llamando a base, luciérnaga barata llamando a base». Así, hasta que base le respondía a luciérnaga barata y comenzaba entonces a dictar un chorrero de números. Yo me sorprendí tanto que cuando terminó no le pregunté nada. Ella tampoco trató de explicarme en qué pasos andaba. A mí esa manera aventada del Eme me gustó siempre, porque daba como aire a las relaciones y porque eran tan irrespetuosos que era difícil seguirlos. Me volví a encariñar con sus cosas, y poco a poco Beatriz me hizo su auxiliar y hasta su cómplice. Me mudé con Camilo Ernesto a vivir con ella. Nos hicimos familia. Yo cogí rápido el cuento del radio, que

consistía en monitorear las comunicaciones del Comando del Sur del ejército colombiano y transmitir lo importante al comando del Eme en el Putumayo.

Beatriz era una bogotana de veintiocho años, bien criada y bien educada, que tenía tantos problemas en la casa como amantes en la universidad. Según ella, sus novios habían adquirido la costumbre de desaparecer un día y de volver a aparecer nueve meses después en Cuba. Sin explicaciones. Hasta que ella se cansó del cuento y resolvió averiguar el misterio. Tenía un amigo que ella creía que trabajaba con el Eme y una tarde, caminando por la Caracas con treinta y dos, a la salida de la universidad, Beatriz le preguntó que si él conocía a alguien interesado en que ella trabajara para la revolución. Él dijo que no, que a nadie. Pero un mes después el muchacho le comunicó que había un comando del Eme interesado en conversar sobre un viaje. Ella aceptó. El jefe del comando, después de mirarla por un lado y por el otro y de preguntarle por esto y por lo de más allá, le dijo que de todas maneras ella venía siendo observada y que tenía todas las señas de ser una persona íntegra. Para rematar le preguntó si estaría dispuesta a viajar fuera de la ciudad por un tiempo. Ella contestó que sí. Entonces el comandante le dijo: «Váyase para su casa, acuéstese temprano, duerma bien, desayúnese mejor, vístase elegante, de sastre y tacones, eche en una maleta una sudadera y unos tenis; despídase de sus amistades más queridas y salga a la setenta y dos con séptima a las nueve de la mañana, que un carro así y así la recoge a esa hora». Beatriz siguió las instrucciones al pie de la letra, salvo en lo de las despedidas, que consideró un lagrimeo insufrible. Pero, lo que es la vida: una amiga muy querida llamada Luisa la llamó esa noche para despedirse porque se iba al otro día a vivir a Medellín. Beatriz aprovechó para lloriquear un poco y se despidió de ella como si nunca la fuera a volver a ver. Al día siguiente mi amiga se vistió elegantísima: tacones, pañoleta al cuello, y salió a la cita. Todo exacto. A las nueve la recogieron en la Avenida de Chile y a las diez de la mañana estaba en una casalote al norte de Bogotá, acompañada por cinco compañeros. Se cambiaron, se pusieron la sudadera, hicieron dos horas de gimnasia, luego discutieron la coyuntura política dos

horas más, almorzaron y, a las tres, el comandante Pacho se les presentó y les dijo que la misión era secuestrar un avión. El resto del operativo se les explicaría cuando el aparato estuviera controlado.

Esa noche nadie pudo dormir. Al otro día, todos trasnochados y nerviosos, salieron al operativo. Cuando estaban haciendo cola para abordar el avión, Beatriz vio a Luisa, que iba para Medellín, pero no la saludó. Ella se dio cuenta y se aguantó. El avión prendió turbinas, hizo el carreteo, despegó y antes de que el capitán diera la orden de desabrocharse los cinturones, el comandante del operativo entró a la cabina mientras dos de los compañeros comenzaron a mostrar unas pistolas y a decir, sin que nadie los pudiera oír, que el avión estaba secuestrado. A Beatriz se le trabó el cinturón y no pudo pararse. Entonces le pidió el favor a la señora de al lado para que le ayudara a ponerse la pañoleta, tapándole la cara, y comenzaron los desmayos. Beatriz le soltó el bolso donde llevaba tres sacos de dinamita y una MK al primero que pudo, mientras ella atendía a los desmayados y calmaba a los histéricos. El avión se volvió un relajo. Ella contaba que todos gritaban y nadie obedecía. Por fin se oyó la voz del piloto pidiendo calma y solicitando un médico, porque al copiloto se le habían ido las luces. Pasó después al micrófono el comandante del operativo y explicó la acción: debían aterrizar en El Dorado y subir al avión al doctor Carlos Lleras Restrepo y a María Teresa Herrán para conversar sobre la paz. El doctor Lleras no alcanzó a decir que no, porque el ejército contestó a los gritos que dejaran de proponer pendejadas y que bajaran inmediatamente. De todas maneras, como se trataba de hacer propaganda, se acordó aterrizar en Cali mientras el Presidente de la república decidía qué hacer.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Palma Seca y bajaron a los niños y a las mujeres. La amiga de Beatriz se quedó, porque todo parecía que iba a salir bien. El gobierno comunicó que no estaba dispuesto a aceptar ninguna negociación y que el único arreglo era permitirles que viajaran a Cuba. Así iban las cosas. La gente se entusiasmó porque le iban a dar gratis una paloma por la isla. Todo andaba calmado. Pero cuando el piloto iba a decolar, el ejército le atravesó dos camiones a lado y lado de la pista. El comandante del

operativo guerrillero arrimó el revólver a la cabeza del piloto y le ordenó: «Por encima de los camiones». «No puedo», respondió el piloto. El comandante martilló el arma y le dijo: «Suelte la máquina». El avión cogió velocidad, pero los camiones no se quitaron; el piloto trató de pasar por la mitad, y los alerones se estrellaron contra los vehículos. El totazo fue ensordecedor. Pero a nadie le pasó nada. Los pasajeros se pellizcaban, y constataban que estaban vivos de milagro. El avión medio destrozado quedó tirado en la pista. La tropa la encendió a candela contra el tren de aterrizaje y contra el fuselaje. Huecos por todas partes, pero ningún muerto.

Empezó así una espera terrible de dieciocho horas. Jorge Mario Eastman estaba de presidente porque el doctor Turbay Ayala andaba por Europa. El ejército tomó bajo su control el asunto y dirigió las conversaciones, que tenían una sola salida: entregarse con la garantía del respeto a la vida. Como si eso no fuera una obligación. El comandante guerrillero se comunicaba por radio con la torre, la torre con los militares y éstos le daban parte al Presidente de lo que hacían. El avión era un horno por dentro y, más que calor y hambre, el problema era de aire, porque las puertas había que mantenerlas cerradas. Tuvieron que organizar turnos de respiración por una hendija de la puerta de atrás para poder resistir. Todo lo vino a resolver Ardila Lülle. Él puso un avión a disposición del comando para transportarlo a Cuba sin pasajeros, bajo la palabra de honor de los pilotos. Se cambió de avión, hubo despedidas con llanto y el avioncito nuevo despegó hacia la isla sin problemas. Beatriz tomó en La Habana un curso de comunicaciones y tres meses después la mandaron a Colombia por la vía Praga-París-Quito. En el Ecuador la gente del Eme la esperaba para mandarla al frente del Putumayo.

Pero, franca como es, les dijo que ella servía para echar tiros si querían, pero no para caminar por la selva. No dio más explicaciones. Los compañeros del Eme la comprendieron y le aceptaron la limitación. Ellos eran aventureros y por eso flexibles. Así llegó a Quito a manejar el aparato de radio.

Con Beatriz la nostalgia se me fue metiendo entre el pecho y la espalda. Me gustaba oír todo lo que se radiaba y lo que desde ahí se

podía ver. Uno iba conociendo los personajes, por la voz y las maneras y hasta se alcanzaba a entusiasmar con alguno. Como abarcábamos todo el territorio del sur, podíamos escuchar las frecuencias que yo conocía de las Farc. Eran pocas pero conocía algunas en las que transmitía el Secretariado, y así me fui prendiendo otra vez de los muchachos. Me puse al día en lo básico, por puras deducciones, y hasta logré comunicarme alguna tarde con el Abuelo Ernesto, comandante del Caquetá. Él me guió de nuevo hacia mi destino. Beatriz estaba aburrida porque llevaba ya mucho tiempo en la misma, y un día peleó con Ricardo y se abrieron. En veinticuatro horas arreglamos maleta y papeles y nos montamos en una flota para Ipiales. Camilo Ernesto cumplió un año el día que nos despedimos de Beatriz. Ella volvió a su casa y yo a la mía, pero para dejar el niño y embarcarme hacia el Secretariado.

Llegar al Secretariado es ambición de todo guerrillero. Allí viven hombres que uno ha soñado conocer porque se nombran todo el día, y porque de muchas maneras uno depende de ellos. De Ipiales viajé a Neiva a ver a los niños, y luego me enfleté para Bogotá, hice los contactos y salí por Fusagasugá para Cabrera. Me esperaban una compañera y las botas de caucho para subir al páramo, atravesarlo y caer, tres días después de haber salido, a La Caucha, donde en aquel entonces había uno de los campamentos del Secretariado. Aunque estaba desacostumbrada a caminar, volví a coger ritmo muy pronto y, como llevaba tanto impulso, nada se me hizo feo ni largo. Llegamos de noche. Nos recibió Benítez, que había sido comandante del séptimo y ahora era jefe de escoltas de Jacobo.

A Jacobo yo le tenía miedo. Me habían contado tantas cosas de él y tenía tanto poder, que uno a veces dudaba de que existiera. Cuando lo vi por primera vez me pareció que lo conocía desde hacía muchos años. Preguntó si yo era Melisa. Me presenté y me puse a sus órdenes. Me dijo: «Ala, china, primero descansa y después hablamos, porque hay mucha cosa por allá en las zonas del Cauca». Así era. Mientras yo estuve en Quito sucedió el mierdero ese con los Francos y los asesinatos de Tacueyó, hechos por Delgado. Yo algo sabía porque me habían contado y porque conocí algunos de los personajes de la

historia. Alguna vez vi al mismo Delgado, un hombre buen mozo, muy nombrado para todo, que manejaba una red urbana y sabía mucho de organización. En una época fue el niño consentido de Jacobo. Le gustaba la plata y con ella lo compraron: le gustaba el poder y con él lo conquistaron. Tan pronto vio la papaya de tomarse el mando, lo hizo. Plata y poder. Vendió a todos sus amigos y traicionó al resto. Cuando se sintió acorralado, decidió acabar con todo. Se envició a la sangre, que es la medio hermana del dinero y del poder, y cuando vio que no le resultaban sus planes, se enloqueció. Comenzó a matar a sus enemigos —a los que él creía sus enemigos— y luego el círculo se le amplió hasta que abarcó a sus amigos, uno por uno. Pero tanto muerto coge fuerza y para vencerla se necesitan más muertos y más muertos. Así hasta que acabó con medio movimiento. Cada muerto traía el siguiente, y para borrarlo tenía que matar a otro y a otro, así hasta el final. Una matazón. Delgado le hizo más daño en un año al movimiento que todo el ejército junto durante cuarenta. Jacobo estaba enterado de todo, al milímetro. Hacía que uno le contara el mismo cuento varias veces. Yo le conté lo que sabía de Tacueyó: Delgado acabó primero con los de Cali, grupo por grupo, y después siguió con los de Medellín, también grupo por grupo. Cuando acabó, se perdió. Jacobo me dijo que necesitaba que fuera hasta Tierradentro en un fin de semana y regresara antes del martes. Así lo hice. Salí el viernes a Bogotá, el sábado cogí avión hasta Neiva, el domingo llegué a Tierradentro, el lunes estaba de regreso y el martes en el Sumapaz, donde me esperaba el viejo. Yo creo que era por probarme, porque después me cogió una gran confianza. Si él me probó y ganó, yo tenía el mismo derecho para poder ser buenos amigos. Le conté todo lo de Belisario. Él sabía la versión de El Camarada: que Belisario trabajaba con el ejército. Jacobo me hizo muchas preguntas y concluyó que Belisario no había trabajado nunca con el enemigo y que por esa razón había que volver a hacer el consejo de guerra, pero esta vez con una ayudantía de por medio. Nombró a Eliécer, un comandante muy fino, para irse conmigo y hacer la reunión.

Pero antes, Jacobo me mandó a hacer un curso rápido en la Escuela Nacional de Cuadros. Un sitio feo por lo barrancoso y lo frío. Lo

llamábamos El Hueco porque allá nunca entraba el sol. Desde que entré hasta que salí, Jacobo no hizo más que recochar conmigo mandándome unas cartas que empezaban: «Cuando los caobos son rojos…», y terminaban: «…cuídate, muñequita de almíbar». Pero no sólo cartas me mandaba, sino ropa limpia y mecato, que yo compartía con mis compañeros de curso. Él se daba mañas para hacerme llegar uniformes secos y limpios, porque sabía que uno en ese hueco se mantenía todo húmedo. Él era muy vanidoso y le gustaban las buenas cosas. No tomaba sino Remy Martin y fumaba Kool; mandaba hacer sus camisas y sus chompas. Cuando Jacobo mandaba traer telas, se sabía que había que pedir en el almacén lo más escandaloso y chillón que hubiera. Usaba unas guayaberas que no era capaz de ponérselas sino él: atigradas, verdes con morado, doradas, plateadas. Se encaprichaba con las cosas más raras: una máquina para contar dólares que había visto anunciada en una revista japonesa; unas arepas que vendían en Anolaima y que llamaban «mocosas», una reproductora de casetes marca Sony, una grabadora Aiwa 206, libretas de tránsito para topografía, curubas de Santa Sofía, Boyacá; frijoles de Ubaté. En fin, difícil. Jodía mucho con su dentadura, que era una caja grandísima. Mandaba subir al dentista para no quedarse sin dientes. Una vez que el dentista se dio cuenta de que le estaban sacando espinillas, le dijo que era mejor la pomada peña. Mandó traer dos docenas y se untó una caja entera un día que salió al páramo. Se quemó todo y quedó como un caratejo casi un mes por vanidoso. Yo lo llegué a querer mucho, era como mi papá. Me gustaba pillarle las novias. Yo sabía que cuando dormía solo, la cama le amanecía arreglada, pero cuando dormía acompañado, amanecía como cuarto de locos. Conmigo fue muy respetuoso, aunque era también muy celoso.

Por aquellos días había una reunión con la Comisión de Paz en el campamento de La Esperanza, cerca a El Palmar. Allí llegaron John Agudelo, el presidente López Michelsen, Pedro Gómez, García Herreros, Gaviria y Noemí Sanín. Retengo la cara asustada de Gaviria cuando nos vio a todos armados. Nos miraba con mucho odio. No le gustaba embarrarse los zapatos. Pero eso no le pasaba sólo a él. Con

excepción de John y García Herreros, casi todos eran remilgados y arrogantes. Comían como si uno los estuviera envenenando, pero se tomaban todo el trago que se les servía. El Secretariado debió gastar millones en Remy Martin y en Chivas, que era lo que tomaban. Para nosotros los guerreros, las conversaciones de paz eran un circo. Llegamos a creer que la paz se podía firmar, pero que los militares nunca respetarían los acuerdos mientras nosotros fuéramos fuertes. Ellos no se conformaban sino venciéndonos, y eso era difícil. Por eso aquella vez se volvió a la guerra.

Cuando se terminó de conversar con la Comisión de Paz, Jacobo me llamó y me dijo que esperaba que la ayudantía lograra poner en limpio lo que estaba sucediendo y que tomara las medidas necesarias para evitar otro Tacueyó. Eliécer era un hombre muy recto, había sido comandante y los muchachos lo querían mucho. Salimos un 15 de marzo y llegamos al comando del Cauca ocho días después. El camarada nos recibió muy bien y citó la asamblea. Los muchachos se alegraron de verme de nuevo con uniforme y ful fierros.

La asamblea comenzó con toda la gente presente. Se nombró abogado defensor y jurado. Eliécer era juez, y yo, esta vez, acusaba. En primer lugar a Villafañe, de haber sido el autor de la muerte de Belisario; a Efrén, de haberlo asesinado, y a William y Bernardo, de ser los cómplices. Salvo Bernardo, los demás no estaban presentes. Villafañe había desertado, a Evelio lo habían matado y William, que era la llave de Belisario, había muerto en combate. Comenzamos a las ocho de la mañana. Se acusaba al grupo de haberse tratado de tomar el mando y de asesinar a Belisario. A Villafañe, además, lo acusaba de deserción y delación. El gran testigo era Bernardo, que llorando se estalló y nos contó todo: Villafañe había hecho socia con Efrén y William para manejar el Frente y asaltar el mando; a El Camarada le habían descubierto un descuadre en plata y le tenían amarrado con esa cuerda, y como Belisario era el hombre que se les oponía y que los tenía pillados, decidieron liquidarlo. Villafañe trató de seducirme con la intención de hacerlo saltar y así poder matarlo sin tanta historia. El otro testimonio importante era el de Gloria, la mujer de William, que terminó contando el resto.

Resulta que Villafañe, que era el comandante del operativo, mandó a Belisario con Efrén, William y Bernardo a controlar la salida de la policía por la puerta de atrás del pueblo. La cosa era rara porque Belisario debía estar, según su rango, al frente del asalto. Cuando iban atravesando una cañada, Efrén, que marchaba adelante, se volteó y lo rafaguió; Belisario alcanzó sólo a desasegurar, pero no pudo disparar. La idea era presentarlo como muerto en combate, pero Evelio le hizo los tiros muy cerca de donde el grupo estaba apostado y la gente alcanzó a darse cuenta. De todos modos lo presentaron como lo habían planeado porque Villafañe ya se había descarado. Nos contó Gloria, además, que William vivió muy arrepentido y muy atormentado hasta hacerse matar en un combate. Efrén murió traicionado por Villafañe, que al final, cuando quedó pillado, se abrió y desertó. Todo era más o menos claro, menos el papel de El Camarada: ¿sabía o no sabía el plan contra él? ¿Participó o no en el asesinato de Belisario? ¿Por qué se quedó callado? ¿Qué buscaba? ¿Tenía alguna conexión con el caso de Ricardo Franco y con Delgado? En realidad, la asamblea no podía meterse con El Camarada porque era mando y eso no le tocaba al Secretariado, pero todo el mundo se dio cuenta de que por lo menos el hombre había pecado por debilidad. Se calló lo de Belisario para no tener que frentear a Villafañe. Yo salí muy mal herida de la asamblea, no sólo por los detalles sino por haber aceptado, así fuera por un momento, el cuento de que Belisario era infiltrado del ejército. El remordimiento me carcomió mucho tiempo. En el fondo, mi pecado era el mismo que el que cometió El Camarada: la debilidad. Y el mismo de todo el frente, porque a la hora de la verdad todo el mundo sabía y todo el mundo quiso pasar de agache. Haber aceptado la versión de Villafañe, que se convirtió en la versión oficial, fue quizás una manera de coger el camino menos peligroso. No me dolía sólo mi pecado sino el de El Camarada, que al otro día salió abatido hacia el Secretariado. Yo no pude perdonarme.

Pocos días después salí yo también para arriba, para el Secretariado. Jacobo me había mandado llamar para ayudarle. Yo dudé mucho en aceptar y en volver a separarme del frente, porque había mucho que hacer. Me habían nombrado en el Estado Mayor y yo quería como

lavar mi pecado en el mismo sitio donde lo cometí. Pero el viejo comenzó a llamarme y a llamarme hasta que me tocó salir. Busqué la entrada por Colombia, Huila, para no dar la vuelta por el Sumapaz. Llegué a Baraya, y muy madrugada salí en bus para coger temprano la trocha. Pero en una de esas apareció un retén militar. Nos hicieron bajar, nos requisaron y ya nos íbamos a volver a subir cuando oí decir: «Esa es la mona» Me volteé y alcancé a ver a Humberto, un muchacho desertado, que me conocía. El teniente se me acercó, me pidió los papeles y le ordenó al cabo detenerme sin siquiera preguntarme quién era. Mi problema era que yo llevaba una carta del Estado Mayor para el Secretariado. El cabo, muy obediente, me llevó al puesto y cuando estábamos esperando al teniente, yo le dije al hombre: «Permítame el baño, cabo, que estoy dando salticos». Al tipo no se le dio nada y me mostró dónde podía entrar. Yo que entro y comienzo a comerme esa carta. Pero era casi imposible. A uno con los nervios se le seca la boca y mojar ese papel a pura baba era muy difícil. Botarla no se podía y romperla tampoco. Tocó lavarla con agua para que las letras se medio borraran y aceptar que llevaba una comunicación. Yo que acababa de borrar y entra el teniente como un tote, madreando al cabo por imbécil. Me rapó el papel y la montó: «¿Qué es esto? ¿Qué decía? ¿Por qué lo lavó? ¿Quién es usted?» Acababa de firmar mi sumario. Me cogió por las mechas y me tiró al piso. Un jalonazo de pelo, sin más ni más, por más prevenido que uno esté, duele y, sobre todo, humilla. La humillación es un arma muy efectiva porque lo va haciendo sentir a uno no sólo débil sino culpable y, por tanto, malo. En el suelo me cogió a patadas. Sentía esas botas clavarse en mis riñones con rabia. No sabía qué me hacía sentir ajena de mí, como si yo fuera otra persona, pero al mismo tiempo algo me llevaba a pedir clemencia. Que el hombre me hubiera encontrado el papel fue bueno, a pesar de todo, porque eso me evitó tener que montar un cuento y defenderlo hasta que me lo hubieran desmontado y entonces, en ese momento, me habría tocado decir quién era: un correo. Se ganó tiempo y me ahorré patadas.

El teniente insistió en que yo le dijera, «por las buenas», qué decía la carta; yo le respondí que no había alcanzado a leerla. Recordé la

fórmula de un amigo: yo estoy obligada a dar mi nombre y mi rango. Recibí la misma respuesta, un bofetón que me hizo sentir todos los huesos de mi cara y los de la mano del teniente. Llamó a unos soldados y le dijo al cabo: «Cuelguen a esta hijueputa chusmera de las tetas, a ver si es tan berraca». No sé si era amenaza para montarla de fiero, o que no encontraron con qué colgarme, o que no sabían dónde quedaban las tetas, pero el caso fue que no me las tocaron ni para bien ni para mal. Sin embargo, me amarraron los brazos por detrás, echaron la soga por encima de una viga y templaron. De una quedé guindada, las manos por detrás, a la altura de la nuca, y sostenida en la punta de los pies. Un centímetro más arriba y me hubieran despresado. El teniente se arrimó, me alzó por las piernas, me subió y me soltó. El golpes se recibe en los hombros por dentro, en la columna, en el cuello, en los codos. Un dolor terrible, seco, regado por atrás. Grité y el hombre repitió la dosis. Yo pensé que no resistía dos mecidas de esas, que a la siguiente perdía el sentido. Pero no. Ellos sabían dónde apretar sin dejar marca. Volvió a subirme y a soltarme. No una sino varias veces, y por último dijo: «Déjenla guindada alto, hasta que escurra lo que trae por dentro». Lo primero que se duermen son los brazos, pero no dejan de doler; luego el cuello y los hombros y por último la columna. Uno siente cómo se van desordenando los huesos, cómo ceden las coyunturas, cómo se interrumpe el resuello, cómo la sangre comienza a no llegar a la cabeza, hasta que deja uno de oír sus propios alaridos. Al final sentí que el piso del mundo se me caía contra la cara.

Volví en mí cuando abrí los ojos frente a unos zapatos brillados, lisos y negros. Un sargento bien compuesto me preguntaba si me dolía la cabeza. En realidad no sabía si me dolía, porque no la podía ubicar. El hombre tenía una manera suave de tratarme. Comenzó a llamarme «animalito de monte», un nombre bastante ridículo pero que en aquellas circunstancias sonaba muy amable. Poco a poco fui volviendo a mi cuerpo, o a lo que podía sentir de él. Los brazos se demoraron más en llegar y el dolor en los hombros era insoportable. Me preguntó cómo me llamaba, de dónde era, cómo me habían detenido y cómo me habían tratado. Me aclaró que era de la Procuraduría Delegada para

las Fuerzas Armadas y que su objetivo era saber sólo cómo había sido el trato. Le conté y me puse llorar como si hubiera encontrado a mi mamá. Cuando ya había soltado todo y la esperanza de que las cosas iban por buen camino, apareció el teniente con la pregunta de antes: «¿Qué decía la carta?» Me dijo: «Usted puede escoger, usted ya sabe de qué se trata una y otra cosa. Por las buenas, la libertad; por las malas, la soga. Usted es libre de escoger».

Tengo que confesar que en ese momento, si yo hubiera sabido qué decía la carta, hasta digo. Uno no es dueño de sus miedos ni de sus dolores, pero yo no sabía lo que decía el papel ese. Pensé que inventando podía salir del problema y entonces volvió el sargento bueno y comenzó a interrogarme. El teniente a gritos, el sargento con amabilidad. Me estaban partiendo en dos. Lo grave de hablar algo es que ellos no saben hasta dónde sabe uno o, mejor, ellos siempre creen que uno sabe más, y tiran a sacárselo a la fuerza, y a la fuerza van haciendo lo mismo que Delgado: por borrar una cagada hacen otra, hasta que dejan el hueso y como hay procuraduría, uno sale desaparecido. Por eso en el fondo me daba más miedo el bueno que el malo.

El teniente se fue desesperando conmigo. Los tenientes son peligrosos porque quieren ganar condecoraciones rápido, quieren ascender y el orden público es su oportunidad. Lo que no hacen antes de ser capitanes después les queda más difícil. Por eso quieren ganar méritos con dolores ajenos y mi teniente estaba decidido a salir de capitán Me amarró frente al sargento, cruzó la soga por la viga y comenzó a jalar. El sargento me vendó y volvieron a la misma cosa: ¿qué decía la carta? Yo volví a sentir lo mismo hasta que conté lo que sabía, que no era mucho. Lo que me parecía clave lo guardé muy bien guardado, porque hacía parte de mi corazón y porque la vida de los muchachos estaba en juego. Resolví entonces acusarme yo misma para pagar así mi confesión. El teniente había ganado a costa de su propia indignidad.

Me fui recuperando muy despacio. Pasé en el batallón más de un mes, hasta que un delegado de Derechos Humanos me ubicó y pidió mi libertad condicional. A mí me hicieron confesar contra mí, pero no

me habían montado ni un sumario. A nadie habían detenido y la información que les di es la misma con que he armado este cuento. Salí del batallón un lunes 6 de agosto. El jueves estaba entrando otra vez al Sumapaz. Llovía y yo comencé a meterme en una congoja que venía en contravía. No tenía porque estar triste habiendo salido libre, pero una lloradera que me salía de adentro, de más adentro que siempre, me tenía derrotada. En El Confín me quedé una noche. Los muchachos estaban alegres de verme y sus chanzas me borraron la pendejada que yo cargaba. Pero al día siguiente volvió la misma suspiradera tan pronto me despedí de ellos y me boté loma abajo. Cada paso que daba me hundía más. Yo decía para mis adentros: «No he hecho nada malo, no he matado, no he traicionado, no he mentido. ¿Será que le pasó algo a mi gente? ¿Será que a los viejos y al niño les sucedió algo malo?» Trataba de distraerme con el camino, con los recuerdos, con los pensamientos, pero nada, siempre volvía a caer en el mismo sitio. Corrí por esas lomas haciendo derechazos, acortando el camino, como si tuviera una cita, como si alguien me estuviera esperando para irse.

Y así fue. Tal cual. Llegando a Ucrania había un retén. Los guerreros dizque a no dejarme pasar. Me dijeron: «Hay orden de no dejar entrar a nadie». Estaban serios, muy serios. La cosa era grave. Algo había pasado. Nunca antes se había visto que en territorio de uno, los mismos de uno no lo dejaran pasar. Yo pregunté, pero no me dijeron nada. Me contestaron que habían recibido la orden sin más.

Yo me hice la pendeja y me guindé de un palo a esperar. Pedí permiso para irme a bañar y, como no me acompañaron, decidí desobedecer y subirme río arriba.

Trepé por los barzales como poseída. El lagrimeo se cambió por rabia. Desde lejos alcancé a ver que en El Pueblito había movimientos raros. Pensé que se había entrado la chulada, pensé que habían decretado la invasión, pensé que Marulanda se estaba despidiendo, pensé que estaban en consejo de guerra. ¡Qué no pensé! Lo que no pensé fue lo que había pasado: Jacobo acababa de morir.

El Secretariado se había reunido aquel viernes como todos los días. Jacobo estaba igual que siempre, mamando gallo, dando órdenes,

discutiendo. Pero de un momento a otro se paró de la mesa sin motivo y trató de salir de la salita donde estaban hacia su alcoba. En la puerta dobló. Alfonso alcanzó a sostenerlo, pero como era un hombre grande, le ganó el peso. Cuando Jacobo llegó al suelo estaba muerto. No hizo un gesto de dolor ni alcanzó a decir una sola palabra. Se fue sin despedirse. A mí la lloradera me aumentó al pensar que el viejo me venía diciendo adiós desde que entré al Confín. Y que yo había sido la única que, sin entender, sabía que el viejo nos dejaba.

No salí del llanto en muchos días. No volví a hablar con nadie hasta que el camarada Raúl Reyes, una semana después, me llamó a rendir cuentas. Le conté la misma historia que ahora firmo de mi puño y letra.

Melisa
Pueblito, agosto 30 de 1.990.

V
Último capítulo

En 1987 la coca había bajado de precio a tal punto que mucha gente andaba de salida. Los días de la bonanza, cuando cualquier cosa parecía barata, estaban cada vez más lejos. En el río Guayabero sólo se quedaron aquellos colonos que habían invertido la plata de la coca en mejoras. Los demás, los que habían venido a llevarse la bonanza en los bolsillos, regresaban maldiciendo no obstante haber hecho en tres o cuatro años un capital que en tiempos normales hubieran demorado media vida en hacer. La insatisfacción cundía, y aunque todo el mundo estaba consciente de que el problema era el bajo precio de la base de coca, nadie hablaba del asunto. Más bien se acusaba al gobierno de no hacerse presente en la región con créditos, vías, educación, salud. Se alegaba también que era necesario levantar la Reserva Especial y Forestal del área de La Macarena para poder acceder a los títulos de propiedad sobre la tierra. Estos argumentos hicieron marchar en tres ocasiones a los colonos de la región hacia San José del Guaviare.

En la primera y la segunda marcha los dirigentes lograron movilizar más de veinte mil colonos cada vez. La tercera marcha, en el 87, fue un fracaso. El gobierno había aprendido a manejarlos cediendo a las demandas y manipulando las promesas. Había logrado fatigarlos para que los medios de comunicación desprestigiaran el movimiento y la fuerza pública los arrinconara en seco, como sucedió en el puente de Iracá con la marcha que había salido de todos los rincones del Guayabero y que tenía tanto de reivindicatorio como de electoral. La UP acaudillaba el movimiento de los colonos y el VII Frente de las FARC hacía la segunda voz.

En el puente de Iracá se negoció. El gobierno estuvo representado

por el PNR, la gobernación del Meta y la Universidad Nacional. La presencia de la Nacional se explicaba por la sencilla razón de que la Reserva de La Macarena le pertenecía por Ley. Después de muchas dudas, de profundas cavilaciones académicas y disertaciones jurídicas, se llegó a la conclusión de que el Alma Mater debía hacerse presente en el lugar del problema. Y así fue. Los profesores encargados de representar los intereses de la Universidad Nacional tuvieron una destacada actuación en la solución pacífica del problema y se comprometieron, entre otras cosas, a realizar un estudio histórico, social y jurídico sobre la Reserva, y a presentar unas recomendaciones. Varias de las conclusiones de ese trabajo sirvieron de base para el realinderamiento de la Reserva y la definición de un plan de manejo[1].

La Universidad Nacional me contrató a mí, Alfredo Molano, como parte del equipo de investigación. En tal condición llegué al pueblo de La Macarena con quince estudiantes, casi todos de sociología. Por más inquietos que fueran, los sorprendió la dura realidad que se vive en una zona de colonización. Caminar por una rastrojera, montar en canoa, dormir en chinchorro, comer yuca y, sobre todo, aceptar que poco sabían, fue duro.

Una noche se oyeron varios disparos a muy corta distancia de donde dormíamos. Los que saltaron primero de la hamaca alcanzaron a ver a dos hombres que corrían hacia la pista de aterrizaje, vecina del puesto del ejército. De resto, silencio y sombras. A las cinco de la mañana, don Ángel, matarife y pesero, descubrió, desde la carreta en que transportaba la carne del matadero a la fama, el cadáver del voceador de *Voz Proletaria* tirado en plena plaza. La gente comenzó a arremolinarse y a protestar contra las autoridades. A los pocos minutos llegó un piquete del ejército a dispersar a los curiosos. Alguien trató de taparle la cara al muerto, lo que fue considerado por el cabo como un vainazo contra la tropa y mandó despejar a culata la plaza. Luego otro piquete de soldados comenzó a allanar las casas de los principales dirigentes comunales en busca de los asesinos, y se llevó al puesto del ejército a varios *sospechosos*, mientras que por el altoparlante la alcaldía solicitaba la colaboración de la ciudadanía

para enterrar al finado. A las cuatro de la tarde, don Ángel echó el cadáver sin féretro en su zorra. La mujer y los dos niños del malogrado constituían toda la comitiva. La gente miraba desde lejos. Los estudiantes no sabían que ese era un suceso ordinario en aquellos días en que se exterminaba sistemáticamente a la UP en la región, y en todo el país.

La cátedra de la realidad rural colombiana continuó. No se habían repuesto del hecho cuando se supo que las Fuerzas Armadas habían comenzado una operación militar de gran envergadura que la gente bautizó «La Invasión», y que se esperaba desde el día que Plinio Apuleyo Mendoza había escrito un artículo en *El Tiempo* diciendo que la región de La Macarena se había perdido en manos de la narcoguerrilla. La operación se inició a las seis de la mañana por tierra, agua y aire, hora en que don Ángel descubría el cadáver. Los soldados con las caras pintadas y cintas en la cabeza, el ruido de las armas, los helicópteros artillados y las voladoras podían haber hecho pensar a los estudiantes de la Universidad Nacional que se trataba de otro país o de otra época, si no fuera porque en la ciudad universitaria habían aprendido a familiarizarse con la guerra. Las fuerzas oficiales entraron con todo su estruendo. La guerrilla se hizo a un lado.

De todo se vio: oficiales compasivos, oficiales rudos y oficiales bárbaros; soldados solidarios con la gente y soldados solidarios con los oficiales; robo de gallinas, allanamientos, patadas y curación de niños heridos; distribución de alimentos, hijueputazos y palabras de sosiego. Poco a poco, el ejército fue instalándose en la región a las buenas y a las malas. Muchos colonos, sabiendo que estaban en la lista negra, huyeron antes de ser detenidos; otros se quedaron a ver si le hacían el quite a la nueva situación. Lo mismo sucede cuando entra la guerrilla a una zona: unos se van y otros se quedan. Los que siempre se quedan porque saben que tanto la guerrilla como el ejército necesitan de ellos, y que de todos modos unos y otros terminan comprando mercancías, son los comerciantes. Los estudiantes de la Nacional no entendían muy bien las «mediaciones», o sea, las vueltas que da el mundo.

Teniendo en cuenta la situación de orden público, el estudio se suspendió, pues como se basaba en una encuesta, la gente no estaba

en ánimo de dar muchos datos, sobre todo porque los encuestadores y los soldados habían llegado al tiempo. Después de haber recorrido el Guayabero para arriba y para abajo con Juana Escobar, Martha Arenas y Fernando Rozo, decidimos remontar el río Duda hasta La Uribe en vista de la suspensión inesperada del trabajo con la Universidad Nacional. Nos despedimos de los estudiantes y nos embarcamos aguas arriba.

En el curso del viaje, en medio de la monotonía de la selva, el río y el ruido del motor, les propuse seguir Duda arriba una vez hubiéramos llegado a La Uribe. Era un viaje con el que habíamos soñado muchas veces, porque por ese camino huyeron de Villarrica hacia el Llano los desplazados por la guerra de Villarrica. Recorrerlo al contrario, hacia el Sumapaz, era una especie de peregrinación ritual que prometía encontrar no sólo el escenario de muchas de las historias de vida que veníamos recogiendo desde hacía años, sino que era la oportunidad de enriquecerlas y alimentarlas. Tal fue el argumento que utilicé para entusiasmar a mis compañeros para seguir de La Uribe hacia arriba. En el mapa aparecía con claridad no sólo el camino sino nombres que nos sonaban mucho: Ucrania, La Hoya de Varela, Casa Verde, El Palmar, El Sinaí. Pasar de lado a lado la Cordillera Oriental por una de sus partes más altas, el páramo de Sumapaz, era una aventura muy atractiva, pero, naturalmente, la pregunta era: ¿y la guerrilla? Sabíamos que en la hoya del Duda estaba el Estado Mayor de las Farc y que prácticamente desde La Uribe iríamos a transitar por un territorio dominado por la guerrilla, y no podíamos prever su reacción.

El razonamiento que nos dio base para continuar fue simple: «Una vez hagamos contacto con las avanzadas de la guerrilla, les pedimos que se comuniquen por radio con Alfonso Cano», seguro de que él nos autorizaría el paso.

A Alfonso Cano lo había conocido en la Universidad Nacional como Guillermo Sáenz, estudiante de antropología. Para mí, que era un exaltado camilista, el tipo era un mamerto, que en esa época quería decir reformista. Sáenz entraba y salía de la Universidad siempre con el aire de que estaba haciendo algo muy importante y secreto. Podía

pensarse que era una de esas imágenes que se usaban para disculpar la inactividad política. Poco a poco, sin embargo, nos fuimos haciendo amigos por dos razones: primero porque habíamos sido clientes asiduos, como buenos bogotanos, del restaurante Las Margaritas, y segundo porque él tenía una hermana con la que muchos soñábamos. Nos volvimos muy amigos, aunque nunca —hoy tampoco— cancelamos nuestros desacuerdos políticos. Un día se fue para Alemania Oriental a estudiar historia, y otro día supimos que de regreso a Bogotá lo habían cogido preso por unas armas que le encontraron en un allanamiento. Después apareció en las primeras páginas de los periódicos al lado de Jacobo Arenas y de John Agudelo Ríos firmando el acuerdo de La Uribe en 1984. Las puertas de Casa Verde se abrieron y el país supo quiénes eran los comandantes de las Farc. Oyeron hablar a Marulanda y a Jacobo, oyeron hablar a Cano y a Raúl Reyes. Más de uno se sorprendió de que hablaran castellano y muchos mostraron como una evidencia del grado de atraso de las guerrillas la frase de Tirofijo: «¡Que haiga paz!»

Casa Verde se abrió no sólo a los negociadores sino a los funcionarios del gobierno, a los políticos, a los empresarios, a los intelectuales y artistas. Llegó a considerarse de buen recibo en los cocteles del jet-set haber estado en La Uribe y poco a poco quien no hubiera conversado con Jacobo estaba «out». Por esos días me llegó una invitación de Guillermo Sáenz a Casa Verde. Pero una cosa es una invitación, por más cordial que sea, y otra saber por dónde se coge para llegar al Secretariado cuando no se va de mano de las comisiones oficiales. Por tanto, la visita se aplazó hasta aquel día en que, navegando por el Duda, resolvimos meternos al *Sancta Santorum* de la guerrilla.

Y nos metimos. Con grandes dificultades llegamos a La Uribe porque el río Duda no es navegable hasta allí y porque tuvimos que caminar un gran trecho hasta el retén del ejército, situado en la entrada del pueblo. El oficial de guardia nos pidió las cédulas, nos preguntó la razón de la visita y, cordialmente, nos permitió continuar nuestro camino. En La Uribe nos detuvimos sólo el tiempo necesario para informarnos por dónde se iba a Ucrania. Apenas aclarando cogimos la

trocha y comenzamos a caminar sin más ni más. Ni hablábamos ni pensábamos, para no asustarnos. Una hora, dos, tres y nada. Ni una casa, ni un alma. Hacia el medio día llegamos a un rancho donde salieron a recibirnos una mujer vieja y un perro flaco. Le pedimos agua como para entrar a conversar. Dentro de la casa, una niña soplaba el fogón. Nos llamó la atención la pobreza. Era una pobreza como del año cincuenta, sucia, desmoralizada. Poco a poco entablamos relación con las dos mujeres, y al rato fue saliendo del monte que rodeaba la casa un hombre de unos sesenta años. Era evidente que nos había estado observando durante un buen tiempo. Es una práctica muy campesina esa de que sean las mujeres solas las que se enfrenten al forastero, quizás heredada de las guerras civiles, cuando se llevaban amarrados tanto a los hombres como a los caballos. De todas maneras el tipo no nos soltó palabra. Después supimos que había sido un célebre guerrillero en Urabá.

RECORRIDO DEL GRUPO
FUSAGASUGÁ
BOGOTÁ
RÍO SUMAPAZ
MELGAR
CUNDINAMARCA
VILLAVICENCIO
SAN JUAN DEL SUMAPAZ
CABRERA
EL SALITRE
RÍO SINAÍ
META
CABECERA DEL PLAN
TRIPA DE YEGUAS
EL CONFÍN
LA ESPERANZA
LA CAUCHA
GRANADA
EL PALMAR
LEJANÍAS
HOYA DE VARELA
PUEBLITO
UCRANIA
CARRETERA A GRANADA
MESETAS
SAN JUAN
DE ARANA
HUILA
URIBE
ORIENTE
LA JULIA
RÍO GUAYABERO
LOS JAPONESES
VISTAHERMOSA
RÍO DUDA
SERRANÍA
DE LA
MACARENA
SAN VICENTE
DEL CAGUÁN
RÍO LOZADA
LA MACARENA
CAQUETÁ
RECORRIDO

Seguimos nuestro camino. Hacia las tres de la tarde hicimos contacto con las avanzadas, tal como teníamos previsto. El comandante nos pidió la identificación y preguntó el motivo de nuestra insólita presencia en esa zona de guerra. Le explicamos y le pedimos que si podía comunicarse con Cano, puesto que «nos había invitado a conversar con él». Para el comandante la cuestión era más que sospechosa, porque los invitados llegaban en helicóptero si hacían parte de las comitivas oficiales, o entraban a caballo por San Juan de Sumapaz si eran del Partido Comunista. Pero por el Duda no entraba sino el ejército. De todos modos el comandante nos siguió la corriente y con sumo cuidado nos hizo un largo e informal interrogatorio que duró toda la noche. Al día siguiente acudió lleno de misterio a comunicarse con Cano. Mientras recibía alguna respuesta nos mandó, acompañados por varios guerrilleros, a un sitio situado en una loma alta al que llegamos jadeando. Allá, de golpe, nos sentimos presos, no obstante la amabilidad de los guerrilleros. En un cambuche que construyeron especialmente para nosotros, duramos tres días con sus largas noches, conversando con nuestros guardianes y esperando una respuesta. El comandante del puesto trataba de hacernos grata la espera y optó por darnos comida cada rato. No bien habíamos desayunado con yuca, plátano, arroz, frijol, cancharina —una arepuela hecha de harina de maíz y panela— y café negro, volvía a repetirnos la dosis a las diez de la mañana, luego a las dos de la tarde, después a las ocho de la noche, sin ahorrar constantes pasadas de tinto. La amabilidad nos llegó a parecer sospechosa, pero pronto caímos en cuenta de que tal reiteración hacía parte del protocolo campesino con los forasteros.

Alex Jesús se llamaba el comandante del puesto. Era un muchacho moreno y pequeño, nacido en El Pato, que nos contó que era uno de los pocos que, bajo el mando de Joselo, había salido vivo de un cerco que el ejército les había tendido en el río Coreguaje. Duraron ocho días sin comer, moviéndose unos pocos metros diarios para no ser detectados, y se salvaron echándose a la de Dios en la corriente del río una madrugada que llovía a cántaros. Salieron casi todos desnudos porque el agua les arrancó la ropa. Nos contó muchas historias como

ésta, que recogimos en el relato de «Los huyentes». También su compañera nos relató, en aquellas interminables comidas, sus aventuras, sus amores y sus dolores.

Una tarde llegó un guerrillero con cuatro caballos ensillados, y sin muchas explicaciones nos dijo: «Que allá los espera el camarada, que se vayan rápido» Así fue. Arrancamos de inmediato al mando de los guerreros —así comenzamos a llamarlos— que nos había traído las bestias. Eran dos arrieros que hacían chasquear sus perreros tan duro que parecían balazos. Poco hablaban, pero mucho maldecían.

Fue un ascenso largo y lento por la hoya del Duda, entre montañas formidables. La primera noche la pasamos en una casa a medio caer. Nuestros guías se levantaron muy temprano a picarles caña a los caballos y a hacer tinto. A las seis estábamos andando de nuevo. Ascendimos por flancos que parecían interminables para volver a caer sobre el río, andar un rato por la vega, volver a subir otra ladera, y así hasta Ucrania, que no es más que un punto con tres o cuatro casas, grandes potreros en pasto puntero sombreados por guayabos y un cafetal con árboles tan viejos como grandes. Contrastaba la aparente sencillez del sitio con la inusitada actividad que observábamos a nuestro alrededor. En el patio de la casa donde fuimos hospedados había, en el momento de llegar, no menos de treinta mulas cargadas con cajas de madera que se veían pesadas. Pensamos que debía tratarse de municiones o de explosivos, dado el cuidado con que se transportaban, pero un guerrero que vio nuestro asombro nos dijo, como si nos hubiera leído el pensamiento: «No, eso es pura papelería del cucho». No bien salía este tren de mulas cuando llegaba otro con cincuenta bestias cargadas con bultos de frijol. Paraban un par de horas para reponerse y luego continuaban dejando el espacio libre para un nuevo «tren» que subía a bajar más carga. Pero además había movimiento de tropa. Un grupo pasaba el Duda en tarabita, mientras otro se bañaba el cuerpo, y un tercero limpiaba las armas. No salíamos del asombro. «El país —repetía Fernando Rozo— no sabe lo que le viene corva arriba. Esto es increíble». Toda la noche oímos movimientos de tropa, de cabalgaduras y chasquear de perreros.

El camino entre Ucrania y Casa Verde estaba muy bien conservado.

Amplio, con desagües bien mantenidos, no había una sola piedra fuera de su lugar. Nos encontramos con dos o tres cuadrillas de obreros-guerrilleros que trabajaban en la conservación de la vía. Vimos trenes de treinta mulas, cargadas con cajas de madera o bultos, que se encontraban con otros «trenes» del mismo tamaño que subían. Nuestras cuatro bestias tenían que salirse de la banca mientras pasaba el tropel de bestias y arrieros. No atinábamos a explicarnos de qué se trataba tanto ajetreo. Mientras tanto, ascendíamos por desfiladeros hasta cuchillas altísimas y volvíamos a descolgarnos. «Una especie de montaña rusa», comentó alguien con ironía.

Así llegamos a la célebre Casa Verde. No nos detuvimos porque nuestros guías tenían el tiempo contado. Al atardecer subimos la cuesta más empinada de todo el trayecto y luego caímos abruptamente sobre un llanito donde se agrupaban cuatro casas hechas de madera y zinc. Tan pronto nos detuvimos se acercó un guerrillero que identificamos al instante. Se trataba de Braulio Herrera. Los guías le hicieron un saludo militar y le dijeron: «Permiso, mi camarada, para informar la misión cumplida sin novedad». «Gracias, compañeros», respondió Braulio y, dirigiéndose a nosotros, nos saludó con mucha afabilidad. Hablamos, claro está, del viaje sin atrevernos a preguntarle si la actividad que habíamos visto era normal o, por el contrario, algo excepcional, hasta que él nos sacó de dudas: «Estamos cambiando de casa porque aquí en La Caucha —tal era el nombre del sitio al que habíamos llegado— se acabó la leña para cocinar y Marulanda prohibió que se siguieran tumbando palos en el páramo». La explicación nos dejó más intrigados aún. Entonces, nos preguntábamos con los ojos, ¿cuántos guerrilleros son para haber acabado con un bosque sólo para cocinar? Y más al fondo: ¿quién es Marulanda, el que manda hacer tal movilización para no acabar de dañar los páramos?

Estábamos haciéndonos estas preguntas cuando nos pillamos, con el rabo del ojo, que nos miraban con mucho detenimiento desde una de las casas vecinas al sitio en que conversábamos con Braulio. Se trataba del mismísimo Marulanda. Tenía una toalla amarrada a la cabeza, verde oliva, de marca Ives Saint Laurent, vestía de civil y no llevaba armas. Se acercó y nos preguntó «¿Y qué los trajo por aquí tan lejos?»

«No, pues queríamos conocerlo y saludar a Alfonso», le respondimos con timidez. «Pues muy bueno, pues así se dan de cuenta quiénes somos, ¿no? Camarada —dijo dirigiéndose a Braulio—, vamos a buscar a Cano, y que acomoden esta gente abajo, en el salón de conferencias».

El sitio adonde habíamos llegado quedaba más alto que el campamento general y constituía, digamos, el barrio de Manuel. Además de su propia casa, donde vivía con Sandra, su esposa, estaban la casa de Braulio, la de Joselo, el compadre que lo acompañó desde los años cincuentas, y la casa de los escoltas personales. Más abajo estaba el cuartel donde vivían Jacobo, Alfonso Cano, Raúl Reyes y Timoleón. Estaban también los cuarteles de hombres y de mujeres, la plaza de armas, la rancha o cocina, los baños, las caballerizas, el salón de actos y el citado salón de conferencias. Vale decir que la cocina de Jacobo era personal.

Nos salió a recibir Alfonso Cano con el uniforme bien planchado y las botas de cuero, brillantes. Nos abrazó muy fraternalmente mientras nos decía: «Me alegro mucho de verlos. ¿Cómo los trataron?» Su acento bogotano nos hizo sentir en la Avenida de Chile. Ya en confianza y sin que Marulanda se diera cuenta, le preguntamos: «Hombre, Guillermo, ¿y qué bajan en esas cajas de madera?» Nos respondió riéndose: «La biblioteca de Jacobo». Nos invitó a saludarlo y a conversar con él.

Jacobo vivía en el segundo nivel de una serie de alcobas que rodeaban el salón de actos. Su apartamento-oficina lo vigilaban dos guerrilleros armados con R-15 que nos evocaron los guardias que cuidaban la tumba de Lenin en Moscú. No se movían de su sitio, ni siquiera pestañeaban. Tenían algo de solemne y de ridículo al mismo tiempo. De golpe se abrió una de las puertas del segundo piso y salió una carcajada seguida de Jacobo. A pesar de haberlo visto mil veces en fotografía y de ser —digamos— una figura familiar, tuve la impresión fugaz de no saber quién era ese hombre que nos saludaba desde arriba preguntándonos por lo que en ese momento comenzaba a dolernos: las peladuras en la entrepierna, producidas por los tres días a caballo. A renglón seguido gritó: «Esa vaina se les quita con manteca

de riñonada. Mañana matan. Hay que decirle al compañero que le saque la grasa al riñón de la res». Nos invitó a seguir y, una vez sentados alrededor de su mesa de trabajo —puesto de mando—, le pidió a Olguita, su compañera, que nos destapara una botella de Remy Martin. Ella cumplió la orden mientras nosotros nos detallábamos embelesados todo lo que Jacobo tenía sobre la mesa: una pistola Beretta desarmada, una linterna de rayos ultravioletas, dos cápsulas para escopeta, una foto de él montado a caballo, una foto de Rosa Luxemburgo, un florero con flores de arrayán, un vaso de cristal, unos binóculos, una bufanda roja, piedritas de muchos tamaños y colores y un estilógrafo que, nos explicó, era una bomba con explosivo plástico que habían desactivado en el *jeep* de Pardo Leal días antes de que fuera asesinado. Pero si la mesa tenía cosas extrañas, el cuarto era aún más atractivo: una colección de armas dentro de las cuales pudimos distinguir una metralleta Thompson, de las que usaba Al Capone en Chicago, una mini-uzzi, un fusil Grass de la Guerra de los Mil Días y otros aparatos que no distinguimos. Tenía también una pesa para contar billetes, unas curubas, unos mangos, una cafetera que no le vimos usar y una percha con diez bufandas y diez cachuchas.

Abierta la botella nos sirvió medio vaso a cada uno; el se excusó de beber «por cuanto me tienen recetado. Pero eso no importa. Beban, que para eso lo traemos directamente de la bella y lejana Francia». Sabíamos que estábamos frente a un hombre extraño, y en el curso de la conversación nos mostró que no estábamos equivocados. Jacobo no podía hablar de una sola cosa, hablaba de todas al tiempo. Hacerle una entrevista resultaba imposible. Sabía además muchas cosas. Saltaba con versatilidad del cultivo de papa en el páramo al problema de las regalías petroleras, de una emboscada hecha en Quipile en el año 52 a los mecanismos legales para decretar una amnistía. Era una mezcla muy seductora de general conservador de la Guerra de los Mil Días, terrorista ruso anterior a la revolución de 1905, monje benedictino, anarquista español, áulico de María Cano, terrateniente de páramo, filipichín de los años veintes y guerrillero liberal. Era sin duda todo eso. Hablaba como si estuviera echando un discurso en la Cámara de Representantes y luego como si estuviera dictando una

cátedra en la universidad. Por momentos parecía respondiendo una entrevista a un periodista de *Le Monde*. Podía gritar como un capitán de caballería en medio del combate, o adelgazar la voz como un confesor de viudas ricas. Sin duda uno de los personajes más atrayentes y contradictorios que haya conocido.

Hablaba disparado. Pedía tinto, conversaba por radio-teléfono con Álvaro Leyva, con Rafael Pardo, con el cura Pérez, con Carlos Ossa. Volvía a sentarse y nos contaba que una vez, en una travesía por la Serranía de La Macarena, en medio de la selva, se les apareció un perro, «pero era un perro salvaje, un ejemplar de clase, alto, de ojos azul profundo, un bello animal. Yo me quedé extasiado mirando. ¡Qué porte! ¡Qué clase! Estaba yo contemplándolo, cuando en esas y el comandante de la guerrilla, un campesino bárbaro, saca tamaño pistolón y le da tres tiros. Yo sólo alcancé a decirle: no, no sea bruto, no lo mate. Pero era tarde, porque el animal ya estaba muerto. Es que en la guerrilla nos falta mucha educación. Mi lucha por hacerles comprender a los guerrilleros la importancia de la naturaleza es constante y a veces hasta inútil. Le disparan a todo».

El tema nos dio oportunidad para plantearle una tendencia que habíamos observado en muchas zonas de bonanza: la de que los comandantes suelen ser muy fáciles de sobornar, como cualquier autoridad oficial. Muchos ganaderos, comerciantes de coca, terratenientes, transportadores, ponen a su favor a la guerrilla comprando al comandante. Nos miró en silencio, con esas gafas gruesas y verdes que usaba, que parecían una muralla, se paró, trajo una caja grande y la abrió: eran joyas, aparentemente finas, relojes dorados, dijes, anillos, cadenas. Nos dijo: «Todas estas vainas han sido confiscadas a comandantes. Tengo prohibido esa vagabundería de recibir regalos. El oro a todos corrompe. Acabamos de estatuir la Orden Marquetalia y voy a mandar a fundir todas estas arepas para hacer condecoraciones y así cambiar el vicio de recibir sobornos en oro por el de ganarse el oro combatiendo. Se les da una arepa de oro en forma de gran cruz por sus méritos y nos sacamos la corrupción de encima. La gana que despierta el oro es de todo ser humano; la astucia está en saber manejar ese instinto».

Después de almorzar nos dijo que nos veríamos en la noche. Olga le tenía preparada el agua tibia para bañarse. Se disculpó diciéndonos que a su edad el frío era un enemigo. «Por eso trastiamos con los chécheres para tierra caliente. Estos páramos son para los jóvenes».

Alfonso, que había permanecido en silencio todo el tiempo, nos condujo al salón de conferencias donde íbamos a dormir. Era una alcoba grande, que tenía sobre las paredes varios mapas de las batallas de Bolívar tomados de la obra de Álvaro Valencia Tovar, *El ser guerrero del Libertador*. Jacobo dictaba a los comandantes recién graduados en la Escuela Militar Guerrillera una serie de conferencias que él llamaba «Cátedra Bolivariana». Era un gran lector, un hombre instruido, pero ante todo un animal político de combate. Le interesaba, no obstante, sólo lo que le servía en su lucha contra el establecimiento. Fue en su juventud obrero petrolero y como tal participó el 9 de abril de 1948 en la toma de la alcaldía y en la formación de un gobierno local que se llamó la Comuna de Barranca, dirigida entre otros por Apolinar Díaz Callejas y por Rafael Rangel, un célebre guerrillero liberal. La comuna duró en el poder más de dos semanas, hasta que el ejército nacional la cercó y obligó a un acuerdo desfavorable para los insurrectos. Jacobo se unió a las fuerzas guerrilleras que organizó Rangel y con él empezó a pelear contra el gobierno conservador. Un tiempo después apareció como comandante guerrillero en la zona de Quipile, Cambao, Puerto Nariño. Días después se volvió a tener noticias de él en la Guerra de Villarrica, donde usaba el nombre de Luis Morantes. Es posible que en esa época se hubiera encontrado con Marulanda en el sur del Tolima, donde los comunistas tenían una importante base política desde los años veinte, como se refiere en el relato de El Davis. De nuevo se encontró con Tirofijo en Marquetalia, y desde esa fecha en adelante no se volvieron a separar.

Por lo que vimos en La Caucha, las relaciones entre Jacobo y Marulanda eran respetuosas e intensas. Pero conservaban una cierta distancia, que inclusive en lo cotidiano era física. Vivían separados. Cada uno tenía su propia escolta y su cocina aparte. Manuel bajaba de su casa acompañado de un perro y armado con una M1 —el arma

según él mejor diseñada—. Jacobo no subía casi nunca.

Los retazos de autobiografía que nos contó Jacobo nos llevaron a pensar en la posibilidad de hacer una serie de historias de vida. No sólo con Jacobo y Marulanda, sino con guerrilleros y guerrilleras de tropa. A Alfonso le sonó la iniciativa y nos dijo que lo iba a proponer en el Secretariado. Jacobo aceptó de inmediato; Manuel, más retrechero, pidió un tiempo para pensar. Jacobo se sentó frente a la grabadora y nos atiborró de discursos altisonantes que no nos sirvieron para nada porque carecían de sustancia. Marulanda nos pidió que le explicáramos por escrito para qué queríamos saber de su vida y qué preguntas le íbamos a hacer. En cuanto a los guerrilleros y guerrilleras de la base, no nos pusieron ninguna limitación. Alfonso nos dijo sonriendo: «Cojan al que se deje».

Mientras Marulanda nos contestaba, nos dedicamos a hacer algunas entrevistas. Conversamos largo con Joselo, pero el viejo era astuto y lo que era realmente interesante lo contaba de tal manera y a tal nivel de voz que no quedaba grabado. Además, el Secretariado le había prohibido hablar con periodistas porque había cometido hacía poco tiempo una grave imprudencia, al declarar a la revista *Vea* que en el Amazonas no se movía una hoja sin su consentimiento. Entrevistamos a Munición, un compadre de Marulanda, nacido en Génova, que lo acompañaba desde los días en que eran tan sólo liberales. En el libro, Munición cuenta la historia de limpios y comunes. Hicimos grabaciones también con guerrilleros de base. La historia de una muchacha nos conmovió particularmente. Parte de esa historia intensa, contradictoria y adolorida pero llena de fe, la cuenta Melisa, que es el único personaje del libro construido a partir de muchas voces.

Por fin, cuando habíamos perdido la esperanza, Marulanda nos invitó a su casa. «Para conversar», nos advirtió. De todas maneras subimos armados con grabadoras y casetes. Nos recibió Sandra, su compañera. Una muchacha mucho más joven que él, alegre pero discreta. Había sido maestra de escuela hasta que Marulanda se encontró con ella. La casa en que vivía la pareja y donde hicimos la entrevista tenía un solar, cercado con cañabrava, donde Manuel

cultivaba cebolla, arracacha, maíz. A diferencia de las otras casas, ésta tenía piso de barro, salvo la alcoba principal, y además de una cama doble había una pequeña mesa con radioteléfono. Los libros de Marulanda eran pocos. Recuerdo obras del Che y de Lenin, un libro de *Páginas escogidas* de Murillo Toro. *Las mejores oraciones* de Jorge Eliécer Gaitán y un *Manual de electricidad práctica*. Tenía muchos folletos y una foto de él con Sandra el día del matrimonio.

Cuando llegamos, Marulanda estaba ocupado reparando una planta de luz eléctrica. «Es —según nos contó Sandra— su goma. Arma y desarma plantas de luz todo el día. Pero no sólo eso, sino que ahora en El Pueblito, a donde nos estamos trasladando, está construyendo una gran rueda Pelton que producirá más de doscientos kilovatios». Al rato llegó el viejo y nos aclaró, al oír que estábamos hablando del trasteo, que había que trasladar el Secretariado porque la loma de La Caucha era muy peligrosa para un bombardeo. «Como estamos en destapado y el terreno es parejo, a un avión no le cuesta trabajo meterse. Ustedes saben que en los gobiernos uno no puede confiar porque los manejan los militares. Ahora las cosas están aliviaditas, pero en cualquier momento vuelven a la guerra. Ya lo sabemos y por eso estamos tomando medidas. No es que abajo, a donde vamos a vivir, no puedan bombardear, pero allá la montaña está más cerrada y las lomas más juntas. Digamos que les cuesta más tiempo entrarnos».

Marulanda es un hombre tímido. Le pidió a Sandra cortésmente que acercara una botella de whisky y nos acompañara. La llamaba «compañera», con más ternura que autoridad. Se tomó un trago antes de preguntarnos qué queríamos. Le respondimos que tratábamos de hacer una historia de su vida. Nos interrumpió diciéndonos «¿Eso para qué? Yo no tengo historia, y yo no he hecho más que bregar para que no maltraten a la gente. Eso es todo lo que yo tengo que decir: lo demás son pendejadas. Además, Arturo Alape vino con el mismo cuento, así que lo que yo les diga ya se lo dije a él. Ustedes llegaron tarde. Yo acepto la conversa porque Cano me lo pidió y no porque esté interesado en contar mentiras». Así comenzó la entrevista. Lo que hablamos quedó grabado y, a pesar de que en el libro —repetimos— es Munición el que cuenta su vida, toda frase o idea puesta en la

persona de Marulanda fue tomada de la transcripción y cotejada con la grabación original.

Marulanda se tomó sólo uno o dos tragos, los necesarios para superar la timidez. Conversamos desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Sandra nos cocinó una gallina. Y cuando la entrevista terminó, volvió a su tema preferido: la paz. «Es que yo estoy buscando la paz desde hace muchos años. Me tocó inventarme esta guerra para que me oyeran a mí y a la gente que por mi boca habla, pero al gobierno no le conviene la paz porque, entonces, ¿qué hace con los militares? Uno pide una cosa y le responden que no, que no se puede porque la Constitución no lo permite. Entonces uno propone el cambio de Constitución y le responden que no, que eso es antiinconstitucional. No dejan sino el camino de la guerra o el de la entrega. Y el de la entrega va a ser muy difícil, porque uno tan viejo ya no está para esas. Nos piden que entreguemos las armas, pero esas armas son nuestras, las hemos conseguido peleando. Vamos a ajustar cuarenta años de pelea. Las armas son nuestras, no se las debemos a nadie. Si ellos quisieran hacer las paces, en una hora las hacemos, pero si no quieren va a ser como muy difícil, pues para ellos todo es antiinconstitucional».

Esa última palabra del discurso nos acompañó todo el camino. Después de la entrevista con Marulanda poco nos quedaba por hacer. Al día siguiente, a las siete de la mañana, nos tenían los caballos listos. Marulanda salió a despedirnos, nos dio la mano y se devolvió con su perro y su M1. Jacobo, en cambio, no dejó de carcajearse, de echar discursos, de dar órdenes y de recochar. Le pedimos que posara para una foto y ni corto ni perezoso abrió esa boca enorme que tenía y nos sacó la lengua. Lo tuvimos muy cerca, pero no logramos verle los ojos. Las gafas los ocultaban totalmente. Nadie nos ha podido decir nunca cómo eran los ojos de Jacobo.

El viaje hacia Bogotá fue largo, a pesar de que estábamos a ochenta kilómetros, a vuelo de pájaro. El camino sube hasta el páramo con mucha dificultad. A poca distancia de La Caucha se atraviesa el río Sinaí por un puente de madera. Es una construcción extraordinaria por la forma como están trabados los ejes principales para anular la

gravedad y sostener la estructura. Fue construido por Munición, quien aprendió la técnica siendo niño a un viejo colonizador del Quindío. Después se pasa por El Palmar, una de las haciendas de Juan de la Cruz, que fue un hombre rico. A partir de aquí el ascenso es permanente. Primero la Montaña del Oso hasta El Confín, un bosque de niebla intacto donde las parásitas azules y amarillas, los arrayanes y el musgo crean un ambiente misterioso, acogedor. Más arriba Tripa de Yegua, el verdadero páramo de Sumapaz, donde nace el río Prado y donde se tocan los departamentos de Huila y Meta con el Distrito Capital de Bogotá. Un lugar maravilloso donde el viento sopla delgadito por entre pajonales. Es el país de los bosques de frailejón, que de lejos parecen un batallón y de cerca también. Son matas centenarias que pueden alcanzar hasta los tres metros de altura. Es, además, el país de la soledad. Cuando el viento cesa se hace un silencio solemne, perfecto, un silencio que va desde el alma hasta el infinito. El páramo de Sumapaz es muy grande. Atravesado por el lado más corto cuesta dos jornadas. El camino va tendido hacia abajo con mucha suavidad, hasta llegar a la Cabecera del Plan, una vasta llanura de más de veinte kilómetros, llamada también El Degolladero. Allí Erasmo Valencia quiso fundar una ciudad, una especie de falansterio, inspirado en Saint Simón o Fourier. La antigua tentación del socialismo utópico. Cerca nace el río Sumapaz, rodeado de un bosque de viejos raques, tiberes y encenilos. Luego se llega al desfiladero de El Águila, de donde parte una trocha hasta Cabrera. Los bosques de esa zona son una joya que, paradójicamente, se conserva porque la situación de orden público impide la valorización de la tierra y dificulta por tanto su conversión en barbechos para papa o en potreros para ganadería.

Cuando a las cinco de la tarde cogimos en Cabrera un bus para Bogotá y nos pusieron en el betamax un programa de Rambo versus Terminator, supimos que habíamos regresado.

Unos meses después hicimos las entrevistas con Isauro Yosa, alias Mayor Lister, y con Eusebio Prada. Desde el tiempo en que andábamos recogiendo el material que sirvió de base para escribir *Siguiendo el corte*, nos habíamos encontrado con estos nombres y los teníamos,

digamos, en la mira. Sabíamos que Isauro vivía en el Alto Ariari y que Prada andaba escondido después del un atentado al que sobrevivió milagrosamente. Un viejo militante del Partido Comunista, Gerardo González, que conocimos en el Primer Foro sobre La Macarena llevado a cabo en Vista Hermosa en el año 85, nos hizo la relación.

Conocimos en uno de los barrios que rodeaba a Soacha a Isauro Yosa. Tendría en ese momento unos sesenta años y sufría de los riñones, mal que terminó llevándolo a la tumba a principios de 1994. Tenía un cuerpo robusto que debió ser fuerte pero no ágil. Hablaba con mucho cuidado, midiendo cada palabra, pero poco a poco fue dejándonos ver su alma. Le prometí regresar cuando hubiera terminado el texto preliminar. Nunca le cumplí la promesa.

A Eusebio Prada lo entrevistamos en Bogotá. Vivía con Teresita, su mujer. Él estaba todavía convaleciente y acababa de regresar de Alemania Oriental, donde le habían sacado cuatro de los cinco proyectiles que un sicario le clavó en el cuerpo cuando se exterminaba, a los ojos de todos los colombianos y del gobierno, a la UP. Prada es un hombre al que se le toca fondo con rapidez porque se abre con generosidad. Hablamos mucho tiempo. Una gran parte la dedicó, como es explicable, a contarnos el atentado. Él es el Mono Mejías. Su vida en el relato de «El camino de los huyentes» es contada por el Mono Jojoy, a quien conocimos en El Confín, saliendo de La Caucha. Conversamos con él mientras nos preparaban el almuerzo. Es uno de esos guerrilleros que pertenecen por estirpe a la guerra. Hijo de un guerrillero de Juan de la Cruz Varela, nació, creció y ha vivido siempre en guerra. Es oriundo de Sumapaz y fue uno de los huyentes que engrosaron la Columna de Marcha hacia el Duda, dirigidos por Eusebio Prada. Dicen que es el sucesor de Marulanda. Se ofrecen hoy quinientos millones de pesos por él.

Dos años después volvimos al Secretariado. La relación oficial con la Coordinadora Guerrillera se deterioró durante el gobierno de Barco, que centró todo su esfuerzo de paz con el M-19. Con Gaviria y la Constituyente se abrió una esperanza de paz que poco a poco se fue agotando. La desmovilización a cambio de la participación en la Asamblea Constituyente era un negocio muy difícil, y más si se tiene

en cuenta que el tiempo que había para hacerlo resultaba muy corto. Pero todavía unos meses antes de la votación para la Asamblea Constituyente muchos acariciábamos la ilusión de ver a la CGSB en el recinto de sesiones defendiendo sus tesis políticas. El clima que vivíamos era propicio para una negociación exitosa. El país hubiera sellado el acuerdo con una ovación cerrada.

Con la esperanza —que hoy reconozco pretenciosa e ingenua— de acercar las distancias entre la Consejería de Paz y la Coordinadora, organizamos un segundo viaje al secretariado. Consulté, a título personal, mis intenciones con la Consejería y decidí meterme al Sumapaz, una vez más, sin autorización alguna, ni de uno ni de otro bando. Usamos el mismo método anterior: recorrimos a partir de Cabrera el camino que ya conocíamos, hasta que la guerrilla nos paró; muy cerca de la Cabecera del Plan, donde llegamos el primero de noviembre de 1990, un mes antes de la votación para escoger candidatos a la Constituyente. Entre el morral llevábamos las transcripciones de las entrevistas que habíamos hecho en el primer viaje. La patrulla que nos detuvo se comunicó con Alfonso y nos dieron además del visto bueno para continuar el camino, cinco bestias excelentes. No olvidaré la mía, llamada El Conejo, que había sido de Jacobo. Un caballito alazán muy atento y memorioso. En tres jornadas estuvimos en Ucrania, que ya conocíamos. Cerca se había construido El Pueblito, sede del secretariado: unas diez casas de madera con luz eléctrica generada por la rueda Pelton de Marulanda. En el centro está todavía —ya que el ejército la ha respetado— la tumba de Jacobo. Un mausoleo, para nuestro gusto un tanto pasado de moda, que en el momento en que llegamos tenía guardia de honor permanente. Alfonso salió a recibirnos como la primera vez, y pronto nos encontramos en su casa discutiendo la importancia de la Constituyente y la posibilidad de que la CGSB participara.

Al día siguiente nos recibió Marulanda. La conversación giró en torno a la muerte de Jacobo y al vacío que había dejado. Lo notamos muy golpeado, y no nos quiso abrir una ventana para discutir el asunto de la participación en la Constituyente a cambio de la desmovilización.

Estando en estas oímos un helicóptero muy cerca. Hubo revuelo general dentro de un gran control. Marulanda siguió hablando, pero se notaba que tenía una oreja en el motor del aparato. El ruido se fue haciendo cada vez más fuerte hasta oír las aspas justo encima de nosotros. Marulanda se apartó del grupo, nos pidió excusas, habló por radio-teléfono y miró desde una lomita al Black Hawk sin inmutarse. Luego regresó y nos dijo: «Están con ganas de meterse». El helicóptero se alejó, y dio por terminada la entrevista. Antes de despedirnos le conté que llevábamos la transcripción de la grabación para que él la conociera. Me dijo: «Si es una transcripción, ¿para qué revisarla? Lo que dije lo dije. Yo no cambio de historia cada año».

Alfonso nos sugirió que saliéramos cuanto antes porque esperaban un bombardeo de un momento a otro. Esa noche nos mostraron un video, llamado «Aquí estamos, Putumayo», sobre un ataque de la guerrilla a los campos paramilitares de El Azul en el río Putumayo. Nos pareció un elogio a la violencia, pero además mostraba a la guerrilla marchando a paso de ganso como si fueran tropas soviéticas o nazis. Con franqueza y evidente fastidio se lo dijimos a Cano. Quedó en silencio un rato y nos respondió con tristeza: «Es que la guerra es monstruosa».

Salimos de El Pueblito hacia las ocho de la mañana del día siguiente. Nos esperaban tres días de camino. Habíamos andado una hora cuando vimos un avión negro frente a nosotros, a una distancia no mayor de dos o tres kilómetros. Nuestros guías gritaron: «Es el marrano. ¡Al suelo!» Como pudimos nos tiramos de los caballos y corrimos para cualquier lado. En ese momento se oyeron las primeras bombas. En medio del desconcierto me tiré a un hueco que resultó ser una trinchera. Una vez se calmaron las cosas, tuve que —abochornado e impotente— pedir ayuda para salir. Los guerrilleros no podían de la risa al ver mi torpeza.

El amago de bombardeo renovó nuestra intención de abandonar a marchas forzadas la zona. Lo que se veía venir era grande. Dos horas después el avión volvió con su cargamento de bombas y de terror. Llegando a Casa Verde volvimos a escuchar los totazos. Un guerrillero nos comentó «Parece que comenzó la fiesta». El ruido de las bombas

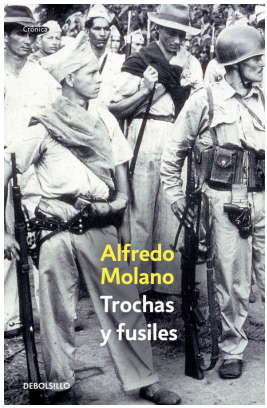
nos siguió, cada vez más débil e intermitente, hasta que coronamos el páramo. Allá el silencio continuaba reinando majestuoso.

La noche cayó cuando entrábamos a la Cabecera del Plan y allí dormimos. Serían las tres de la mañana cuando llegaron jadeantes dos guerrilleros. Pidieron permiso y se acomodaron en el suelo. Uno de nuestros guías les preguntó cómo estaban las cosas por allá abajo, es decir, hacia Cabrera. La respuesta nos heló a los que estábamos despiertos: «Pues hermano —respondió uno de los recién llegados—, eso está lleno de chulos. Dicen que hay comisiones que vienen hacia el Plan y otras que van hacia el Duda». La noche, pues, se acabó. Fernando y yo nos levantamos a esperar la invasión de pie. Los guerrilleros, no obstante, siguieron durmiendo. A las cinco estábamos ensillando y a las seis salimos. Esperábamos encontrarnos con el ejército en cualquier momento. Decidimos no salir por Cabrera sino por San Juan de Sumapaz, a donde llegamos cuando el bus de la una de la tarde estaba saliendo. A las cinco estábamos en territorio conocido, la avenida Primero de Mayo.

Atrás quedaban nuestra ilusión de paz y el miedo a los bombardeos. Adelante nos esperaba la guerra integral que el gobierno de César Gaviria declararía unos meses después.

Bogotá, octubre de 1992

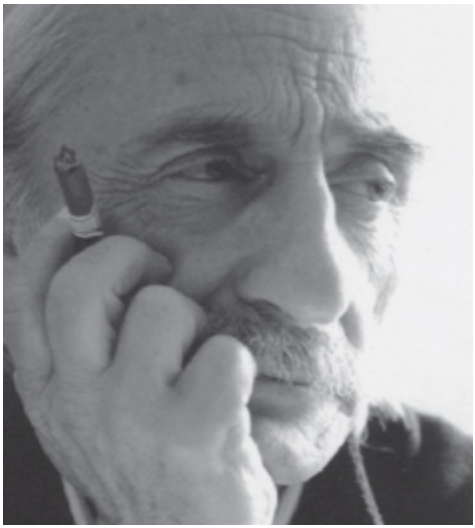
1 Ley 89 de 1989.



«Un periodista riguroso y minucioso que a través de sus obras ha reflejado las problemáticas de los movimientos campesinos, organizaciones de defensa de la tierra y las comunidades afectadas por la violencia».

El Espectador

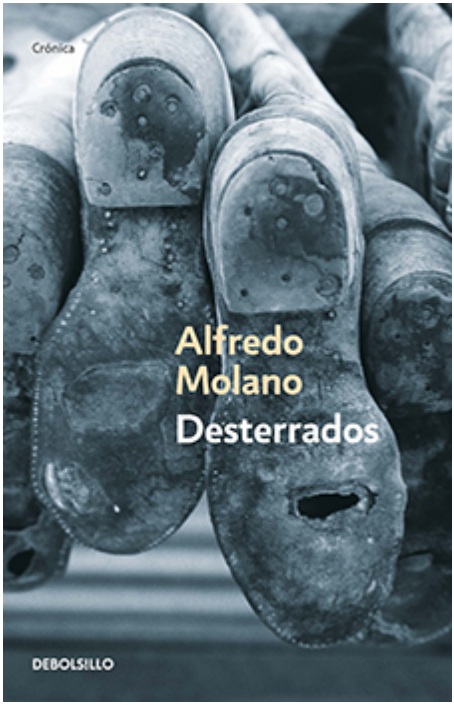
Trochas y fusiles es el retrato de la dinámica interna del grupo guerrillero de las FARC a partir de las historias de varios combatientes que formaron sus filas. Molano, con su inconfundible estilo, devela los motivos que llevaron a estos personajes a unirse a la guerrilla, los vínculos que se conforman en medio del combate y la forma en que la guerra redefine el tejido social. El autor expone las razones de tipo social e histórico que han perpetuado el conflicto en Colombia y las complementa con la perspectiva intimista de las narraciones que componen este volumen. Mapas, historias contundentes y un exhaustivo trabajo de campo conforman este libro que desentraña las vivencias personales de algunos militantes de las FARC.



ALFREDO MOLANO BRAVO

Nació en Bogotá en 1944. Cursó estudios de sociología en la Universidad Nacional, donde obtuvo una licenciatura en 1971, y fue alumno de la École Pratique des Hautes Études de París entre 1975 y 1977. Ha sido profesor de varias universidades; colaborador de revistas como *Eco*, *Cromos*, *Alternativa* y *Semana*. Ha sido director de varias series para televisión y ha obtenido el Premio de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Nacional del Libro de Colcultura y el Premio a la Excelencia Nacional en Ciencias Humanas, de la Academia de Ciencias Geográficas, por una vida dedicada a la investigación y a la difusión de aspectos esenciales de la realidad colombiana. Entre 2001 y 2002 vivió exiliado en Barcelona y en Stanford.

Foto: © CAROLINA GUZMÁN



Otros títulos del autor en megustaleer.com.co

Título: *Trochas y fusiles*

Primera edición en Debolsillo: abril de 2017

© 1995, Alfredo Molano
© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700
www.megustaleer.com.co

Diseño: © Penguin Random House
Fotografía de cubierta: Archivo Fotográfico PRHGE
Fotografía del autor: © Carolina Guzmán

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-9016-86-2

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Trochas y fusiles
Dedicatoria
Agradecimientos
I. Isauro Yosa, el Mayor Lister
    1. Nueve de Abril
    2. El Davis
    3. El Plan del Tolima
II. Limpios y comunes
    1. Los Marín
    2. Los Loaiza
III. El camino de los huyentes
IV. Melisa
V. Último capítulo
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos